

y encadenó como animales en un corral, forzándolos a escuchar. Si sus oyentes aceptaban su mensaje, ellos lo guardaban en su corazón, la Palabra de Dios, y su búsqueda y progreso posteriores eran mucho más fáciles que para alguien que caminaba solo, sin un conducto intermediario físico para el poder espiritual. Jorge Fox tuvo que caminar solo de esta misma manera.

Miguel de Molinos también era una persona así, y porque él vivía dentro de la secta romana, era imposible formar otra iglesia u otro grupo de creyentes. Si él hubiera formado otra iglesia en los países dominados por la secta romana como Italia o España, todos hubieran sido ejecutados inmediatamente. Por lo tanto su consejo se aplicaba y todavía se aplica al caminante, que camina solo por los caminos, buscando a su Amado - hoy en día esos somos nosotros; aquellos que están leyendo este sitio y buscando a Dios como individuos, no como parte de un grupo. Fox nos da la promesa de logro, así como también la manera en que un grupo de creyentes maduraba y funcionaba como un cuerpo. Fox nunca trató el tema de la experiencia individual, o lo que él escribió se perdió o se destruyó. (como sucedió con su *Libro de Milagros*, que nunca se publicó y los manuscritos se perdieron, aunque él dejó claras instrucciones y fondos para su publicación; los cuáqueros aparentemente suprimieron el libro por temor a que el registro de sus milagros se pusiera en duda por los ataques que ya estaban sucediendo, debilitando así su mensaje de verdad y pureza). Fox nos ha dejado una justificación bíblica y requerimientos de silencio en forma detallada. (vea ¿Por qué el silencio?); y, afortunadamente, Molinos nos dejó escritos extensos e inspiradores acerca de la caminata solitaria del individuo. Juntos, ellos testifican acerca del camino claro del silencio.

Miguel de Molinos nos da una rara idea acerca de los beneficios, dolores y procesos de la oración silenciosa, la cual nos alienta particularmente para convencernos de que nuestra aparente sequedad es realmente la contribución más grande para los resultados finales que nosotros esperamos. Él también nos muestra que muchos de aquellos que son nombrados *santos* por la iglesia romana fueron nombrados justamente, porque las citas de ellos dentro de esta obra apuntan a su renovación por medio del silencio y la resignación humilde a la voluntad del Padre, lo cual resulta en su pureza.

Este es el primero de dos libros que están en este sitio internet. El próximo libro es la *Segunda Parte*. Recomendamos que lea esta parte primero.

Debido a que la mente carnal es enemistad contra Dios, ¿cómo puede el ejercicio de la mente llevarlo a uno a estar más cerca de Dios? Sólomente al silenciar la mente carnal la enemistad puede ser eliminada, y eventualmente destruida por Dios, renovada a la mente de Cristo. Ya que la **mente** puesta en la **carne** es enemiga de Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, pues ni siquiera puede hacerlo. Rom 8:7. En estos dos libros, Molinos describe expertamente el proceso, las dificultades y los beneficios del silencio ante el Señor, **Calle toda carne delante de Jehová**. Zac 2:13. Uno puede ver fácilmente la necesidad de seguir un mandamiento como este cuando uno está siendo conducido al lugar del trono de Dios; pero hemos sido dejados en un estado de ignorancia por nuestros maestros terrenales, que no nos dicen que el trono de Dios está dentro de cada uno. Dentro de nosotros, él espera pacientemente para que nosotros nos acerquemos a él, sin olvidarnos de estar en silencio, para que con el tiempo, él pueda crecer y nosotros menguar; y así él finalmente pueda tomar el trono, quitándose a nuestra naturaleza egoísta, para reinar sobre nosotros y ser nuestro Señor en acción y palabra.

Diariamente los cristianos oran *sea hecha tu voluntad*, nunca puedan saber cuál es su voluntad, porque ellos no saben estar en silencio, para poder escuchar, para poder oír, para poder obedecer lo que él les mande; para que ellos puedan hacer su voluntad *en la tierra, así como en el cielo*. Al estar en silencio para oír lo que él nos quiere decir, esperamos nuestro *pan de cada día*, el cual le suplicamos diariamente que nos dé; porque el hombre vivirá de toda palabra que salga de la boca de Dios. Mat 4:4. **El que come de este pan vivirá para siempre**. Juan 6:57-8. No se preocupen tanto por la comida que se acaba, sino por la comida que dura y que da vida eterna. Esa es la comida que yo, el Hijo del hombre, les daré, porque Dios mi Padre les ha mostrado que yo tengo autoridad. Juan 6:27-29. Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; **a él oíd**. Mat 17:5. Tengan cuidado de **no rechazar al que habla**, pues si no escaparon aquellos que rechazaron al que los amonestaba en la tierra, mucho menos escaparemos nosotros si le volvemos la espalda **al que nos amonesta desde el cielo**. Hebreos 12:25

PRÓLOGO

(El prólogo original de las cuatro advertencias de Molinos se encuentran en una sección separada.)

El camino a la paz interna en todas las cosas es conformarse al placer y la disposición de la voluntad divina.

Aquellos que en todas las cosas tienen éxito y que las cosas les suceden de acuerdo con sus deseos, no han llegado a conocer este camino: No conocieron el camino de la paz (Rom 3:17). Y por lo tanto llevan una vida dura y amarga, siempre ansiosos y de mal humor, sin pisar el camino de la paz, el cual consiste en la conformidad total a la voluntad de Dios. Esta conformidad es el dulce yugo que este PRÓLOGO nos introduce, a las regiones de paz interna y serenidad. De esta manera podemos saber, que la rebelión de nuestra voluntad es la razón principal de nuestra inquietud; y que porque no nos sometemos al dulce yugo de la voluntad divina, sufrimos tantas dificultades y problemas. ¡Ay alma! Si nos sometemos a la voluntad divina, y a toda su disposición, ¡qué tranquilidad vamos a sentir! ¡Qué paz tan dulce! ¡Qué serenidad interior! ¡Qué felicidad suprema, ferviente felicidad! Esta es entonces la esencia de este libro. Espero que sea la voluntad de Dios darme su luz divina, para poder descubrir las partes secretas de este camino interno, y felicidad principal de paz perfecta.

GUÍA ESPIRITUAL

LIBRO I

CAPITULO I

Para que Dios descanse en el alma, se ha de pacificar siempre el corazón en cualquier inquietud, tentación o tribulación.

Has de saber que es **tu alma el centro, la morada y reino de Dios**; pero para que el gran rey descanse en ese trono de tu alma, has de procurar tenerla limpia, quieta, vacía y pacífica. Limpia de culpas y defectos, quieta de temores, vacía de afectos, deseos y pensamientos, y pacífica en las tentaciones y tribulaciones.

Debes, pues, tener siempre pacífico el corazón para conservar puro ese vivo templo de Dios, y con recta y pura intención has de obrar, orar, obedecer y sufrir sin ningún tipo de alteración cuanto el Señor considere enviarte. Porque es cierto que por el bien de tu alma y tu provecho espiritual, Dios ha de permitir al envidioso enemigo que turbe esa ciudad de quietud y trono de paz con tentaciones, sugerencias y tribulaciones, y por medio de las criaturas, con penosas molestias y grandes persecuciones.

Sé constante y pacífica tu corazón en cualquiera inquietud que te ocasionaren estas tribulaciones. Entra allá adentro en tu interior para vencerlas, que allí está la divina fortaleza que te defiende, te ampara y por ti pelea. Si un hombre tiene una fortaleza segura, no se inquieta aunque le persigan los enemigos, porque al entrar allá dentro, quedan burlados y vencidos. El castillo fuerte para triunfar sobre tus enemigos visibles e invisibles, y sobre todas tus asechanzas y tribulaciones, está dentro de tu misma alma, porque allí reside la ayuda divina y el socorro soberano; entra allá dentro y todo quedará quieto, seguro, pacífico y sereno.

Tu principal y continuo ejercicio ha de ser pacificar ese trono de tu corazón para que repose en él el soberano rey. El modo de pacificarlo ha de ser entrándote dentro de ti mismo por medio del recogimiento interior [fe y silencio ante Dios]. Todo tu amparo ha de ser la oración [**una oración de**

recogimiento: fe y silencio ante Dios] y recogimiento amoroso en la divina presencia. Cuando te vieres más combatido, retírate a esa región de paz, donde hallarás la fortaleza. Cuando estés más temeroso, recógete a ese refugio de la oración, única arma para vencer al enemigo y sosegar la tribulación. No te has de apartar de ella en la tormenta, hasta que experimentes, como otro Noé, la tranquilidad, la seguridad y serenidad, y hasta que tu voluntad se halle resignada, devota, pacífica y animosa.

Finalmente, no te aflijas ni desconfíes cuando estés temeroso; él vuelve a quietarte siempre que te alteres, porque esto es todo lo que quiere este divino Señor de ti, para reposar en tu alma y hacer un rico trono de paz en ella, que busques dentro de su corazón, por medio del recogimiento interior y con su gracia divina, el silencio en el bullicio, la soledad en la compañía, la luz en las tinieblas, el olvido en el agravio, el aliento en la cobardía, el ánimo en el temor, la resistencia en la tentación, la paz en la guerra y la quietud en la tribulación.

(Nota: La oración que él recomienda es silencio, no palabras habladas o pensadas; él le llama discurso a los pensamientos y las palabras, lo cual él dice claramente que debe ser evitado y se debe usar el silencio en vez. Molinos define claramente los beneficios de la oración silenciosa en esta obra. Para ver la extensa confirmación bíblica de la necesidad del silencio, vea **¿Por qué el Silencio?** por Jorge Fox)

CAPITULO II

Aunque el alma se vea privada del discurso, debe perseverar en la oración y no afligirse, porque esa es su mayor felicidad.

Te hallarás como todas las demás almas a quienes el Señor llama al camino interior, llena de confusión y dudas por haberte faltado el discurso [peticiones, intercesiones y ruegos] en la oración. Te parecerá que ya Dios no te ayuda como antes, que no es para ti el ejercicio de la oración, que pierdes el tiempo, pues no puedes, aun con fatiga, hacer un solo discurso como solías.

¿Qué aflicciones y perplejidades te causará esta falta de discurso [usted querrá orar en la manera tradicional de hablar y hacer ruegos a Dios]? Y si en esta ocasión no tienes un padre espiritual experimentado en el camino místico, crecerá en ti la pena y en él la confusión. Juzgará que no está bien dispuesta tu alma, y que para la seguridad de tu conciencia tienes necesidad de una confesión general, y no se sacará más de esto que la confusión de ambos. ¡Oh, cuántas almas son llamadas al camino interior, y en vez de guiarlas y adelantarlas los padres espirituales, por no entenderlas les detienen en su curso y las arruinan! [Molinos en aquel entonces estaba hablando principalmente a una audiencia perteneciente a la secta romana, los cuales tenían la tendencia de ir con su sacerdote, creyendo que él era más sabio que ellos en materias espirituales; lo cual, obviamente, no era cierto en la mayoría de los casos, a menos que el sacerdote también hubiera sido enseñado acerca del camino interior.]

Debes, pues, persuadirte, para no volver atrás cuando te faltare el discurso en la oración [cuando sienta que tiene que aumentar sus oraciones de conversación y ruegos], que ésa [la oración interior en silencio] es tu mayor felicidad, porque es señal clara **que el Señor te quiere hacer caminar por fe y en silencio en su divina presencia**, cuya senda es la más provechosa y la más fácil. Porque con una sencilla vista o amorosa atención a Dios, se representa el alma como un humilde mendigo delante de su Señor, o como un niño sencillo se arroja en el suave y seguro seno de su amada madre. Así lo dijo Gerson: *me haya entregado durante cuarenta años a la lectura y a la oración, nada he encontrado más eficaz y provechoso para el logro de la teología mística que éste: que nuestro espíritu llegue a ser ante Dios como pequeño y mendigo.*

No sólo es esta oración la más fácil, pero es también la más segura, porque está libre de las operaciones de la imaginación, la cual siempre está sujeta a los engaños del demonio y a los movimientos del humor melancólico y de discursos, en los cuales el alma fácilmente se distrae, y con la especulación se enmaraña mirándose a sí misma.

Queriendo Dios enseñar a su caudillo Moisés (Exod. 24:15) y darle las tablas de piedra con la ley divina escrita, le llamó a la falda del monte, en cuyo instante, estando Dios en él, el monte quedó tenebroso, rodeado de nubes oscuras y densas, y Moisés quedó inerte, sin saber ni poder pensar nada. Después de siete días, Dios mandó a Moisés subir a lo alto del monte, donde se le manifestó glorioso y le llenó de

Así al principio, cuando Dios quiere, de modo extraordinario, conducir el alma a la escuela de las divinas y amorosas noticias de la ley interior, la hace caminar con tinieblas y sequedades para acercarla a sí, porque sabe muy bien la Divina Majestad que para llegarse a él y entender los divinos documentos, no es el medio el del esfuerzo propio y del discurso, sino el de la resignación con silencio.

¡Qué grande ejemplo nos dio el patriarca Noé! Después de haberle tenido todos por loco, y estar en medio de un indómito mar, inundado por todo el mundo, sin velas ni remos, rodeado de animales feroces dentro del arca cerrada, caminó con sólo la fe, sin saber ni entender lo que Dios quería hacer de él.

Lo que a ti más te importa (oh alma redimida), es la paciencia y no dejar la empresa de la oración [silencio ante Dios], aunque no puedas aumentar tus razonamientos [aumentar sus plegarias y peticiones]; camina con fe firme y con el santo silencio, muriendo en ti mismo con todas tus habilidades naturales, que Dios es quien es, y no cambia, ni puede errar, ni querer otra cosa más que tu bien. **Claro está que quien va a morir, es seguro que va a sentir dolor; pero ¡qué bien empleado tiempo el estar el alma muerta, muda y resignada en la divina presencia, para recibir sin impedimento las influencias divinas!**

Los sentidos [vista, oído, tacto] no son capaces de recibir los [beneficios] divinos; así, si tú quieres ser feliz y sabio, calla y cree, sufre y ten paciencia, confía y camina, que más te importa el callar y dejarte llevar de la mano divina que cuantos bienes hay en el mundo. Y aunque te parecerá que no haces nada y que estás inactivo, estando así, mudo y resignado, el fruto es infinito.

Considera la bestia vendada dando vueltas a la rueda del molino, que si bien no ve ni sabe lo que hace, obra mucho en moler el trigo, y aunque no lo pueda probar, su dueño obtiene el fruto y lo prueba. ¿Quién no va a creer que después de tanto tiempo que está la semilla debajo de la tierra, que ésta no se muera? Y después se ve salir, crecer y multiplicar. Lo mismo hace Dios en el alma cuando la priva de la consideración y discurso, pues cuando ella piensa que no está haciendo nada [mientras está en oración silenciosa] y que está perdida, con el tiempo se halla mejorada, despegada y perfecta, sin haber jamás esperado tanta dicha.

Procura, pues, no afligirte ni volver atrás, aunque no puedas discurrir en la oración; sufre, calla y ponte en la presencia divina; persevera con constancia y fía de su infinita bondad, que te ha de dar la fe constante, la verdadera luz y la divina gracia. Camina a ciegas, vendado, sin pensar ni discurrir; ponte en sus manos amorosas y paternas, sin querer hacer otra cosa que su divina voluntad.

CAPITULO III

Prosigue lo mismo.

Es el común sentir de todos los santos que han experimentado el espíritu, y de todos los maestros místicos, que el alma no puede llegar a la perfección y unión con Dios por medio de la contemplación y discurso; porque esto sólo ayuda para comenzar el camino espiritual hasta alcanzar un hábito de conocimiento propio de la hermosura de la virtud y de la fealdad del vicio, cuyo hábito, en opinión de Santa Teresa, se puede alcanzar en seis meses, y en la opinión de San Buenaventura, en dos. (*Pral. Mist. Teol.*, pág. 655.)

(Nota: Molinos ha usado la palabra *meditación* para referirse a pensar sobre temas divinos, lo cual se entiende más claramente hoy en día con el término *contemplación*, de manera que **se ha hecho un cambio de términos para facilitar el entendimiento moderno de la palabra *meditación* dando a entender un esfuerzo por estar en silencio**. Su uso de la palabra *meditación* era en el contexto de pensar acerca de cosas divinas, en vez de esforzarse por silenciar la mente. Tal *meditación* curiosamente todavía está de moda en el cristianismo moderno, *esto es, el pensar* acerca de cierto pasaje en las escrituras, supuestamente para determinar su significado correcto. Por lo tanto, los términos dentro de este documento han sido editados para ser más compatibles con el uso actual; *meditación* se usa para la oración silenciosa, y *contemplación* se usa para una disertación reflexiva. **Pero tenga en mente que otra versión que usted encuentre en el internet puede tener estos términos intercambiados**. Cualquiera sea el término que se use, es claro que Molinos es un defensor del silencio en la oración, mientras se enfoca la mente en Dios; o, como recomienda Jorge Fox y este sitio

internet, piense sólo en el nombre de *Jesucristo*, regresando al mismo pensamiento cuando su mente se encuentre vagando. Fox declara que a medida que usted se da cuenta que Cristo está en usted, usted debería cambiar a pensar acerca de *Cristo por dentro*, en vez de sólo en su nombre.)

¡Oh qué compasión se les ha de tener a la casi infinita cantidad de almas que desde que comienzan hasta que acaban la vida se emplean en mera contemplación, obligándose a discurrir, aunque Dios las prive del discurso para pasarlas a otro estado y oración más perfecta! Y así se quedan, después de muchos años, imperfectas, y al principio, sin hacer progreso ni aun dar un paso en el camino del espíritu, rompiéndose la cabeza con la composición del lugar, con la elección de los puntos, imaginaciones y discursos forzados; buscando a Dios por afuera teniéndole dentro de sí mismos.

De esto se lamentó San Agustín en el tiempo que Dios le conducía al camino místico, diciéndole a Su Divina Majestad: «Yo erré, Señor, como la oveja perdida, buscándote con discurso ansioso por fuera, estando tú dentro de mí; trabajé mucho buscándote fuera de mí, y tú tienes tu habitación dentro de mí, si yo te deseo y anhelo por tí. Rodeé las calles y las plazas de la ciudad de este mundo buscándote, y no te hallé, porque mal buscaba fuera lo que estaba dentro de mí mismo. (*Soliloq.*, Capítulo XXXI)

Véase al doctor angélico Santo Tomás que, con ser tan cauteloso en todos sus escrito, parece burlarse de aquellos que por afuera van siempre buscando a Dios por discurso, teniéndole presente dentro de sí mismos: «Gran ceguedad y demasiada necedad (dice el santo) hay en algunos que siempre buscan a Dios, continuamente suspiran por Dios, frecuentemente desean a Dios, claman y llaman cada día a Dios en la oración, siendo ellos mismos (según el apóstol) Templo vivo de Dios y su verdadera habitación, siendo su alma la silla y trono de Dios, en la cual descansa continuamente. ¿Quién, pues, sino un necio busca por fuera un instrumento, sabiendo que lo tiene encerrado dentro de casa? ¿O quién se conforta con el manjar que apetece y no lo prueba? Así es la vida de algunos justos: siempre buscando y nunca gozando, y así todas sus obras son menos perfectas.» (*Opuse.* 63, Cap. III, *in fin.*)

Es cierto que Cristo Señor Nuestro enseñó a todos las perfección, y quiere siempre que todos sean perfectos, con especialidad los ignorantes y sencillos. Él manifestó claramente esta verdad cuando eligió para su apostolado a los más ignorantes y pequeños, diciendo a su Padre Eterno: *Te confieso y doy las gracias (oh Padre Eterno), porque escondiste estas cosas de los sabios y prudentes, y la manifestaste a los sencillos y pequeñuelos* (Mateo 11:5). Y es cierto que éstos no pueden alcanzar la perfección por medio de meditaciones intensas y consideraciones sutiles; pero son capaces, como los más doctos, de poder llegar a la perfección por medio de las inclinaciones de la voluntad, de lo cual más principalmente consiste.

San Buenaventura enseña a no pensar en ninguna cosa, ni aun en Dios, porque es imperfección el tener formas, imágenes e ideas, por sutiles que sean, así de la voluntad como de la bondad, Trinidad y unidad, y aun de la misma esencia divina; porque todas estas ideas e imágenes, aunque parezcan tener forma de Dios, no son Dios, el cual no admite imagen ni forma alguna. *Allí no conviene pensar cosa alguna acerca de las criaturas, ni de los ángeles, ni de la Trinidad, porque esta sabiduría surgirá mediante inclinaciones de deseos no por contemplación previa.* (*Misterios Teol.*, parte 11, q. única, página 685.) Lo que importa no pensar aquí nada de las criaturas, de los ángeles ni del mismo Dios, porque esta sabiduría y perfección no se engendra por la contemplación sutil, sino por el deseo y la inclinación de la voluntad.

No puede el santo hablar con más claridad, y tú te inquietarás y aun querrás dejar la oración porque no puedes o no sabes discurrir en ella, a pesar de tener buena voluntad, buen deseo y pura intención. Si en las crías de los cuervos, que son desamparados de sus padres, pensando que son ilegítimos por verles sin plumas negras, Dios obra con su rocío porque no perezcan, ¿qué hará en las almas redimidas, aunque no puedan hablar ni discurrir, si creen, confían y abren la boca hacia el cielo, manifestando su necesidad? ¿No es más seguro que la divina bondad ha de proveer para ellas, dándoles el alimento necesario?

Claro está que cuando el alma se halla privada de los placeres sensibles que tenía antes, es un gran martirio y don de Dios no pequeño, caminar con solamente la fe santa por las oscuras y desiertas sendas de la perfección; pero no se puede llegar a ella sino por este penoso aunque seguro medio, y así procura estar constante y no volver atrás, aunque te falte el discurso en la oración; cree entonces con firmeza, calla con quietud y persevera con paciencia si quieres ser dichoso y llegar a la unión divina, a la quietud eminente y suprema paz interior.

CAPITULO IV

No se ha de afligir el alma ni ha de dejar la oración por verse rodeada de sequedades.

Sabrás que hay dos maneras de oración: una tierna, agradable, amorosa y llena de sentimientos; **la otra oscura, seca, desolada, tentada y tenebrosa**. La primera es para principiantes, **la segunda para los avanzados y los que caminan hacia la perfección**. La primera la da Dios para ganar a las almas, la segunda para purificarlas. Con la primera los trata como a niños y miserables, **con la segunda los comienza a tratar como a personas fuertes**.

Aquel primer camino se puede llamar la vida natural, y de aquellos que van en busca de la devoción sensible, la cual Dios suele dar a los principiantes para que, llevados de aquella pequeña degustación, como el animal del objeto sensible, se den a la vida espiritual. El segundo se llama vida de hombres y es de aquellos que, no procurando dulzura sensible, **pelean y batallan contra las propias pasiones para conquistar y alcanzar la perfección, que es empleo propio de hombres**.

Ten por seguro que la sequedad es el instrumento de tu bien; porque está libre de sensibilidad, la cual es estorbo que hace detener el vuelo casi a todos los espirituales, y aun los hace volver atrás y dejar la oración, como se ve en muchísimas almas que perseveran solamente mientras gustan el consuelo sensible.

Sabe que el Señor se vale del velo de las sequedades para que no sepamos lo que obra dentro de nosotros y con eso nos humillemos; porque si sintiéramos y reconociéramos lo que obra dentro de nuestras almas, entraría la satisfacción y presunción, pensando que hemos hecho alguna cosa buena, y creyendo que estamos muy cerca de Dios, con lo cual nos vendríamos a perder.

Asienta por cierto en tu corazón que **se debe quitar primero toda la sensibilidad** para caminar por el camino interior, y el medio de que Dios se vale para hacer esto son las sequedades. Por éstas quita también la reflexión o vista con que mira el alma lo que hace, el cual es el único impedimento para pasar adelante y para que Dios se comunique y obre en ella.

No debes, pues, afligirte ni pensar no sacas fruto por no experimentar muchos sentimientos al salir de la comunión u oración, porque esto es un claro engaño. El labrador siembra en un tiempo y recoge en otro. Así Dios, en las ocasiones y a su tiempo, te ayudará a resistir las tentaciones y te dará, cuando menos lo pienses, propósitos santos y deseos más eficaces de servirle. Y para que no te dejes llevar por la sugestión vehemente del enemigo, quien, siendo envidioso, te persuadirá que no haces nada y que pierdes el tiempo para que dejes la oración, Dios te quiere declarar algunos de los infinitos frutos que saca tu alma de estas grandes sequedades.

El primero es perseverar en la oración, de cuyo fruto se originan muchos otros.

El segundo, experimentarás un fastidio de las cosas del mundo, el cual va poco a poco arrojando los malos deseos de la vida pasada y produciendo otros nuevos de servir a Dios.

El tercero, vas a ver muchas faltas que antes no veías.

El cuarto, reconocerás, cuando vas a hacer alguna cosa mala, una advertencia en tu corazón que te refrena para que no la ejecutes y otras veces para que no hables, para que no te quejes o te vengues, para que te prives de algún pequeño placer terrenal o para que huyas de esta o aquella ocasión o conversación a que antes ibas y estabas muy quieto, sin ninguna advertencia o estímulo de la conciencia.

El quinto, que después de haber caído por debilidad en alguna leve culpa, sentirás dentro de tu alma una reprensión que te afligirá sobre manera.

El sexto, sentirás dentro de ti deseos de padecer y hacer la voluntad de Dios.

El séptimo, sentirás una inclinación a la virtud y facilidad más grande en vencerte a tí mismo y vencer las dificultades de las pasiones y enemigos que te estorban el camino.

El octavo, te conocerás mejor a tí mismo y aun te confundirás contigo mismo, y sentirás una estima grande de Dios sobre todo lo creado, desprecio de las criaturas y una firme resolución de no dejar la oración, aunque sepas te va a resultar en un cruelísimo martirio.

El noveno, sentirás mayor paz en el alma, amor a la humildad y mortificación, confianza en Dios, sumisión y despego de todas las criaturas, y, finalmente, cuantos pecados habrás dejado de hacer desde que tienes oración es evidencia de que el Señor obra dentro de tu alma sin que lo conozcas, por medio de la oración seca, aunque no lo sientas mientras estás en ella, sino a un tiempo y ocasión.

Todos estos frutos y otros muchos son como nuevos pimpollos que nacen de la oración que tú quieres dejar, por parecerte que está seca, que no ves fruto ni te aprovechas en ella. Se constante y persevera con paciencia, que aunque tú no lo conoces, tu alma se beneficia de esta sequedad.

CAPITULO V

Prosigue lo mismo, declarando cuántas maneras hay de devoción, y cómo se debe despreciar la devoción sensible, y que el alma, aunque no discurra, no está inactiva.

Hay dos formas de devoción: una es esencial y verdadera; la otra, accidental y de los sentidos. La esencial es una prontitud de ánimo para obrar el bien [hechos de bondad, haciendo por otros lo que quisiéramos que nos hicieran a nosotros, regalos de amor a los pobres, etc.], para cumplir los mandamientos de Dios y hacer todas las cosas de su servicio aunque por la flaqueza humana no se pongan en ejecución como se desea. (S Tho 22, q. 82, arto 1.) Esta es verdadera devoción, aunque no se sienta gusto, dulzura, suavidad ni lágrimas; antes suele tenerse con tentaciones, sequedades y tinieblas.

La devoción accidental y de los sentidos es cuando a los buenos deseos se les añade blandura de corazón, ternura, lágrimas u otros afectos sensibles. (Suárez. 11 de Religio, lib. 11, c. 5, n. 16, et. 18.) Esta devoción no se debe buscar, sino que es más seguro no deseársela y despreciarla, porque además de que suele ser peligrosa, es un gran impedimento para el progreso y para avanzar en el camino interior. (S. Bernardo, Serm. 1, Nativ. Dui-Suárez, ibi., Molina, de Orat., ibi., C. 6.) Y así sólo debemos abrazar la devoción verdadera y esencial, la cual siempre está en nuestra mano el procurarla, y haciendo cada uno de su parte lo que pudiere, la alcanzará ayudado de la divina gracia.

Algunos piensan cuando experimentan la devoción con placeres sensible que son favores de Dios y que entonces ya tienen a Dios, y toda la vida consiste en estar ansiosos por ese regalo, y es engaño, porque no es otra cosa que un consuelo de la naturaleza y una pura reflexión con que el alma mira lo que hace; la cual impide que se haga ni se pueda hacer nada, ni se alcance la verdadera luz, ni se dé un paso en el camino de la perfección. El alma es puro espíritu y no siente así los actos interiores y de la voluntad, como son los del alma y espirituales que no son sensibles, con los que no conoce el alma sí ama, y la mayoría de las veces no siente si obra.

De aquí inferirás que aquella devoción y placer sensible no es Dios, ni del espíritu, sino resultado de la naturaleza; y por lo tanto debes despreciarle, y no hacer caso, y perseverar con firmeza en la oración, dejándote guiar del Señor, que él te será luz en las tinieblas.

No creas cuando tienes sequedad y oscuridad en la presencia de Dios por fe y silencio que no haces nada, que pierdes el tiempo y que estás inactivo, porque esta inactividad del alma, según dice San Bernardo, es el negocio de los negocios de Dios. *Esta inactividad es el gran negocio.* Y más abajo dice : «La inactividad es no hacer reposar a Dios, porque éste es el negocio de todos los negocios: *Lo inactivo*

Ni se ha de decir que el alma está inactiva, porque aunque no obra activa, obra en ella el Espíritu Santo. Además, no está sin ninguna actividad, porque obra, aunque espiritual, sencilla e íntimamente. Porque estar atenta a Dios, llegarse a él, seguir sus inspiraciones internas, recibir sus influencias divinas, adorarle en su centro íntimo, venerarle con afecto piadoso de la voluntad, arrojar tantas y tan fantásticas imaginaciones que ocurren en el tiempo de la oración, y vencer con la suavidad y el desprecio tantas tentaciones, todos son actos verdaderos, aunque sencillos y totalmente espirituales y casi imperceptibles, por la tranquilidad grande con que el alma los produce.

CAPITULO VI

No se ha de inquietar el alma por verse rodeada de tinieblas, porque éstas son el instrumento de su mayor felicidad.

[Nota: Debido a que todos comenzamos en la oscuridad, antes de la iluminación, tal oscuridad no se debe despreciar como una motivación para no estar concientes de ella., abandonando nuestro silencio que nos muestra nuestro estado oscuro y deplorable. Como dijo Pablo: Ahora bien, cuando buscamos ser Justificados por Cristo, se hace evidente que nosotros mismos somos pecadores. ¿Quiere esto decir que Cristo está al servicio del pecado? ¡De ninguna manera! Gal 2:17. Y Pedro dijo: Y así tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención como a una lámpara que brilla en el lugar oscuro, hasta que el día despunte y el lucero de la mañana aparezca en vuestros corazones.]

Hay dos formas de tinieblas: unas infelices y otras felices. Las primeras son las que nacen del pecado, y éstas son desdichadas, porque conducen al cristiano al precipicio eterno. Las segundas son las que el Señor permite en el alma para fundarla y establecerla en la virtud; y éstas son dichosas, porque la iluminan, la fortalecen y ocasionan mayor luz; por lo tanto, no has de turbarte, afligirte ni desconsolarte por verte en oscuridad y tinieblas, ni pienses que te falta Dios o la luz que antes experimentabas; antes bien, debes entonces perseverar con constancia en la oración [oración silenciosa], porque esta es una clara señal que Dios por su misericordia quiere introducirte a la senda interior y el camino dichoso del Paraíso. ¡Oh qué dichoso serás si te aferras a ella con paz y resignación, como instrumentos de la quietud perfecta, de la luz verdadera y de tu todo bien espiritual!

Sabe, pues, que el camino de las tinieblas es de los avanzados y es el más perfecto, seguro y derecho, porque en ellas tiene su trono el Señor: *Y puso las tinieblas como refugio suyo* (Sal 18:11). Por ellas crece y se hace grande la luz sobrenatural que Dios infunde en el alma. En medio de ellas se engendra la sabiduría y el amor fuerte. Por ellas se aniquila el alma y se consumen las especies que estorban la vista derecha de la verdad divina. Por este medio introduce Dios al alma por el camino interior en oración de quietud y contemplación perfecta, experimentada por tan pocos. Por ellas, finalmente, el Señor purifica los sentidos y sensibilidades que estorban el camino místico.

Mira entonces si no se han de estimar y abrazar las tinieblas; lo que debes hacer en medio de ellas es creer que estás delante del Señor y en su presencia; pero ha de ser con una atención suave y quieta. No quieras saber nada, ni busques regalos, ternuras, ni devociones sensibles, ni quieras hacer otra cosa que el divino beneplácito, porque de otro modo no harás en toda tu vida otra cosa que dar vueltas en círculos y no darás un paso en la perfección.

CAPITULO VII

Para que el alma llegue a la suprema paz interior, es necesario que Dios la purgue a su modo, porque no bastan los ejercicios y mortificaciones que ella pueda tomar por su mano.

Luego que te resolvieres con firmeza a mortificar tus sentidos exteriores para caminar al alto monte de la perfección y unión con Dios, Su Divina Majestad pondrá su mano para purgar tus malas inclinaciones, apetitos desordenados, complacencia vana y estima propia, y otros vicios ocultos que tú no conoces y que reinan en lo íntimo de tu alma, e impiden la unión divina.

No llegarás jamás a este estado dichoso, por más que te fatigues con los ejercicios exteriores de mortificación y resignación, hasta que interiormente el Señor te purgue y te ejercite a su modo, porque él sabe cómo se han de purgar los defectos secretos. Si tú perseveras con constancia, no sólo te purgará de los afectos y apegos de los bienes naturales y temporales, pero a su tiempo te purificará también de los sobrenaturales y sublimes, como son las comunicaciones internas, los raptos y éxtasis interiores y otras gracias infusas, donde se apoya y entretiene el alma.

Todo esto hará Dios en tu alma por medio de la cruz y la sequedad, si tú libremente le das el consentimiento por la resignación, caminando por estos caminos desiertos y tenebrosos. Lo que tú debes hacer es no hacer nada por tu sola elección. Lo que tú debes hacer es sujetar tu libertad y únicamente callar y sufrir, resignándote con quietud en todo lo que el Señor interior y exteriormente te quiere mortificar, porque éste es el único medio para que tu alma llegue a ser capaz de recibir las influencias divinas, mientras sufres la tribulación interior y exterior con humildad, quietud y paciencia, no las penitencias, ejercicios y mortificaciones que por tu mano puedes tomar.

El labrador más estima las hierbas que planta en la tierra que aquellas que por sí solas nacieron, porque éstas no llegan jamás a sazonzarse. Del mismo modo Dios estima con más agrado la virtud que Él siembra e infunde en el alma (mientras se halle sumergida en su nada, quieta, tranquila, retirada en su centro y sin ninguna elección) que todas las demás virtudes que el alma pretende conquistar por su elección y esfuerzo [obras de la carne que no valen nada].

Lo que importa es preparar tu corazón como un papel en blanco, donde la divina sabiduría pueda formar los caracteres a su gusto. Oh qué grande obra será para tu alma estar en la oración las horas enteras, muda, resignada y humillada, sin hacer, sin saber ni querer entender nada.

CAPITULO VIII

Prosigue lo mismo.

Con nuevo esfuerzo te ejercitarás, pero de manera diferente que hasta ahora, dando tu consentimiento para recibir las operaciones secretas y divinas, y para dejarte labrar y purificar por el divino Señor, que es el único medio para que quedes limpio y purgado de tus ignorancias y disoluciones; pero sabe que has de ser sumergido en un amargo mar de dolores y penas interiores y externas cuyo tormento te penetrará lo más íntimo del alma y del cuerpo.

Experimentarás el desamparo de las criaturas y aun de aquellas de quienes más fiabas que te habían de favorecer y compadecerse en tus angustias. Se secarán los cauces de tu intelecto sin poder hacer discurso alguno ni aun tener un buen pensamiento de Dios. El cielo te parecerá de bronce, sin recibir de él ninguna luz. Ni te consolará el pensamiento de que en el tiempo pasado te haya llovido en tu alma tanta luz y consuelo devoto.

Te perseguirán los enemigos invisibles con escrúpulos, con sugerencias sensuales y pensamientos inmundos, con incentivos de impaciencia, soberbia, rabia, maldición y blasfemia del nombre de Dios, de sus sacramentos y santos misterios. Sentirás una gran tibieza, tedio y fastidio para las cosas de Dios, una oscuridad y tiniebla en el entendimiento, una falta de ánimo, confusión y apretura de corazón; una frialdad y debilidad en la voluntad para resistir, que una pajita te parecerá una viga. Tu desamparo será tan grande, que te parecerá que para ti ya no hay Dios y que estás imposibilitado de tener un buen

deseo, con que quedarás como entre dos paredes encerrado en afán continuo y apretura, sin tener esperanza de salir de tan tremenda opresión.

Pero no temas, que todo eso es necesario para purgar tu alma y dar a conocer su miseria, tocando con las manos la aniquilación de todas las pasiones y apetitos desordenados con que ella se alegraba. Finalmente, hasta que el Señor te libre y purifique a su modo con estos tormentos interiores, no arrojarás el Jonás del sentido en el mar, por más que lo procures con tus ejercicios exteriores y mortificaciones, ni tendrás luz verdadera ni darás un paso en la perfección, con que te quedarás al principio y tu alma no llegará a la quietud amorosa y suprema paz interior.

CAPITULO IX

No se ha de inquietar el alma ni ha de volver atrás en el camino espiritual por verse combatida de tentaciones.

Nuestra naturaleza es tan vil, tan soberbia y ambiciosa, y tan llena de su apetito y de su propio juicio y parecer, que si la tentación no la refrenara, se perdería sin remedio. **El Señor, movido de compasión viendo nuestra miseria y nuestra inclinación perversa, permite que vengan varios pensamientos contra la fe, y tentaciones horribles y vehementes y penosas sugerencias de impaciencia, soberbia, gula, lujuria, rabia, blasfemia, maldición, desesperación y otra cantidad infinita de cosas, para que nos conozcamos y nos humillemos.** Con estas horribles tentaciones aquella infinita bondad humilla nuestra soberbia, dándonos en ellas la medicina más saludable.

Como dijo Isaías *todas nuestras justicias* son como trapo de inmundicia (Isaías: 64:6), por causa de las manchas de la vanidad, satisfacción y amor propio. Es necesario que se purifiquen con el fuego de la tribulación y tentación para que sean limpias, puras, perfectas y agradables a los ojos divinos.

Por eso el Señor purifica el alma que Él llama y quiere para sí con la lima sorda de la tentación. Con ella la limpia de la escoria de la soberbia, avaricia, vanidad, ambición, presunción y estima propia. Con ella la humilla, la pacífica y ejercita y le hace conocer su miseria. Por ella purifica y desnuda el corazón, para que todas las obras que haga sean puras y de inestimable precio.

Muchas almas, cuando padecen estos tormentos penosos, se turban, se afligen y se inquietan, pareciéndoles que ya en esta vida comienzan a padecerlos eternos castigos; y si por desgracia llegan al confesor que no tiene experiencia, en vez de consolarlas, las deja más confusas y perplejas.

Es necesario creer, para no perder la paz interior, que es la bondad de la divina misericordia cuando así te humilla, aflige y ejercita, pues por este medio llega tu alma a tener un profundo conocimiento de sí misma, juzgando que es la peor, la más mala y la más abominable de la tierra, con que vive humilde, baja y aborrecida de sí misma. ¡Oh qué dichosas serían las almas si se quietasen y creyesen que todas estas tentaciones son ocasionadas del demonio y recibidas de la divina mano para su ganancia y provecho espiritual!

Pero dirás que no es obra del demonio cuando te molesta por medio de las criaturas, sino efecto de la culpa del prójimo y de su malicia por haberte agraviado y ultrajado. Sabrás que ésa es otra tentación sutil y oculta, porque aunque Dios no quiere el pecado ajeno, quiere en tí su efecto y el trabajo que te causa la culpa ajena, para ver en tí logrado el bien de la paciencia.

Si un hombre te hace alguna una injuria, aquí hay dos cosas: el pecado de quien la hace y la pena que tú padeces; el pecado es contra la voluntad de Dios, y le desagrada, aunque lo permite; la pena es conforme a su voluntad, y la quiere para tu bien, y así la has de recibir como de su mano ¡Cuando usted acepta que los

males hechos a usted fueron orquestados por él para que así ocurran, podrá perdonar fácilmente a la persona que le hizo mal; y cuando los perdona sin enojo ni resentimiento, usted habrá llegado a un punto crítico en su camino con el Señor]. La pasión y muerte de Cristo Señor Nuestro fueron el resultado de la malicia y pecados de Pilatos, y es cierto que Dios la quiso en su Hijo para nuestra redención. [Y no nos olvidemos del ejemplo del Señor, quien cuando estaba sufriendo dolor inimaginable en la cruz dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen."]

Mira cómo se sirve el Señor de la culpa ajena para el bien de tu alma. ¡Oh grandeza de la sabiduría divina! ¡Quién podrá investigar el abismo secreto y los medios extraordinarios y caminos oscuros por donde conducían al alma, la cual Él quiere purgar, transformar y hacer divina!

CAPITULO X

Prosigue lo mismo.

Para que el alma sea habitación del Rey celestial, es necesario que esté limpia, sin ninguna mancha; por eso el Señor la purifica, como al oro, en el fuego de la horrible y penosa tentación. Es cierto que el alma nunca ama más ni cree que cuando anda afligida y fatigada con estas tentaciones; porque aquellas dudas y recelos que la rodean, si cree o no cree, si consiente o no consiente, no son otra cosa que finezas del amor.

Bien claramente lo manifiestan las intenciones que quedan en el alma, que comúnmente son un desagrado consigo misma, con un conocimiento muy profundo de la grandeza y omnipotencia de Dios. Y también con una gran confianza en el Señor, que la ha de librar de todos los riesgos y peligros, con mucha mayor fortaleza en la fe, creyendo y confesando es Dios el que da las fuerzas para sufrir el tormento que ocasionan estas tentaciones, porque sería imposible resistir naturalmente un cuarto de hora, según la fuerza y vehemencia con que algunas veces aprietan.

Debes, pues, conocer que **la tentación es tu mayor felicidad**; y así, cuando más te apriete, más debes alegrarte con paz, en vez de entristecerte, y **agradecer a Dios por el beneficio que te hace**. El socorro que has de tener en todas esas tentaciones y pensamientos abominables es despreciarlos con una disimulación sosegada, porque no hay cosa que más lastime al demonio, como soberbio, que verse despreciado y que no se hace caso de él ni de lo que nos trae a la memoria. Y así te has de portar con él como quien no lo oye, y has de estar en tu paz, sin inquietarte y sin multiplicar razones y respuestas, porque no hay cosa tan peligrosa como trabar razones con quien tan presto nos puede engañar.

Los santos, para llegar a serlo, pasaron por este penoso medio de la tentación, y cuanto más santos llegaron a ser, mayores tentaciones padecieron. Y aun después que llegaron a ser santos y perfectos, Dios Nuestro Señor permitió que fueran tentados con vehementes tentaciones, para que su corona sea mayor y para reprimir en ellos el espíritu de la vanidad, o por no dar lugar a que ésta entre, trayéndolos así seguros, humillados y desvelados del estado que tienen.

Finalmente, has de saber que la mayor tentación es estar sin tentación; y así, debes alegrarte cuando te asalte, y resistirla con paz, constancia y resignación, porque si quieres servir a Dios y llegar a la región alta de la paz interior, has de pasar por esta penosa senda de la tentación, te has de vestir con estas armas pesadas, has de batallar en esta cruel y abominable guerra y por este fuego abrasador te has de pulir, renovar y purificar.

CAPITULO XI

Se declara qué cosa es el recogimiento interior, y cómo se debe de comportar el alma en él y en la guerra espiritual con que el demonio procura perturbarla en aquella hora.

El recogimiento interior es fe y silencio en la presencia de Dios. Por eso te debes habituar a recogerte en su presencia con una atención amorosa, como quien se entrega y se une a Dios con reverencia, humildad y sumisión, mirándole dentro de ti mismo en lo más íntimo de tu alma, sin orden, modo ni figura, en vista y naturaleza general de fe amorosa y oscura, sin alguna distinción de perfección o atributo.

Allí estarás con atención y vista sencilla, con advertencia tranquila y lleno de amor a Dios, resignándote y entregándote en sus manos para que disponga y ordene en ti según su beneplácito, sin hacer reflexión de ti mismo, ni aun a la misma perfección. Allí cerrarás los sentidos, poniendo en Dios el cuidado de todo tu bien, con una soledad y olvido total de todas las cosas de esta vida. Finalmente, la fe ha de ser pura, sin imágenes ni especies, sencilla, sin discursos y universal, sin reflexión de cosas distintas.

La oración de recogimiento interior está figurada en aquella lucha que dice la Escritura tuvo toda la noche con Dios el Patriarca Jacob, hasta que salió la luz del día y le bendijo; porque el alma ha de perseverar y luchar con las dificultades que sintiere en el recogimiento interior, sin desistir hasta que le amanezca la luz y el Señor le de su bendición.

Aun no bien te habrás entregado a tu Dios en este camino interior, cuando todo el infierno se conjurará contra ti; porque una sola alma recogida interiormente en su presencia hace más guerra a los enemigos que mil de las otras que caminan exteriormente, porque saben la ganancia infinita que obtiene un alma eterna.

En el tiempo del recogimiento Dios estimará más la paz y resignación de tu alma, en la variedad de pensamientos impertinentes, importunos y torpes, que los buenos propósitos y grandes sentimientos. Ten conciencia que el esfuerzo propio que harás para resistir los pensamientos sabe es un impedimento y dejará a tu alma más inquieta: lo que importa es despreciarlos con suavidad, conocer tu miseria y ofrecer a Dios la molestia con paz.

Aunque no puedas salir del afán de los pensamientos, ni sientas luz, consuelo, ni sentimiento espiritual, no te aflijas, ni dejes el recogimiento, porque son asechanzas del enemigo: resignate entonces con fortaleza, padece con paciencia y persevera en su presencia que mientras de esta manera perseverares tu alma progresa interiormente.

Pensarás, por salir seco de la oración, de la misma manera que la comenzaste, que es falta de preparación, y que no sacas fruto. Es engaño, porque el fruto de la verdadera oración no está en gustar de la luz, ni tener noticia de las cosas espirituales; pues éstas se pueden hallar en el entendimiento especulativo, sin la verdadera virtud y perfección; solamente consiste en padecer con paciencia y perseverar en fe y silencio, creyendo que estás en la presencia del Señor, volviendo a él tu corazón con quietud y pureza de intención, que mientras de esta manera perseverares tienes la única preparación y disposición que en este tiempo necesitas y obtendrás un fruto infinito.

La guerra es muy común en este recogimiento interior. Dios por una parte te privará de la sensibilidad para probarte, humillarte y purgarte. Por otro te acometerán los enemigos invisibles con continuas sugerencias para inquietarte y estorbarte. Por otra te atormentará la misma naturaleza, enemiga siempre del espíritu, que al ser privada de los gustos sensibles, se queda floja, melancólica y llena de tedio, de manera que siente el infierno de todos los ejercicios espirituales, y especialmente en el de la oración. Así te afligirá de sobremanera el deseo de acabarla, por la molestia de los pensamientos, por el cansancio del cuerpo, por el sueño importuno y no poder refrenar los sentidos, que cada uno por su parte quisiera seguir sus gustos. ¡Dichoso tú si perseverares en medio de este martirio!

Todo esto es confirmado, con su celestial doctrina, por aquella gran doctora y maestra mística Santa

Teresa, en la Epístola que escribió al Obispo de Osma para instruirle cómo se había de portar en la oración y en la variedad de pensamientos importunos que acometen en aquella hora, donde dice: *«Es menester sufrir la importunidad de la muchedumbre de pensamientos e imaginaciones importunas e impetus de movimientos naturales, así del alma por la sequedad y desunión que tiene, como del cuerpo por la falta del rendimiento que al espíritu ha de tener.»* 8 de Epístola.

Los que son espirituales llaman estas cosas sequedades: pero muy provechosas si se abrazan y sufren con paciencia. El que aprendiere a padecerlas sin rehusarlas sacará provecho infinito de este esfuerzo. Es cierto que en el recogimiento se desata mucho más el demonio con el combate de pensamientos para desbaratar la quietud del alma y apartarla de aquel dulcísimo y segurísimo trato interior, llenándola de horror para que la deje, yendo a ella, la mayoría de las veces, como si la llevasen a un tormento rigurosísimo.

Con este conocimiento dijo la Santa en la carta referida: *«Las aves, que son los demonios, pican y molestan al alma con las imaginaciones y pensamientos importunos y los desasosiegos que en aquella hora trae el demonio, llevando el pensamiento y derramándolo de una parte a otra; y tras el pensamiento se va el corazón, y no es poco el fruto de la oración sufrir estas molestias e importunidades con paciencia; esto es ofrecerle en holocausto, que es consumirse todo el sacrificio en el fuego de la tentación, sin que de allí salga cosa de él.»* Véase cómo alienta esta celestial Maestra a sufrir y padecer los pensamientos y tentaciones, porque mientras no se consientan doblan la ganancia.

Cuantas veces tú te esfuerces en arrojar con suavidad estos vanos pensamientos, así de tantas coronas te pone el Señor en la cabeza, y aunque te parece no haces nada, desengaña-te, que al Señor le agrada mucho un buen deseo con firmeza y estabilidad en la oración.

«Porque el estar allí (concluye la santa) sin sacar nada, no es tiempo perdido, sino de mucha ganancia, porque se trabaja sin interés y solamente por la gloria de Dios, que aunque le parece que trabaja en balde, no es así, sino que acontece como a los hijos que trabajan en las haciendas de sus padres, que aunque a la noche no llevan jornal, al fin de año lo llevan todo.» Mira cómo califica la santa nuestra enseñanza con su preciosa doctrina.

CAPITULO XII

Prosigue lo mismo.

No ama Dios más al que más hace, al que más siente, ni al que muestra más afecto, sino al que más padece, si adora con fe y reverencia, creyendo que está en la divina presencia. Es verdad que el quitarle al alma la oración de los sentidos y de la naturaleza le es riguroso martirio; pero el Señor se alegra y se goza en su paz, si así se está quieta y resignada. No quieras en este tiempo usar la oración vocal, porque aunque en sí es buena y santa, usarla entonces es declarada tentación, con la cual pretende el enemigo que Dios no te hable al corazón, con pretexto de que no tienes sentimientos y que pierdes el tiempo.

Dios no mira las muchas palabras, sino que si es purificado al final. Su mayor contentamiento y gloria en aquel momento es ver al alma en silencio, deseosa, humilde, quieta y resignada. Camina, persevera, ora y calla, que donde no hallarás sentimiento, hallarás una puerta para entrarte en tu nada, conociendo que eres nada, que puedes nada, ni aún tener un pensamiento.

Cuántos han comenzado este dichoso trato de la oración y el recogimiento interior y lo han dejado, tomando por pretexto el tiempo que los pensamientos les desperdician, que no es para ellos la oración, porque no hallan ningún sentimiento de Dios, ni pueden discurrir, pudiendo creer, callar y tener paciencia; todo lo cual no es otra cosa que con ingratitud ir en busca de los placeres sensibles, dejándose llevar del amor propio, buscándose a sí mismos y no a Dios, por no padecer un poco de pena y sequedad, sin darse cuenta de la pérdida infinita que sufren, pues por un mínimo acto de reverencia hecho a Dios en medio de la sequedad reciben un premio eterno.

Dijo el Señor a la venerable madre Francisca López, valenciana, beata del tercer Orden de San Francisco, tres cosas de mucha luz sobre el recogimiento interior. **La primera, que más aprovechaba al alma un cuarto de hora de oración con recogimiento de los sentidos y potencias y con resignación y humildad, que cinco días de esfuerzos de penitencia; porque todo es afligir el cuerpo, y con el recogimiento se purifica el alma.**

La segunda, que más le agrada a Su Divina Majestad que el alma esté en quieta y devota oración una hora que el ir a grandes peregrinaciones y procesiones, porque en la oración se beneficia ella misma y aquellos por quien ora, es de grande regalo a Dios y merece gran peso de la gloria; y en la peregrinación comúnmente el alma se distrae y derrama el sentido, debilitándole la virtud sin otros peligros.

La tercera, que la oración continua era tener siempre entregado el corazón a Dios, y que un alma, para ser interior, debía caminar más con la inclinación de la voluntad que con fatiga del entretenimiento. Todo ello se halla en su vida. (Tomo II de la *Crónica de San Juan Bautista, Religiosos francisc descals* fol. 687.)

Mientras más se goza el alma del amor sensible, menos se goza Dios en ella; y al contrario: mientras menos se goza el alma de este sensible amor, más se goza Dios en ella. Y sabe que fijar en Dios la voluntad con el repudio de pensamientos y tentaciones, con la mayor quietud que se pueda, es alto modo de orar.

Concluiré este capítulo desengañándote del común error de los que dicen que en este interior recogimiento u oración de quietud no obran las facultades, y que el alma está inactiva sin ninguna actividad; esto es un claro engaño de los poco experimentados, porque si bien no obra la memoria ni juzga la segunda operación del sentimiento, ni la tercera discurre, obra la primera y más principal operación del entendimiento por la simple aprehensión, ilustrado por la santa fe y ayudado de los distintos dones del Espíritu Santo. Y la voluntad está más apta a continuar un acto que a multiplicar muchos; si bien, así el acto del entendimiento como de la voluntad son tan sencillos, imperceptibles y espirituales, que apenas el alma los conoce ni menos refleja o los mira.

CAPITULO XIII

Lo que debe hacer el alma en el recogimiento interior.

Has de ir a la oración a entregarte del todo en las manos divinas con perfecta resignación, haciendo un acto de fe creyendo que estás en la divina presencia, quedándote después en aquella santa inactividad con quietud, silencio y sosiego, procurando continuar todo el día, todo el año y toda la vida en aquel primer acto de meditación por fe y amor.

No debes de ir a multiplicar estos actos ni a repetir los afectos sensibles, porque impides la pureza del acto espiritual y perfecto de la voluntad; pues además de que son imperfectos estos suaves sentimientos (por la reflexión con que se hacen, por la satisfacción propia y consuelo exterior con que se buscan, saliéndose fuera el alma a las facultades exteriores) no hay necesidad de renovarlos, como dijo muy bien el místico Falconi en el siguiente similitud:

87. «*Si se diese a un amigo una rica joya, entregada una vez no hay necesidad de repetir la entrega diciéndole cada día : "Señor, aquella joya os doy; señor aquella joya os doy", sino dejársela estar allá y no querérsela quitar, porque mientras no se la quite o desee quitar siempre se le tiene dada.*»

Del mismo modo, hecha una vez la entrega y resignación amorosa en la voluntad del Señor, no queda más que continuarla, sin repetir actos nuevos y sensibles, mientras no le quites la joya de la entrega haciendo algo grave contra su divina voluntad, aunque te esfureces por afuera en obras de tu estado y vocación exteriores, porque en esas haces la voluntad de Dios y andas en continua y virtual oración. *Siempre ora* (dijo Teofilato) *el que hace cosas buenas, ni deja de orar sino cuando deja de ser justo.*

Debes, pues, despreciar todas estas sensibilidades para que tu alma se establezca y haga el hábito interior del recogimiento, el cual es tan eficaz, que solamente la resolución de ir a la oración revela una presencia viva de Dios, la cual es la preparación para la oración que se va a hacer; o, para decirlo de otra manera, no es otra cosa que una continuación más eficaz de la oración continua, en la cual debe establecerse la persona contemplativa.

¡Qué bien practicó esta lección la venerable madre de Chantal, hija espiritual de San Francisco de Sales y fundadora en Francia de la Orden de la Visitación, en cuya vida (fol. 92) se hallan las siguientes palabras, escritas a su santo maestro: *«Carísimo padre: Yo no puedo hacer acto alguno; siempre me parece que esta disposición es más firme y segura; mi espíritu en la parte superior se halla en una simplicísima unidad; no se une, porque cuando quiere hacer actos de unión (lo que procura muchas veces), siente dificultad y claramente reconoce que no puede unirse, sino estar unido. Quisiera servirse el alma de esta unión para servicio de la mañana, de la santa misa, preparación a la comunión y a la acción de gracias; y finalmente, quisiera para todas las cosas estar siempre en aquella simplicísima unidad de espíritu, sin mirar a otra cosa.»* A todo esto responde el santo maestro aprobándolo y persuadiéndola a que continúe, recordándole que el reposo de Dios está en la paz.

En otra ocasión escribió al mismo santo estas palabras: *«Moviéndome a hacer actos más especiales de mí sencilla intuición, total resignación y aniquilación en Dios, su infinita bondad me reprendió y me dio a entender que esto sólo procedía del amor de mí misma, y que con ello ofendía a mi alma.»* (En su vida, fol. 92.)

92. Con lo cual te desengañarás y conocerás cuál es el modo de orar perfecto y espiritual, y quedarás advertido de lo que debes hacer en el recogimiento interior, y sabrás qué es lo que importa para que el amor sea perfecto y puro, disminuir la multiplicación de los actos sensibles y fervorosos, quedándose el alma quieta y con reposo en aquel silencio interno. Porque la ternura, la dulzura y los suaves sentimientos que siente el alma en la voluntad, no es puro espíritu, sino acto mezclado con lo sensible de la naturaleza. Ni es amor perfecto, sino sensible gusto el cual impide y daña al alma, según dijo el Señor a la venerable madre de Chantal.

¡Qué dichosa será tu alma y qué bien empleada estará si se entra dentro y se está en su nada allá en el centro y parte superior, sin advertir lo que hace; si está recogida o no; si la va bien o la va mal; si obra o no obra; sin mirar, ni cuidar, ni atender a cosa de sensibilidad! Entonces el entendimiento cree con acto puro y la voluntad ama con amor perfecto, sin ningún impedimento, imitando aquel acto puro y continuado de meditación y amor que los santos dicen tienen los bienaventurados en el cielo, sin más diferencia que verle ellos allá cara a cara y aquí el alma con el velo de la fe oscura.

¡Oh qué pocas son las almas que llegan a este perfecto modo de orar, por no penetrar bien este interior recogimiento y silencio místico, y por no librarse de la reflexión imperfecta y placer sensible! ¡Oh si tu alma se arroja sin apercibimiento cuidadoso aún de sí misma a aquella inactividad santa y espiritual, y dijese con San Agustín: *¡Guarda silencio mi alma y vaya más allá de sí misma, no pensándose!* (En sus confesiones, lib. IX, capítulo 10, página 59, Conf.) Calle y no quiera hacer ni pensar en nada mi alma; olvídense de sí -misma y anéguese en esa fe oscura: ¡qué segura y qué ganada estaría, aunque le parezca, por verse en la nada, que está perdido!

Corone esta doctrina la epístola que escribió la ilustrada madre de Chantal a una gran sierva de Dios: *«Concediéndome la divina bondad -dice la ilustrada madre- esta manera de oración, que con una sencilla vista de Dios me sentía en él toda entregada, embebida y sosegada, continuóme siempre esta gracia, aunque por mi infidelidad me haya opuesto, dando lugar al temor y creyendo ser útil en este estado; por cuya causa, creyendo yo por mi parte hacer alguna cosa, lo echaba a perder todo, y aun de presente me siento tal vez combatida del mismo temor, si bien no es en la oración, sino en los otros ejercicios, en los cuales quiero yo siempre obrar un poco, haciendo actos, aunque conozco muy bien que haciéndolo salgo de mi centro, y veo con especialidad que esta sencilla vista de Dios es también mi único remedio y ayuda en todos mis trabajos, tentaciones y sucesos de esta vida.»*

«Y, ciertamente, si yo quisiera seguir mi impulso interno, no usaría otro medio en todas las cosas, sin excepción de ninguna; porque cuando pienso fortificar mi alma con actos, discursos y resignaciones, entonces me expongo a nuevas tentaciones y trabajos. A más, que no lo puedo hacer sin gran violencia, la cual me deja a secas; y así me es necesario volver con presteza a esta sencilla resignación, conociendo que Dios me hace ver en este modo que él quiere que totalmente se impidan las operaciones

de mí alma porque su divina actividad lo quisiera obrar todo. Y por ventura no tiene de mí otra cosa que esta única vista en todos los ejercicios espirituales, en todas las penas, tentaciones y aflicciones que me puede suceder en esta vida. Y es la verdad que cuanto más tengo mi espíritu quieto con este medio, tanto mejor me sale todo, desvaneciéndose luego todas mis aflicciones. Y mi beato padre San Francisco de Sales me lo aseguó muchas veces.

«Nuestra difunta madre superiora fue la madre María de Caltel. Ella me estimulaba a estar firme en esta vía y a no temer nada en esta sencilla vista de Dios; decíame que esto bastaba y que cuanto mayor es la desnudez y quietud en Dios, mayor suavidad y fuerza recibe el alma, la cual debe procurar ser tan pura y sencilla, que no tenga más apoyo que sólo en Dios.

«A este propósito se me ofrece que hace pocos días me comunicó Dios una luz, la cual se me estampó de manera como si desnudamente lo viera; y es que yo no debo jamás mirarme a mí misma, sino caminar a ojos cerrados, apoyada en mi amado, sin querer ver ni saber el camino por el cual me guía, ni pensar en nada, ni aun pedirle gracias, sino estarme sencillamente toda perdida y sosegada en El.» Hasta aquí aquella mística e ilustrada Maestra, con cuyas palabras se acredita nuestra doctrina.

CAPITULO XIV

Se declara cómo puesta el alma en la presencia de Dios, con resignación perfecta por el acto puro de fe, va siempre en la oración y fuera de ella en contemplación virtual y adquirida.

Me dirás (como me han dicho muchas almas), que hecha la entrega de mí mismo con perfecta resignación en la presencia de Dios, por el acto puro de fe ya referido, que no mereces ni aprovechas, porque el pensamiento se distrae de manera especial fuera de la oración, que no puede estar fijo en Dios.

No te desconsoles, porque no pierdes el tiempo, ni el mérito, ni dejas tampoco de estar en oración; porque no es necesario que en todo aquel tiempo del recogimiento estés pensando actualmente en Dios; basta haber tenido la atención al principio, mientras no te distraigas de tu propósito ni revoques la actual intención que tuviste. Como el que oye misa y reza el divino oficio, que cumple muy bien con su obligación, en virtud de aquella primera intención actual, aunque después no persevera teniendo actualmente fijo el pensamiento en Dios.

Así lo asegura con las siguientes palabras el angélico doctor Santo Tomás : *Sóla aquella primera intención y pensamiento en Dios que al principio tuvo el que ora, tiene valor y fuerza para que todo el resto del tiempo, sea verdadera oración impetratoria y meritoria, aunque todo ese tiempo de más que dura la oración no haya actual consideración en Dios. (2-2 qu. 82, arto 13, ad. 1.)* Mira si puede el santo hablar más claro a nuestro intento.

De manera que siempre continúa la oración (dice Santo Tomás) aunque la imaginación ande vagueando con pensamientos infinitos, mientras no se quieran ni dejen el lugar ni la oración, ni se cambie la primera intención de estar con Dios. Y es cierto que él no la cambia mientras no deje el lugar; con que se infiere, en buena doctrina, que persevera en la oración, aunque la imaginación ande revolando con varios e involuntarios pensamientos. *«En espíritu y en verdad -dice el Santo en el lugar citado- ora el que va a la oración con espíritu e intento de orar, aunque después por su flaqueza y miseria ande vagueando con el pensamiento: Sin embargo, el vagar de la mente, cuando está fuera de propósito, no obtiene fruto de oración.*

Peró me dirás que por lo menos no te has de acordar en aquel tiempo de que estás delante de Dios, diciéndole muy seguidamente: *Tú, Señor, estás dentro de mí, y quisiera darme todo a tí.* Respondo que no hay necesidad, porque tú tienes voluntad de hacer oración y para ese fin fuiste a aquel lugar. La fe y la intención te bastan, y ésas siempre perseveran, y cuanto más sencilla es esta memoria sin palabras ni pensamientos, es más pura, espiritual interior y digna de Dios.

¿No sería impertinente e irrespetuoso si estando tú en la presencia del Rey, le dijases de vez en cuando: *Señor, yo creo que aquí está tu majestad?* Esto mismo es lo que sucede; por el ojo de la pura fe ve el

alma a Dios, le cree y está en su presencia, y así, cuando el alma cree, no tiene necesidad de decir: *Mi Dios, tú estás aquí*, sino de creer como cree, pues llegando el tiempo de la oración la fe y la intención le guían y llevan a contemplar a Dios por medio de la pura fe y perfecta resignación.

De suerte que mientras no retrates esa fe e intención de estar resignado, siempre andas en fe y en resignación, y, por consiguiente, en oración y virtual y adquirida meditación, aunque no lo sientas, ni hagas memoria, ni nuevos actos, ni reflexión, como el cristiano, la casada y el religioso, que aunque no hagan nuevos actos ni recuerdos el uno por la profesión, diciendo: yo soy *religioso*; la otra, por el matrimonio diciendo: yo soy *casada*; y el otro, por el bautismo, diciendo: yo soy *cristiano*, no por eso dejan de estar siempre bautizado el uno, casada la otra y profeso el otro. Solo estarán obligados el cristiano a hacer buenas obras en prueba de su fe, y a creer más con los efectos que con las palabras; la casada a dar señales de la fidelidad que prometió a su esposo; el religioso, de la obediencia que ofreció a su superior.

De la misma manera el alma interior, decidida una vez a creer que **Dios está en ella**, y a resignarse, y a no querer ni obrar sino por Dios y a la presencia de Dios se debe contentar con esa su fe e intención en todas sus obras y ejercicios, sin formar ni repetir nuevos actos de esa fe ni de esa resignación.

CAPITULO XV

Prosigue lo mismo.

No solamente sirve esta verdadera doctrina para el tiempo de la oración, sino también para después de ella, de noche, de día y a todas horas y en todos los ejercicios cotidianos de tu vocación, obligación y estado. Y si me dijeres que muchas veces durante el día no te acuerdas de renovar la resignación, respondo que, aunque te parece que te distraes de ella por atender a las ocupaciones cotidianas de tu oficio, como estudiar, leer, predicar, comer, beber, negociar y otras semejantes, te engañas, que no por eso sales de ellas ni dejas de hacer la voluntad de Dios ni de andar en virtual oración, como dice Santo Tomás.

Porque todas esas ocupaciones no son contra su voluntad ni contra su resignación; porque es cierto quiere Dios que comas, estudies, trabajes, negocies, etc., y así por atender a esos ejercicios, que son de tu voluntad y agrado, no sales de su presencia ni de tu resignación.

Pero si en la oración o fuera de ella te divirtieses y distrajeses voluntariamente, dejándote llevar de alguna pasión con advertencia, será bien entonces volverte a Dios y a su divina presencia, renovando el puro acto de fe y de resignación; pero no hay necesidad de hacer esos actos cuando te hallares con sequedad, porque la sequedad es buena y santa, y no puede, por más rigurosa que sea, quitarle al alma la divina presencia que está en la fe establecida. Jamás has de llamar a la sequedad distracción, porque en los principiantes es falta de sensibilidad y en los aprovechados es abstracción, por cuyo medio si la abrazas con constancia, estándote quieta en tu nada, se interiorizará tu alma y obrará el Señor en ella maravillas.

Procura, pues, desde que sales de la oración hasta que vuelvas a ella, no distraerte ni divertirte, sino andar resignado totalmente en la voluntad de Dios, para que haga y deshaga de ti y de todas tus cosas según su divino beneplácito, fiándote de él como de amoroso padre. No revoques jamás esa intención, y aunque te ocupes en las obligaciones del estado en que Dios te ha puesto, andarás siempre en oración, en la presencia de Dios y en perpetua resignación. Por eso dijo San Juan Crisóstomo: *El justo no deja de orar, si no es que deje de ser justo; siempre ora el que siempre obra bien, y el buen deseo es oración; y si es continuo el deseo, es también continua la oración.* (Super 5, ad., Thesalom.)

Todo lo entenderás en esta clara similitud. Cuando una persona comienza a caminar para ir a Roma, todos los pasos que da en el camino son voluntarios; y con todo eso, no es necesario que a cada paso manifieste su deseo ni haga nuevo acto de la voluntad diciendo: *Quiero ir a Roma, voy a Roma*; porque en virtud de aquel primer acto que tuvo de caminar a Roma, persevera siempre en él la voluntad de manera que camina sin decirlo, aunque no camina sin quererlo. Y aún experimentarás claramente que este caminante, con sólo un acto de voluntad y un querer, camina: habla, oye, ve, come, discurre y hace otras diversas operaciones, sin que éstas le interrumpan la primera voluntad ni aun el actual caminar a

De la misma manera pasa en el alma contemplativa: hecha una vez la determinación de hacer la voluntad de Dios y de estar en su presencia, se mantiene continuamente en ese acto mientras no le revoque, aunque se ocupe en oír, hablar, comer y cualesquiera otras buenas obras y ejercicios exteriores de su vocación y estado. Todo lo dijo en pocas palabras Santo Tomás de Aquino: *Pues no conviene que quien por causa de Dios ha tomado algún camino piense esté en acto acerca de Dios en alguna parte del camino.* (*Contra Gentil*, lib. III, cap. 138, núms. 2 y 3.)

Dirás que todos los cristianos van en este ejercicio porque todos tienen fe y pueden, aunque no sean interiores, ejecutar esta doctrina, especialmente los que caminan por el exterior camino de contemplación y discurso. Es verdad que tienen fe todos los cristianos, y en especial los que meditan y consideran; pero la fe de los que caminan por la vía interior es muy diferente, porque es fe pura, universal e indistinta y, por consiguiente, más práctica, más viva, eficaz e ilustrada; porque el Espíritu Santo alumbra más al alma más dispuesta, y siempre lo está más la que tiene recogido el entendimiento, porque a la medida del recogimiento alumbra el Divino Espíritu. Y aunque es verdad que en la contemplación comunica Dios alguna luz, pero es tan escasa y diferente de la que comunica al entendimiento recogido en fe pura y universal, como la que hay de dos o tres gotas de agua a la de un mar, porque en la contemplación se le comunican una, dos o tres verdades particulares; pero en el recogimiento interior y ejercicio de fe pura y universal es un mar de abundancia la sabiduría de Dios, que se le comunica en aquella obscura, simple, general y universal noticia.

También la resignación es más perfecta en estas almas, porque nace de la interior e infusa fortaleza, la cual crece al paso que se continúa el interior ejercicio de la fe pura, con silencio y resignación. A la manera que crecen los dones del Divino Espíritu en las almas contemplativas, que aunque se hallan también estos divinos dones en todos los que están en gracia, pero son como muertos y sin fuerza y con casi infinita diferencia de aquellos que reinan en los contemplativos por su ilustración, viveza y eficacia.

Por donde te desengañarás que el alma interior que tiene el hábito de ir cada día a sus horas señaladas a la oración con la fe y resignación que te he dicho va continuamente en la presencia de Dios. Esta importante y verdadera doctrina la enseñan todos los santos, todos los experimentados y místicos maestros, porque todos tuvieron un mismo maestro, que es el Divino Espíritu.

CAPITULO XVI

Modo con que se puede entrar en el recogimiento interior por la santísima humanidad de Cristo Nuestro Señor.

Hay dos formas de personas espirituales que son totalmente opuestas. Unos dicen que siempre se han de meditar y considerar los Misterios de la pasión de Cristo. Otros, dando en un extremo opuesto, enseñan que la contemplación de los Misterios de la vida, pasión y muerte del Salvador no es oración, ni aun su memoria; que sólo se ha de llamar oración la alta elevación en Dios, cuya divinidad contempla el alma en quietud y silencio.

Es cierto que Cristo, Señor nuestro es la guía, la puerta y el camino, según Él mismo lo dijo por su boca: *Yo soy el camino, la verdad y la vida.* (Juan 14:6.) . Y que antes que el alma esté idónea para entrar en la presencia de la divinidad y para unirse con ella, se ha de lavar con la preciosa sangre del Redentor y se ha de adornar con la riqueza de su pasión.

Es Cristo, Señor nuestro, con su doctrina y ejemplo, la luz, el espejo, la guía del alma, el camino y única puerta para entrar en aquellos pastos de la vida eterna y mar inmenso de la divinidad. De donde, se infiere que no se ha de borrar del todo la memoria de la pasión y muerte del Salvador. Y es también cierto que por la más alta elevación de mente a que haya llegado el alma ha de separar del todo la santísima Humanidad.

Pero no se infiere de aquí que el alma que está enseñada al interior recogimiento, aquella que ya no puede discurrir, haya de estar siempre meditando y considerando (como dicen los otros espirituales), en los santísimos Misterios del Salvador. Es santo y bueno el meditar, y quisiera Dios que todos los del mundo lo ejercitasen, y deben también dejar el alma en ese estado y no sacarla a otro más alto mientras en el de la contemplación halla alimento y provecho.

120. A Dios sólo toca, y no a la guía, el pasar al alma de la contemplación a la meditación, porque si el Señor no la llama con su gracia especial a este estado de oración, no hará nada la guía con toda su sabiduría y documentos.

Para dar, pues, en el medio y en la seguridad, y huir de estos dos extremos tan opuestos, que ni se ha de borrar ni separar del todo la humanidad, ni se ha de tener continuamente delante de los ojos, habemos de suponer que hay dos maneras de atender a la santa Humanidad para entrar por la divina puerta que es Cristo, bien nuestro.

La primera, considerando los Misterios y meditando las acciones de la vida, pasión y muerte del Salvador. La segunda, pensando en Él por la aplicación del entendimiento, por la pura fe, o mediante la memoria. Cuando el alma se va perfeccionando e internando por el recogimiento interior, después de haber meditado algún tiempo los Misterios, de los cuales ya está informada, entonces conserva la fe y el amor al Encarnado Verbo, estando dispuesta a hacer por su amor cuanto le inspirare, obrando según sus preceptos, aunque no los tenga siempre delante de los ojos. Como si a un hijo le dijese que no debe nunca desamparar a su padre, no por esto le quieren obligar a tener siempre los ojos fijos en él, sino a conservar siempre en su memoria para atender a su tiempo y ocasión a lo que debe.

El alma, pues, que entró en el recogimiento interior por parecer de la experimentada guía, no tiene necesidad de entrar por la primera puerta de la contemplación de los Misterios, estando continuamente meditando en ellos, porque ni lo podrá hacer sin gran fatiga del entendimiento, ni tiene necesidad de esos discursos porque esos sólo sirven de medios para llegar a creer lo que ya llegó a alcanzar.

El modo más noble, el más espiritual y el más propio de estas almas aprovechadas en el recogimiento interior para entrar por la humanidad de Cristo, Señor nuestro, y conservar su memoria, es de la segunda manera, mirando esta humanidad y su pasión por un acto sencillo de fe, amándola y acordándose que es el tabernáculo de la divinidad, el principio y fin de nuestra salvación y que por nuestro amor nació y llegó afrentosamente a morir. [Sólo pensar en su nombre, o pensar acerca de Cristo dentro de nosotros es suficiente, porque recuerda su muerte, resurrección, la cruz, la esperanza, sus enseñanzas, prioridades, etc.]

Esta es la forma que beneficia a las almas interiores, sin que esta santa, piadosa, veloz e instantánea memoria de la Humanidad les pueda servir de estorbo para el curso del recogimiento interior; si ya no es que cuando entra en la oración se siente el alma recogida, porque entonces será mejor continuar el recogimiento y exceso mental; pero no hallándose recogida, no le impide a la más alta y elevada alma, a la más abstraída y transformada, el sencillo y veloz recuerdo de la Humanidad el Verbo Divino.

Este es la forma que Santa Teresa recomienda a las personas contemplativas, y la que destierra las opiniones ruidosas de algunos escolásticos. Este es el camino recto, seguro y sin peligro, y el que el Señor ha señalado a muchas almas para llegar al descanso y santa tranquilidad de la meditación.

Póngase, pues, el alma cuando entra el recogimiento a las puertas de la divina misericordia, que es la amorosa y suave memoria de la cruz y pasión de aquel Verbo Humanado y muerto de amor. Estése allí con humildad resignada en la divina voluntad, para cuanto quisiere hacer de ella Su Divina Majestad. Y si de esta Santa y dulce memoria es luego llevada al olvido no hay necesidad de hacer nueva repetición, sino de estarse en silencio y quietud en la presencia del Señor.

Maravillosamente favorece San Pablo nuestra doctrina en la epístola que escribió a los Colosenses en donde les exhorta a ellos, y a nosotros que si comemos, o bebemos, o hacemos alguna cosa, sea en nombre de Jesucristo y por su amor. *Y todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio suyo.* (Paul ad., Col 3:17.) Quiera Dios que todos comencemos por Jesucristo y que sólo en Él y por Él lleguemos a la perfección.

DEL SILENCIO INTERNO Y DEL MÍSTICO

Tres formas hay de silencio. El primero es de palabras; el segundo, de deseos, y el tercero, de pensamiento. En el primero, de palabras, se alcanza la virtud; en el segundo, de deseos, se consigue la quietud; en el tercero, de pensamientos, el recogimiento interior. **No hablando, no deseando, no pensando, se llega al verdadero y perfecto silencio místico, en el cual habla Dios con el alma, se comunica y la enseña en su más íntimo fondo la más perfecta y alta sabiduría.**

A esta interior soledad y silencio místico la llama y conduce cuando le dice que le quiere hablar a solas, en lo más secreto e íntimo del corazón. **En este silencio místico te has de entrar si quieres oír la suave, interior y divina voz.** No te basta huir del mundo para alcanzar este tesoro, ni el renunciar a sus deseos, ni el despegar de todo lo criado, si no te despegas de todo deseo y pensamiento. **Reposa en este místico silencio y abrirás la puerta para que Dios se comunique contigo, se una contigo y te transforme.**

La perfección del alma no consiste en hablar, ni en pensar mucho en Dios, sino en amarle mucho. Este amor se alcanza por medio de la resignación perfecta y el silencio interior. Así lo encargó y confirmó San Juan Evangelista: *Hijos míos, no hablemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad.* (1 Juan 3:18)

Ahora te desengañarás que no está el amor perfecto en los actos amorosos ni en las tiernas plegarias, ni aun en los actos internos con que tú le dices a Dios que le tienes infinito amor y que le amas más que a ti mismo. Podrá ser que entonces te busques más a ti y a tu amor que al amor verdadero y de Dios, porque el amor consiste en obras y no buenas razones.

Para que una racional criatura entienda tu deseo, tu intención y lo que tienes escondido en el corazón, es necesario que se lo manifiestes con palabras; pero Dios, que penetra los corazones, no tiene necesidad de que tú se lo afirmes y asegures, ni se paga como dice el Evangelista, del amor de la palabra y lengua, sino de hecho y en verdad. ¿Qué importa el decirle con gran propósito y fervor que le amas tierna y perfectamente sobre todas las cosas, si en una palabrita amarga y leve injuria no te resignas ni por su amor te mortificas? Prueba manifiesta que era tu amor de lengua y no de obra.

Procura con silencio resignarte en todo, que de ese modo, sin decir que le amas, alcanzarás el amor perfecto, el más quieto, eficaz y verdadero. San Pedro dijo al Señor con grande afecto que por su amor perdería de muy buena gana la vida, pero con una palabrita de una mozuela le negó y se acabó el fervor. (Mat 26:69-75.) María Magdalena no habló palabra, y el mismo Señor, enamorado de su amor perfecto, se hizo su historiador, diciendo que amó mucho. (Lucas 7:37-47.) Allí en lo interior, con el silencio mudo, se ejercitan las más perfectas virtudes de fe, esperanza y caridad, sin que haya necesidad de irle a Dios diciendo que le amas, que esperas y le crees, porque este Señor sabe mejor que tú lo que interiormente haces.

¡Qué bien entendió y practicó este acto puro de amor aquel profundo y gran místico, el venerable Gregorio López, cuya vida era toda una continua oración y un continuo acto de meditación y amor de Dios, tan puro y espiritual, que no daba parte jamás a los afectos y sensibles sentimientos !

Después de haber continuado por espacio de tres años aquella plegaria: *Hágase tu voluntad en tiempo y eternidad*, repitiéndola tantas veces como respiraba, le enseñó Dios aquel infinito tesoro del acto puro y continuo de fe y amor, con silencio y resignación, que llegó a decir él mismo que en treinta y seis años que después vivió continuó siempre en su interno este acto puro de amor, sin decir jamás un ¡ay!, ni una plegaria, ni nada que fuera sensible y de la Naturaleza. ¡Oh serafín encarnado y varón endiosado! ¡qué bien supiste penetrar en éste interior y místico silencio y distinguir el hombre interior del exterior!

La muerte de Molinos

Pasaje extraído del Libro de los mártires por John Fox

Después de haber pasado un tiempo considerable en la cárcel, fue finalmente hecho comparecer ante los inquisidores, para que diera cuenta de varias cuestiones que se aducían contra él en base de sus escritos. Tan pronto como apareció ante el tribunal, le pusieron una cadena alrededor de su cuerpo, y un cirio en una mano, y luego dos frailes leyeron en voz alta los artículos de acusación. Molinos respondió a cada



GUÍA ESPIRITUAL

Miguel de Molinos (1627 - 1697)

El texto en azul claro o azul claro "en negrita" se puede presionar para obtener la escritura correspondiente.

Este es el segundo de dos libros que están en este sitio internet. El primer libro está en la *Primera Parte*.

Esto está tomado de los escritos de Miguel de Molinos (1640-1697), un sacerdote español quien practicó el silencio interno, quietismo, para alcanzar la union con el Señor, y quien fue a Roma donde se aseguró el apoyo del Papa y una gran cantidad de seguidores. Más tarde fue condenado por la iglesia y sentenciado a cadena perpetua, muriendo a causa de las repetidas torturas que sufrió en manos de los jesuitas. Él fue un colaborador importante en el la Guía a la Verdadera Paz, que también se encuentra en este sitio internet. Para un breve resumen de su vida extraído del Libro de mártires de John Fox, [presione aquí](#). (John Fox no tiene relación con Jorge Fox.) Si usted no ha leído *La Guía Espiritual, Primera Parte*, debería leerlo primero antes de leer este libro; habla acerca de un estado más avanzado donde se entra en la tribulación, guiado por el Espíritu de Dios que borra los pecados, limpia el alma y produce paciencia.

Las enseñanzas de este simple sacerdotes, de escuchar silenciosamente al Señor, tuvieron un gran impacto en la secta romana. Sus métodos fueron usados exitosamente por miles de sacerdotes, monjas, obispos y tal vez hasta el Papa. Sus rosarios y sus cuentas fueron puestas a un lado. Pero su influencia vino a costas de pérdidas para otros, particularmente los jesuitas y los dominicanos. Con envidia, ellos conspiraron para destruirlo. Si el árbol está podrido por dentro, no puede ser reformado; la secta romana, que Molinos trató de reformar, lo devoró por medio del cruel asesinato. Molinos reformó la iglesia católica inmensamente, pero no lo suficiente para neutralizar a sus jueces y verdugos, los jesuitas. Molinos fue fiel hasta el fin, rehusando comprometerse en ninguna manera, fue declarado culpable de herejía y fue torturado hasta la muerte. Todas las enseñanzas de Molinos y sus seguidores fueron erradicadas despiadadamente de la secta romana por el ministerio jesuita de tortura y muerte. La secta romana todavía hoy defiende sus acciones y afirma que son correctas, acentuando su ininterrumpida depravación.

GUÍA ESPIRITUAL,

Que trae el alma a obtener la paz interna.

La segunda parte

Este libro consiste en dos partes: la primera y la segunda.

La primera parte es el Primer Libro.

La segunda parte es en realidad el Tercer Libro.

El Segundo Libro, que no está publicado en este sitio, se enfoca en el uso de padres espirituales,

un tema necesario para aquellos que estaban en la fe romana en el siglo 17.

(Las referencias en latín son de la Biblia Latina Vulgata, la cual no corresponde a los versículos y capítulos de nuestras Biblias modernas.)

LIBRO III

***De las materias espirituales con que Dios purga las almas,
de la meditación infusa y pasiva,
de la resignación perfecta,
humildad interna, sabiduría divina,
verdadera aniquilación y paz interior.***

CAPITULO I

La diferencia que hay del hombre exterior al interior.

Hay dos tipos de personas espirituales: unas interiores y otras exteriores. Estas [las que buscan exteriormente, no en el interior] buscan a Dios por afuera, por el discurso, imaginación y consideración; procuran con gran empeño alcanzar virtud, muchas abstinencias, maceración de cuerpo, y mortificación de los sentidos; se entregan a la penitencia rigurosa, se visten de cilicios, castigan la carne con disciplinas, procuran el silencio y llevan la presencia de Dios, formándose a ellos en su idea presente o imaginación; ya sea como pastor, o como médico, o como padre amoroso y señor: se deleitan de hablar continuamente de Dios, haciendo muy seguido actos fervorosos de amor; todo lo cual es arte y contemplación.

(Nota: Molinos ha usado la palabra *meditación* para referirse a pensar sobre temas divinos, lo cual se entiende más claramente hoy en día con el término *contemplación*, de manera que **se ha hecho un cambio de términos para facilitar el entendimiento moderno de la palabra *meditación* dando a entender un esfuerzo por estar en silencio**. Su uso de la palabra *meditación* era en el contexto de pensar acerca de cosas divinas, en vez de esforzarse por silenciar la mente. Tal *meditación* curiosamente todavía está de moda en el cristianismo moderno, *esto es, el pensar* acerca de cierto pasaje en las escrituras, supuestamente para determinar su significado correcto. Por lo tanto, los términos dentro de este documento han sido editados para ser más compatibles con el uso actual; *meditación* se usa para la oración silenciosa, y *contemplación* se usa para una disertación reflexiva. **Pero tenga en mente que otra versión que usted encuentre en el internet puede tener estos términos intercambiados.** Cualquiera sea el término que se use, es claro que Molinos es un defensor del silencio en la oración, mientras se enfoca la mente en Dios; o, como recomienda Jorge Fox y este sitio internet, piense sólo en el nombre de *Jesucristo*, regresando al mismo pensamiento cuando su mente se encuentre vagando. Fox declara que a medida que usted se da cuenta que Cristo está en usted, usted debería cambiar a pensar acerca de *Cristo por dentro*, en vez de sólo en su nombre.)

Por este camino ellos desean ser grandes por el poder de mortificaciones voluntarias y exteriores; van en busca de los afectos sensibles y sentimientos fervorosos porque les parece que sólo cuando los tienen Dios reside en ellos.

Este es camino exterior y de principiantes, y aunque es bueno, no se llegará por él a la perfección ni aun se dará un paso, como lo manifiesta la experiencia en muchos que después de cincuenta años de este ejercicio exterior, se hallan vacíos de Dios y llenos de sí mismos, y sólo tienen de espirituales el nombre.

Hay otros verdaderamente espirituales [los que buscan interiormente] que han pasado por el principio del camino interior, que es el que conduce a la perfección y unión con Dios, al cual los llamó el Señor por su infinita misericordia, para salir de aquel camino exterior en que se ejercitaron primero. Estos, se

recogieron hacia lo interior de sus almas, con verdadera entrega en las manos de Dios, con alivio y desnudez total aun de sí mismos, van siempre con espíritu elevado en la presencia del Señor, por medio de la fe pura, sin imagen, forma ni figura, pero con gran seguridad fundada en la tranquilidad interior y el sosiego, en cuyo infuso recogimiento tira el espíritu con tanta fuerza que hace recoger allí dentro del alma el corazón, el cuerpo y todas las fuerzas corporales.

Estas almas [los que buscan interiormente], como ya han pasado por la mortificación interior y Dios las ha purgado con el fuego de la tribulación, con infinitos y horribles tormentos ordenados por su mano, y a su modo, son dueñas de sí mismas, porque en todo han vencido y se han negado, y así viven con gran sosiego y paz interior. Y aunque en muchas ocasiones sientan repugnancia y tentaciones, salen pronto vencedores; porque como ya son almas probadas y dotadas de la divina fortaleza, no pueden durar mucho en ellos la actividad de sus pasiones. Y si bien pueden perseverar por largo tiempo las vehementes tentaciones y penosas sugerencias del enemigo, quedan todas vencidas con infinita ganancia, porque es Dios quien pelea dentro de ellas.

Han alcanzado ya estas almas [los que buscan interiormente] una gran luz y conocimiento verdadero de Cristo, Señor nuestro, así de su divinidad como de su humanidad. Ejercitan este conocimiento infuso con silencio quieto, en el refugio interior y parte superior de sus almas, con un espíritu libre de imágenes y exteriores representaciones, y con un amor puro y despojado de todas las criaturas. Aun de las acciones exteriores, se levantan el amor de la humanidad y de la divinidad. Tanto cuanto conocen, aman, y tanto cuanto gozan se olvidan, y en todo experimentan que aman a su Dios con todo su corazón y espíritu.

Estas felices y elevadas almas [los que buscan interiormente] no se alegran de nada del mundo sino del desprecio, y de verse solas y que todos las dejen y olviden. Viven tan despegadas, que aunque reciben continuamente muchas gracias sobrenaturales no cambian, ni se inclinan a ellas, como si no las hubieran recibido, conservando siempre en lo íntimo del corazón una gran baja y desprecio de sí mismas, humilladas siempre en el abismo de su indignidad y vileza.

Del mismo modo que se están quietas, serenas, y con un estado de ánimo uniforme en las glorias y favores extraordinarios, también lo están en los más rigurosos y acerbos tormentos. No hay noticia que las alegre, ni suceso que las entristezca. Las tribulaciones no las perturban, ni las envanece la comunicación interior, continua y divina; quedando siempre llenas del temor santo y filial en una maravillosa paz, constancia y serenidad.

CAPITULO II

Prosigue lo mismo.

En el camino exterior las personas procuran hacer continuos actos de todas las virtudes, una después de la otra, para llegar a conseguirlas. Pretenden purgar las imperfecciones con esfuerzos proporcionales a su destrucción. Procuran desarraigar sus intereses uno por uno con diferencias y conducta opuesta, pero no llegan a conseguir nada por mucho que se cansen, porque nosotros no podemos hacer nada que no sea imperfección y miseria.

Pero en el camino interior y recogimiento amoroso en la presencia divina, como el Señor es quien obra, se establece la virtud, se desarraigan los intereses, se destruyen las imperfecciones, y se arrancan las pasiones y el alma se halla libre y despegada, cuando se ofrecen las ocasiones, sin haber jamás pensado el bien que Dios por su infinita misericordia le tenía preparado.

Has de saber que estas almas [los que buscan interiormente], aunque son perfectas, como tienen luz verdadera de Dios, con esa luz misma conocen profundamente sus miserias, flaquezas e imperfecciones, y lo mucho que les falta para llegar a la perfección a que caminan; se descontentan y aborrecen a sí mismas, y se ejercitan en amoroso temor de Dios y desprecio propio; pero con una verdadera esperanza en Dios y desconfianza de sí mismas.

Mientras más se humillan con el verdadero desprecio y conocimiento propio, más agradan a Dios, y

llegan a estar con respeto singular y veneración en su presencia.

Todas las buenas obras que hacen y lo que continuamente padecen, así en lo interior como en lo exterior, no lo estiman en nada delante de aquella divina presencia.

Su actividad continua es entrarse dentro de sí, en Dios, con quietud y silencio; porque allí está su centro, su morada y su deleite. Estiman más este retiro interior que hablar de Dios: se retiran hacia aquel lugar interno y secreto, que es centro del alma, para conocer a Dios y recibir su influencia, con temor y amorosa reverencia; si salen fuera, es sólo al conocimiento y desprecio de sí mismas.

Pero sabrás que son pocas las almas que llegan a dicho estado, porque son pocas las que quieren abrazar el desprecio de sí mismas, y dejarse labrar y purificar; por cuya causa, aunque son muchas las que entran en este camino interior, es rara la que avanza y no se queda en el principio. Dijo el Señor a un alma: *“Este camino interior es de pocos, y aun de raros; es una gracia tan alta, que no la merece ninguno: es de pocos, porque este camino no es otra cosa que una muerte de los sentidos, y son pocos los que así quieren morir, y ser aniquilados, en cuya disposición se funda este tan soberano don”*.

Con esto te desengañarás y acabarás de conocer la diferencia grande que hay entre el camino exterior y el interior; y cuán diferente es la presencia de Dios, que nace de la contemplación de la presencia de Dios, infundida y sobrenatural, nacida del recogimiento interior e infundido, y de la contemplación pasiva. Y finalmente sabrás la diferencia grande que hay entre el hombre exterior y el interior.

CAPITULO III

El medio para alcanzar la interior paz no es el placer sensible ni el consuelo espiritual, sino la negación del amor propio.

Dice San Bernardo, que servir a Dios no es otra cosa que hacer bien y padecer mal. El que quiere caminar a la perfección por la dulzura y consuelo vive engañado. No has de querer de Dios otro consuelo, que acabar la vida por su amor en estado de verdadera obediencia y sujeción.

No fue el camino de Cristo, Señor nuestro, el de la dulzura y suavidad, ni fue éste el que nos invitó con palabras y ejemplo cuando dijo: El que quiere venir después de mí, **niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame**. (Mat. 16:24). Al alma que quiere unirse con Cristo, le conviene conformarse con él, siguiéndole en el padecimiento.

Apenas comenzarás a gustar de la dulzura del divino amor en la oración cuando el enemigo con cautelosa astucia te pondrá deseos de estar en el desierto y la soledad para que puedas sin estorbo de nadie tender las velas a la continua y gustosa oración.

Abre los ojos, y advierte que este consejo y deseo no se conforman con el verdadero consejo de Cristo nuestro Señor, el cual no nos invitó a seguir la dulzura y consuelo de la voluntad propia, sino a la negación propia, diciendo: *Niéguese a sí mismo*. Como si dijera **el que quisiera seguirme, y venir a la perfección, venda totalmente su propia voluntad y, dejando todas las cosas, se exponga en todo al yugo de la obediencia y sujeción por la negación propia, la cual es la más verdadera cruz**.

Muchas almas que se hallan dedicadas a Dios reciben de la divina mano grandes sentimientos, visiones y elevaciones mentales, y con todo esto no les habrá el Señor comunicado la gracia de hacer milagros, penetrar los secretos escondidos y de anunciar los frutos, como a otras almas, que pasaron constantes por la tribulación, tentaciones y verdadera cruz, en este estado de perfecta humildad, obediencia y sujeción.

¡Oh qué gran dicha ser súbdito y sujeto! ¡Que gran riqueza ser pobre! ¡Qué gran honra ser despreciado! ¡Qué alteza ser abatido! ¡Qué consuelo el estar afligido! ¡Qué sublime ciencia el estar reputado por necio! Y finalmente ¡Qué felicidad de felicidades el ser con Cristo crucificado! Esta es aquella dicha, de que el Apóstol se gloriaba: mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gal 6:14); gloriense los otros con sus riquezas, dignidades, delicias y honras, que para nosotros no hay más honra que ser con Cristo, negados, despreciados, crucificados.

Pero ¡ay dolor! que apenas se hallará un alma que desprecie los placeres espirituales, y quiera ser negada por Cristo, abrazando su cruz con amor, muchos son llamados, y pocos escogidos. (Mat 22:14), dice el Espíritu Santo. Son muchos los llamados a la perfección, pero pocos los que llegan, porque son pocos los que abrazan la cruz con paciencia, constancia, paz y resignación.

Negarse a sí mismo en todas las cosas, estar sujeto al parecer ajeno, mortificar continuamente todas las pasiones interiores, aniquilarse en todo y por todo a sí mismo, seguir siempre lo que es contrario a la propia voluntad, al apetito y juicio propio, es de pocos: muchos son los que lo enseñan pero pocos los que lo practican.

Muchas almas emprendieron y emprenden cada día este camino y perseveran mientras gustan la sabrosa dulzura de la miel y del fervor primitivo; pero apenas cesa esa suavidad y placer sensible, por la tempestad que sobreviene de la tribulación, tentación y sequedad, necesarias para llegar al monte de la perfección, cuando declinan y vuelven las espaldas al camino: señal manifiesta que se buscaban a sí mismas y no a Dios y a la perfección.

Agrade a Dios que las almas que tuvieron luz y fueron llamadas a la paz interior y, por no estar constantes en la sequedad y tribulación volviera atrás, no sean echadas a las tinieblas exteriores, como el que fue hallado sin vestidura de boda, aunque era siervo, por no haberse dispuesto, dejándose llevar del amor propio.

Este monstruo se ha de vencer. Esta bestia de siete cabezas se ha de degollar para llegar a la cumbre del alto monte de la paz. En todo se mete este monstruo; a veces se introduce entre los deudos que impiden extrañamente en su comunicación, a que en su naturaleza se deje llevar con facilidad. A veces se mezcla con buena cara de gratitud en la afición apasionada y sin límite al confesor. A veces en la afición a las vanaglorias espirituales utilísimas, ya a las temporales y honores muy delicados, apegadas a todos los huesos. A veces se apega a los gustos y aun se asienta en los mismos dones de Dios y gracias dadas de manera gratuita. A veces desea con demasía la conservación de la salud y con disimulo el tratamiento de la propia comodidad. A veces quiere parecer bien con sutilezas muy delicadas; y finalmente se apega con notable propensión a su propio juicio y parecer en todas las cosas, cuyas raíces están entrañadas en la propia voluntad. Todos son efectos del amor propio y si no se niegan es imposible subir a la alteza de la perfecta contemplación, a la suma felicidad de la amorosa unión y sublime trono de paz interior.

CAPITULO IV

De los martirios espirituales con que Dios purga al alma que quiere consigo unirla.

Ahora sabrás como suele Dios usar dos modos de purgar las almas que quiere perfeccionar y alumbrar para unirlas estrechamente consigo. El primero del cual trataremos en este y el siguiente capítulo, es con amargas aguas de aflicciones, tentaciones, angustias, apreturas e interiores tormentos.

El segundo es con fuego ardiente de amor inflamado, impaciente y hambriento. Tal vez se vale de ambos en aquellas almas que quiere colmar de gracias, de amor, de luz y de paz interior. A veces las mete en la leña fuerte de tribulaciones y amarguras internas y externas, abrasándolas con el fuego de la rigurosa tentación; a veces en el crisol del amor ansioso y celoso, apretándolas fuertemente; porque al paso que quiere el Señor que sea mayor la iluminación y unión de un alma tanto es más fuerte el tormento y purgación; porque todo el conocimiento y unión con Dios nace del padecer, que es la prueba verdadera del amor.

¡Oh si entendieses los provechos grandes de la tribulación! *Esta es la que borra los pecados, purga el alma, y obra la paciencia.* Ésta es la que en la oración la inflama, la dilata, y hace ejercitar el más

sublimado acto de caridad. Ésta la que alegra el alma, la acerca a Dios la hace llamar y entrar en el cielo. Ésta es la que prueba a los verdaderos siervos del Señor, y los hace fuertes y constantes. Ésta es la que hace oír a Dios, con presteza: *Estando en tribulación, llamé al Señor y me escuchó* (Psa 34:4). Ésta es la que aniquila y perfecciona. Ésta es, finalmente, la que hace divinas a las almas de terrestres, celestiales, y de humanas, transformándolas y uniéndolas por modo maravilloso a su humanidad y divinidad. Bien dijo San Agustín que la vida del alma sobre la tierra es la tentación.

Bienaventurada el alma que siempre es combatida si resiste constante a la tentación. Este es el medio que el Señor toma para humillarla, aniquilarla, consumarla mortificarla, negarla, perfeccionarla y llenarla de sus divinos dones. Por este medio de la tribulación y tentación la llega a coronar y transformar. Persuádetes que al alma, para ser perfecta, le son necesarias tentaciones y batallas.

¡Oh alma bendita! Si tú supieses estar constante y quieta en el fuego de la tribulación, y te dejases lavar con el agua amarga de la aflicción, ¡qué presto te hallarías rica de dones celestiales, y qué presto haría en tu alma la bondad divina un rico trono y habitación para solazarse en ella!

33. - Sabe que no tiene este Señor su reposo, sino en las almas quietas, en aquéllas que el fuego de la tribulación y tentación ha quemado la escoria de las pasiones; y en aquéllas que el agua amarga de las aflicciones ha consumido las manchas sucias de los apetitos deformados. Y finalmente no descansa este Señor sino donde reina la quietud, y está desterrado del amor propio.

Pero no llegará su alma a este dichoso estado, ni experimentará la preciosa prenda de la paz interior aunque haya salido vencedora con la divina gracia de los sentidos exteriores, mientras no estuviere purificada de las pasiones desordenadas, de la concupiscencia, de la estimación propia, de los deseos, cuidados aunque espirituales, y de otros muchos apegos y viciosocultos que están dentro de ella misma, impidiendo miserablemente la pacífica entrada de aquel gran Señor que quiere unirse y transformarse contigo.

Impiden también este gran don de la paz del alma las mismas virtudes adquiridas y no purificadas. También está el alma impedida por el deseo desordenado de los dones sublimes, por el apetito de sentir el consuelo espiritual por el apego a las infusas y divinas gracias, entreteniéndose en ellas y deseando muchas otras para gozarlas. Y finalmente, por el deseo de ser grande.

¡Oh, cuánto hay que purificar en un alma que ha de llegar al santo monte de la perfección y transformación con Dios! ¡Oh, qué dispuesta, desnuda, negada y aniquilada debe estar el alma para no impedir la entrada de este divino Señor y su continua comunicación!

Esta disposición de preparar el alma en su fondo para la entrada divina, es necesario que la haga la divina sabiduría. Si un serafín no es suficiente para purificar el alma ¿cómo se purificará la misma alma frágil, miserable y sin experiencia?

38. - Por eso el mismo Señor se dispondrá y preparará pasivamente, sin que tu lo entiendas, con el fuego de la tribulación y tormento interior, sin más disposición de tu parte que el consentimiento en la cruz interior y exterior.

Experimentarás dentro de ti mismo la sequedad pasiva, las tinieblas, las angustias, las contradicciones, la repugnancia continua, los desamparos interiores, las horribles desolaciones, las continuas e importunas sugerencias y vehementes tentaciones del enemigo. Y finalmente te verás tan atribulado, que no podrás alcanzar el corazón lleno de amargura, aun para hacer un mínimo acto de fe, esperanza, ni de amor.

Aquí te verás desamparado y sujeto a las pasiones de impaciencia, ira, rabia, blasfemia y apetitos desordenados, te parecerá que eres la criatura más miserable, la mayor pecadora, la más aborrecida de Dios y desnuda de toda virtud, con pena casi de infierno, viéndote afligida y desolada por rencor que has perdido del todo a Dios: este será tu cruel cuchillo y más acerbo tormento.

Pero si bien te verás así oprimido, pareciéndote con evidencia ser soberbio, impaciente y airado, no tendrán fuerza ni lugar en tu alma estas tentaciones por la virtud oculta y don interior de la fortaleza, que reina en lo íntimo de ella superando la pena más terrible, y vehemente tentación.

Sé constante, ¡oh alma bendita!, sé constante que nunca amas más, ni estás más cerca de Dios que en semejante desamparo; que si bien el sol está escondido por las nubes, no cambia su lugar ni pierde por eso su hermoso resplandor. El Señor permite este penoso desamparo en tu alma para purgarte,

limpiarte, negarte y desnudarte de ti mismo, y que de este modo seas tu todo suyo, y del todo te entregues a él así como su infinita bondad se da del todo a ti, para que seas sus delicias, que aunque tú gimes, te lamentas y lloras, él se alegra y goza en lo más secreto y escondido de tu alma.

CAPITULO V

Cuán importantes y necesario le sea al alma interior padecer a ciegas este martirio primero y espiritual.

Para que el alma, de terrestre se haga celestial y llegue a aquel sumo bien de la unión con Dios, es necesario que se purifique en el fuego de la tribulación y tentación.

Y aunque es verdad y máxima experimentada, que todos los que sirven al Señor han de padecer trabajos, persecuciones y tribulaciones, las dichas almas que son guiadas de Dios, por la vía secreta del interior camino y contemplación purgativa, han de padecer sobre todo fuertes y horribles tentaciones y más atroces tormentos que aquellos que se coronaron los mártires de la primitiva iglesia.

Los mártires, además de ser breve el tormento que apenas era de días, se gozaban con la luz y socorro especial en la esperanza de los galardones cercanos y seguros. **Pero el alma desolada que ha de morir en sí misma y desnudar y limpiar el corazón, viéndose desamparada de Dios, cercada de tentaciones, tinieblas, angustias, congojas, afanes y sequedades rigurosas, prueba cada instante la muerte en su penoso tormento y tremenda desolación sin experimentar un mínimo consuelo con una aflicción tan grande que no parece su pena, sino una prolongada muerte y continuo martirio.** Pero ¡ay, dolor! ¡qué raras son las almas que siguen a Cristo Señor nuestro, con paz y resignación en semejantes tormentos!

Allá martirizaban los hombres y consolaba Dios al alma; ahora quien desconsuela es Dios que se esconde, y **los demonios, como verdugos crueles atormentan de mil modos al cuerpo y al alma, quedando dentro y fuera todo el hombre crucificado.**

Te parecerán insuperables tus angustias e inconsolables aflicciones y que el cielo ya no llueve sobre ti: te verás rodeado de dolores, rodeado de tormentos internos, las tinieblas de las potencias, la impotencia de los discursos, te afligirán las vehementes tentaciones, las penosas desconfianzas y los modestos escrúpulos: hasta la luz y el juicio te desamparán.

Todas las criaturas te darán molestia, los consejos te darán pena, la lección de los libros, aunque santos, no te consolará como solía, si te hablan de paciencia te afligirán de sobremanera; el temor de perder a Dios por tus ingratitudes y malas correspondencias te atormentará hasta lo más íntimo de las entrañas. Si gimen y piden socorro a Dios, hallarás en vez de alivio, la reprehensión interior y el desfavor, como otra cananea, que al principio no la respondió y después la trató de perra. Mat 15:22-28

Y aunque en este tiempo no te desamparará el Señor, porque fuera imposible pasar un solo instante sin su ayuda; pero será tan oculto el socorro, que no lo conocerá tu alma, ni será capaz de la esperanza, y el consuelo, antes bien, **le parecerá estar sin remedio, padeciendo como los condenados las penas del infierno;** y las cambiaría por las tuyas la muerte violenta y le sería de mucho alivio; pero le parecerá imposible, como a ellos, el fin de las aflicciones y de los desconsuelos. *Me rodearon los dolores de la muerte y llegaron a mí los peligros del infierno.* (Sal 144).

Pero ¡ay, alma bendita!, si tú supieses cuánto eres amada y defendida de aquel divino Señor en medio de tus amorosos tormentos, los experimentarías tan dulces que sería necesario que hiciese Dios un milagro para que vivieses. Sé constante -**¡oh alma dichosa!**- **sé constante, ten buen ánimo,** que aunque a ti misma seas insufrible, **serás amparada de aquel sumo bien, y también enriquecida y amada, como si no tuvieras otra cosa que hacer, que encaminarte a la perfección, por los grados más altos del amor.**

Y si no vuelves la cara y perseveras con constancia, sin dejar la empresa ten por seguro que haces a Dios **el más agradable sacrificio,** de tal manera que si este Señor fuera capaz de dolor no hallaría jamás

quietud hasta la unión amorosa que haría con tu alma. *Por lo tanto, hermanos, tomando en cuenta la misericordia de Dios, les ruego que cada uno de ustedes, en adoración espiritual, ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios.* Rom 12:1

Si del caos de la nada ha sacado tantas maravillas su omnipotencia, ¡qué hará en tu alma hecha a su imagen y semejanza, si tú perseveras constante, quieto y resignado, con el conocimiento verdadero de tu nada! Feliz el alma que aun cuando turbada, afligida y desolada, se está constante allá dentro, sin salir fuera a buscar el consuelo exterior.

No te aflijas demasiado y con inquietud porque continúen estos martirios atroces; persevera en humildad y no te salgas fuera a buscar la ayuda, que todo tu bien está en callar, sufrir y tener paciencia, con quietud y resignación. Ahí hallarás la fortaleza divina para superar esta guerra tan acerba; dentro de ti está el que por tí pelea, que es la misma fortaleza.

Cuando llegares a este penoso estado de tremenda desolación, no le es prohibido a tu alma el llanto y el lamento, mientras en la parte superior estuvieses resignada. ¿Quién podrá sufrir la pesada mano del Señor sin el llanto y el lamento? Se lamentó aquel gran campeón Job, y aun el mismo Cristo, Señor nuestro, en su desamparo; pero fueron sus llantos resignados.

No te aflijas porque Dios te crucifique y pruebe tu fidelidad; imita a la cananea, que siendo desechada, se humilló y le siguió aunque la trató de perra. Es necesario beber el cáliz y no volver atrás. Si te quitaran las escamas de los ojos como a San Pablo, verías la importancia del padecer, y te gloriarías como él, estimando en más ser crucificado que ser del apostolado.

No está la dicha en gozar, sino en padecer con quietud y resignación. Santa Teresa apareció después de muerta a un alma y **le dijo que sólo la habían premiado las penas**, y que no había tenido una migaja de premio de cuantos éxtasis, revelaciones y consuelos había gozado acá en el mundo.

Aunque este penoso martirio de la horrible desolación y purgación pasiva es tan tremendo que con razón le dan nombre de infierno los místicos -porque parece imposible vivir un sólo instante con tan atroz tormento, de tal manera, que se puede decir con mucha verdad, que el que lo padece vive muriendo, y muriendo vive una prolongada muerte- con todo ten presente **que es necesario sufrirla para llegar a la dulce, suave y abundante riqueza de la alta contemplación y amorosa unión y no ha habido alma santa que ha llegado a este estado, que no haya pasado por este martirio espiritual y penoso tormento.** San Gregorio lo padeció los dos últimos meses de su vida. Dos años y medio San Francisco de Asís, cinco Santa María Magdalena de París; Santa Rosa del Perú, quince. Y después de tantos prodigios que pasaron al mundo, lo padeció Santo Domingo, hasta media hora antes de su feliz tránsito. Y así, si tú quieres llegar a ser lo que los santos fueron, es necesario sufrir lo que ellos sufrieron.

CAPITULO VI

Del segundo martirio espiritual con que Dios purga al alma que quiere consigo unirla.

El otro martirio más útil y meritorio en las almas ya avanzadas en la perfección y alta contemplación, es un fuego del amor divino, que abrasa al alma y hace que pene con el mismo amor. A veces le aflige la ausencia del amado; a veces la atormenta el suave, ardiente y dulce peso de la amorosa y divina presencia. Este dulce martirio la hace siempre suspirar; unas veces si goza y tiene a su amado, con el gusto de decirle que no cabe en sí; otras, si no se manifiesta, con el ansia encendida de buscarle, hallarle y gozarle: todo esto es suspirar, padecer y morir de amor.

¡Oh, si se llegase a entender la contrariedad de accidentes, que un alma enamorada padece! La guerra tan terrible y fuerte por una parte, y tan dulce, suave y amorosa por otra. El martirio tan penetrante y agudo con que el amor la atormenta, y la cruz tan penosa y dulce, sin querer verse libre de ella en esta vida.

A la medida que crece la luz y el amor, crece el dolor por ver ausente el bien que tanto ama. El sentirlo cerca de sí es gozo y el no acabar de conocerlo perfectamente le acaba la vida. Tiene la comida y la bebida junto a la boca, estando con mucha hambre y sed, y no puede satisfacerse. Se ve rodeada y anegada en un mar de amor, y la mano poderosa junto a sí que la puede remediar, y con todo eso no lo hace, ni sabe él cuándo verá lo que tanto desea.

Siente a veces la voz interior de su amado que le da prisa y llama, y un silbido muy delicado, que sale de lo íntimo del alma donde él mora, que la penetra fuertemente hasta derretirla y deshacerla, viendo cuán cerca lo tiene dentro de sí, y cuán lejos, pues no acaba de poseerlo. Esto la embriaga, desmaya, desfallece y llena de insaciabilidad; por eso se dice, que el amor es fuerte como la muerte; pues también él mata como ella.

CAPITULO VII

La mortificación interior y perfecta resignación son necesarias para alcanzar la paz interior.

La flecha más sutil que nos tira la Naturaleza, es inducirnos a lo ilícito con pretexto de que es necesario y provechoso. ¡, cuántas almas se han dejado llevar y han perdido el espíritu por este dorado engaño! No gustarás jamás del silencioso maná, *el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe*, (Apoc 2:17) ; si no vences perfectamente, hasta morir en tí mismo; porque el que no procura morir a sus pasiones no está bien dispuesto para recibir el don de entendimiento, sin cuya infusión es imposible que entre en la introversión y se cambie en el espíritu, y así los que están fuera, viven sin él.

Resígnate y niegues en todo, que aunque la verdadera negación propia es dura al principio, es fácil en medio y al fin es suavísima. Conocerás que estás muy lejos de la perfección, si no hallas a Dios en todas las cosas. Sabrás que el amor puro y perfecto y esencial consiste en la cruz, en la negación voluntaria y resignación, en la humildad perfecta, pobreza de espíritu y desprecio de tí mismo.

64. - En el tiempo de la tentación rigurosa, desamparo y desolación, lo que importa entrarte y estarte, en lo íntimo de tu centro, para que sólo mires y contemples a Dios, que tiene su trono y quietud en el fondo de tu alma. Experimentarás la impaciencia y amargura de corazón, que nacen del fondo del amor sensible, vacío y poco mortificado. Se Conoce el verdadero amor y sus efectos cuando el alma se humilla profundamente y quiere verdaderamente ser mortificada y menospreciada.

Muchos hay que se han dado a la oración, y no gustan de Dios, porque en saliendo de la oración no se mortifican, ni atienden más a Dios. Es necesario para alcanzar la pacífica y continua atención, gran pureza de intención de corazón, grande paz de alma y total resignación. A los sencillos y mortificados les es muerte la recreación de los sentidos, nunca van a ella sino forzados por necesidad y edificación del prójimo.

Sabrás que el fondo de nuestra alma es el asiento de nuestra felicidad. Allí nos manifiesta el Divino Señor las maravillas. Allí nos ahogamos y perdemos en el mar inmenso de su infinita bondad, en quien quedamos estables e inmóviles. Allí reside la inefable fruición de nuestra alma y la eminente y amorosa quietud y descanso. El alma humilde y resignada que llegó a este fondo, ya no busca sino el grado puro de Dios, y el divino y amoroso espíritu la enseña de todas las cosas su suave y viva unión.

Entre los santos se hallan algunos gigantes, que continuamente padecen con tolerancia los achaques del cuerpo, de los cuales tiene Dios mucho cuidado; pero es alto y supremo don el de aquellos que por la fortaleza del Santo Espíritu toleran con resignación y paciencia las cruces exteriores e interiores. Este es aquel género de santidad tan raro, como precioso delante de los ojos de Dios. Son raros los espirituales que van por este camino, porque son pocos en el mundo los que totalmente se nieguen a sí mismos para seguir a Cristo crucificado, con sencillez y desnudez de espíritu, por los desiertos y espinosos caminos de la cruz sin hacer de sí mismos reflexión.

La vida negada es sobre todos los milagros de los santos, ni conoce si es una, o muerta, si perdida o

ganada; si consiente o resiste, porque a nada puede hacer reflexión: esta es la vida resignada y la verdadera, pero aunque en mucho tiempo no llegues a este estado, y te parezca no has dado un paso, no por eso desmayes, que lo que se le ha negado a un alma en muchos años suele Dios dárselo en un punto.

El que desea padecer a ciegas, sin el consuelo de Dios ni de las criaturas, tiene mucho camino andado como para poder resistir las acusaciones injustas que contra él hacen los enemigos, aun en las más tremenda e interior desolación.

La persona espiritual que vive para Dios y en Dios, en medio de las adversidades del cuerpo y del alma, está interiormente contento, porque la cruz y la aflicción son su vida y sus delicias. **La tribulación es un gran tesoro con el cual honra Dios en esta vida a los suyos; por eso los hombres malos son para los buenos necesarios, y también los demonios, que por solicitar nuestra ruina, nos afligen, y en vez de mal, nos hacen el mayor bien que se puede imaginar.** Para que la vida humana sea aceptable para Dios, no puede estar sin la tribulación, así como el cuerpo sin el alma; el alma sin la gracia y la tierra sin el sol. **Con el viento de la tribulación Dios separa, en el campo del alma, la paja del grano.**

Cuando Dios crucifica en lo íntimo del alma, no puede ninguna criatura consolarla, antes bien, los consuelos le son graves y amargas cruces. Y si está bien instruida en las leyes y disciplinas de los caminos del amor puro, en el tiempo de las grandes desolaciones y trabajos anteriores, no debe, ni podrá buscar fuera el consuelo en las criaturas, ni lamentarse con ellas; ni podrá leer libros espirituales, porque este es un modo oculto de apartarse del padecer.

Ten lástima de las almas que no se les puede persuadir que la tribulación y el padecer son el mayor bien. Los perfectos siempre han de desear morir y padecer; siempre muriendo y siempre padeciendo. Es raro el hombre que no padece, porque nació para trabajar y padecer, y mucho más los amigos y escogidos de Dios.

Desengañate, que para llegar el alma a la transformación total con Dios, es necesario que se pierda y se niegue a su vivir, sentir, saber, poder y morir; viviendo y no viviendo; muriendo y no muriendo; padeciendo y no padeciendo; resignándose y no resignándose, sin reflejar acerca de nada.

La perfección en sus sequedades no recibe sus esplendores sino por el fuego, martirio, dolores, tormentos, penas y desprecios de buena gana sufridos. Y el que desea ver siempre donde poner el pie para descansar y no traspasa la región de la razón y del sentido, no entrará jamás a la cabina secreta de la ciencia mística, aunque leyendo guste y saboree por fuera su inteligencia.

CAPITULO VIII

Prosigue lo mismo.

Sabrás que no se manifestará el Señor dentro de tu alma, mientras no estuviere negada en sí misma y muerta en sus sentidos y potencias. Ni llegará jamás a este estado, hasta que resignada perfectamente se resuelva a estar con Dios a solas estimando tanto los dones como los desprecios, la luz como las tinieblas, y la paz como la guerra. Finalmente, para que el alma llegue a la perfecta quietud y suprema paz interior, debe primero morir en sí misma y unirse sólo en Dios y para Dios.

Sabe que mientras más esté muerta tu alma en sí misma, tanto más conocerá a Dios. Pero si no atiende a la continua negación de sí misma y a la interior mortificación, no llegará jamás a este estado ni conservará a Dios dentro de sí, y así siempre estará sujeta a los accidentes y pasiones del ánimo que son, juzgar, murmurar, resentir, excusarse, defenderse por conservar su honra y estimación propia, enemigos de la quietud, de la perfección, de la paz y del espíritu.

La diversidad de los estados entre las personas espirituales, sólo consiste en no morirse todos igualmente. Pero en los dichosos que mueren continuamente tiene Dios su paraíso, su honra, sus bienes, y sus delicias en la tierra. Grande es la diferencia que hay entre el hacer, padecer y morir; el hacer es deleitable y de principiante; padecer con deseo, es de los que avanzan; el morir siempre en sí mismos es de los avanzados y perfectos, de cuyo número son bien raros los que se hallan en el mundo.

¡Qué feliz serás si no cuidas de otra cosa que de morir en tí misma! Entonces no sólo saldrás vencedora de los enemigos, sino de tí misma, en cuya victoria hallarás el puro amor, la perfecta quietud y paz, y la divina sabiduría. Es imposible que nadie pueda sentir y vivir místicamente, en sencilla inteligencia de la divina e infusa sabiduría, sino muere primero en sí, por la total negación del sentido y apetito racional.

La verdadera lección de la persona espiritual, y lo que tú debes aprender, es dejar todas las cosas en su lugar y no mezclarle ni introducirle en ninguna cosa que no sea por obligación de oficio; porque el alma que se mortifica en dejarlo todo por Dios, entonces comienza a tenerlo todo para la eternidad.

Hay algunas almas que buscan el descanso, otras sin buscarlo gustan de él; otras gustan de pena; y otras las buscan. Las primeras no andan nada; las segundas caminan; las terceras corren y las cuartas vuelan.

Sentir mal del deleite, y tenerlo por tormento es propiedad de la persona verdaderamente mortificada. El gozo y paz interior son frutos del espíritu divino y ninguno los llega a poseer, si en lo íntimo del corazón no está resignado. Mira que los enojos de los buenos pasan pronto; pero con todo eso procura no tenerlos ni para pararse en ellos porque dañan la salud, perturban la razón el espíritu.

Entre otros santos consejos que se han de observar, atiende al que se sigue: no mires los defectos ajenos, sino los propios; guarda el silencio con una continua conversación interior; mortificate en todo y a todos horas, y con eso te librarás de muchas imperfecciones y te harás señor de grandes virtudes. Mortificate a tí mismo en no juzgar mal jamás a nadie; porque la mala sospecha del prójimo turba la pureza del corazón, le inquieta, hace salir fuera al alma y la desasosiega.

No tendrás jamás resignación perfecta si miras los respetos humanos y reflejas en el pequeño ídolo del qué dirán. El alma que camina por la vía interior se perderá si busca la razón entre las criaturas y su conversación: no hay más razón que no mirar a la razón, y pensar que Dios permite que se nos hagan sinrazones para humillarnos y aniquillarnos, y para que en todo vivamos resignados. Mira que estima Dios más un alma que vive resignada interiormente, que otra que hace milagros, aunque resucite muertos.

Hay algunas almas, que aunque tienen oración, por no mortificarse, siempre se quedan imperfectas y llenas de amor propio. Ten por verdad máxima, que al alma de sí misma despreciada, y que en su conocimiento es nada, nadie le puede hacer agravio ni injuria. Finalmente, espera, sufre, calla, y ten paciencia; nada te turbe, nada te espante, que todo se acaba; sólo Dios no cambia, y la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene, todo lo tiene; quien a Dios no tiene, todo le falta.

CAPITULO IX

Para alcanzar la interior paz, es necesario que el alma conozca su miseria.

Si el alma no cayese en algunos defectos, jamás llegaría a penetrar su miseria, aunque oiga voces vivas y lea libros espirituales. Ni podrá jamás alcanzar la preciosa paz, si primero no conoce su miserable flaqueza; porque es difícil el remedio donde no hay conocimiento claro del defecto.

Permitirá Dios en tí uno y otro defecto, para que con ese conocimiento de sí misma viéndote tantas veces caída, te persuadas que eres nada en donde se funda la humildad perfecta y la paz verdadera, y para que penetres mejor tu miseria y lo que eres, quiero darte a entender algunas de tus muchas imperfecciones.

Estás tan vivo, que si por ventura caminando te detienen el paso, o estorban el camino sientes el infierno. Si te niegan lo debido o se oponen a tu gusto te embraveces con sentimiento. Si ves algún defecto en el prójimo, en vez de compadecerle y pensar que estás sujeto a la misma caída, le reprendes con imprudencia. Si deseas algo de comodidad propia y no lo puedes alcanzar, te melancolizas y te llenas de amargura. Si recibes del prójimo algún pequeño agravio, te alteras y lamentas. De manera que por cualquier niñería te descompones dentro y fuera, y te pierdes en tí mismo.

Bien quisieras ejercitar la paciencia, pero si otros son pacientes contigo. Pero si son impacientes, das con muchas industria la culpa al compañero, sin considerar que tú mismo eres intolerable. Pasado el

rencor, te vuelves con astucia a hacerte virtuoso, dando documentos y refiriendo sentencias espirituales con sutil ingenio, sin enmendarte de tus pasados defectos. Aunque te acusas de buena gana, reprendiendo tus culpas en presencia de otras personas, más bien bien haces esto para justificarte en frente de quien ve tus defectos, para volver de nuevo a la antigua estima de tí mismo, lo cual es por falta de humildad perfecta.

Otras veces alegas sutilmente que no por vicio, sino por celo de justicia te lamentas con el prójimo: te persuades las más veces que eres virtuoso, constante y valeroso hasta dar la vida en manos del tirano, solo por el amor divino, y apenas oyes la palabrita amarga, cuando te afliges, te turbas, y te inquietas. Todas son industriosas mañas del amor propio, y soberbias secretas de tu alma. Conoce, pues, que reina en tí el amor propio, y que para alcanzar esta preciosa paz, es el mayor impedimento.

CAPITULO X

Se enseña y descubre cual sea la humildad falsa y la verdadera, y se declaran sus efectos.

Sabrás que hay dos formas de humildad, una falsa y fingida, y otra verdadera. La fingida es, de aquellos, que como el agua ha de subir, reciben una caída exterior y de sumisión artificial, para subir de nuevo rápidamente. Estos evitan la estimación y la honra, para que los tengan por humildes; dicen de sí que son muy malos para que los tengan por buenos; y aunque conocen su miseria, no quieren que de los otros sea conocida. Esta es humildad falsa, fingida y soberbia secreta.

Hay otra humildad verdadera, y es de aquellos que alcanzaren un hábito perfecto de humildad. Estos jamás piensan en ella, sino que juzgan humildemente de sí, obran con fortaleza y tolerancia, viven y mueren en Dios, ni tienen consideración de sí ni de las criaturas: en todo se están constantes y quietas; sufren con gozo las molestias, deseando siempre mayores molestias para imitar a su amado y despreciado Jesús; desean ser tenidos por fábula y escarnio en el mundo; se contentan con lo que Dios les da y se encogen con sosegada confusión en los defectos; no se humillan por el consejo de la razón sino por el afecto de la voluntad: no hay honra que les apetezcan, ni injuria que los turbe; no hay trabajo que los inquiete, ni prosperidad que les ensoberbezca; porque se están siempre inmóviles en su nada, y en sí mismos con perfecta paz.

Y para te desengañes de la humildad interior y verdadera, sabrás que no consiste en los actos exteriores, en tomar el lugar más pequeño, ni vestir al pobre, hablar bajo, cerrar los ojos, suspirar afectuosamente, ni en acusarse de defectos, diciendo que uno es miserable para dar a entender que es humilde. Sólo está en el desprecio de sí mismo y en el deseo de ser despreocupado, con un bajo y profundo conocimiento, sin que el alma se tenga por humilde, aunque un ángel se lo revele.

El arroyo de luz conque el Señor en las mercedes ilumina al alma, hace dos cosas: descubre la grandeza de Dios, y al mismo paso hace conocer al alma su hediondez y miseria, de manera que no hay lengua que pueda decir el abismo en que queda sumergida, deseosa que todos conozcan su vileza, y está tan lejos de la vanagloria y de la complacencia, que ve la gracia de Dios como solamente bondad de él, y pura misericordia suya, con lo cual Dios se agrada en tenerle lástima.

Nunca serás dañada de los hombres ni de los demonios sino de tí misma, de tu propia soberbia, y de la violencia de tus pasiones. **Guárdate de tí**, porque tú mismo eres para tí el mayor demonio del infierno. No quieras ser estimado, cuando Dios hecho hombre es tenido por necio, embriago y endemoniado. ¡Oh necedad de los cristianos, que queremos gozar de la felicidad sin querer imitarle en la cruz, en los oprobios en la humildad, pobreza y demás virtudes!

La persona verdaderamente humilde se está en la quietud de su corazón reposado, allí sufre la prueba de Dios, de los hombres y del demonio sobre toda razón y discreción, poseyéndose a sí mismo en paz y quietud, esperando con toda humildad el agrado puro de Dios, así en la vida como en la muerte. No le inquietan las cosas de afuera más que si no fuesen. A éste la cruz y muerte son delicias aunque exteriormente no lo manifieste. Pero ¡ay de quien hablamos, que se hallan pocos de estos humildes en el mundo!

Desea, espera, sufre y muere incógnitamente, que esto es el amor humilde y el perfecto. ¡Oh, que de paz experimentarás en el alma, si te humillas profundamente y abrazas los desprecios! No serás perfectamente humilde, aunque conozcas tu miseria, si no deseas que sea conocida por todos; entonces huirás las alabanzas, abrazarás las injurias, despreciarás todo lo creado, hasta a tí mismo, y si te viniese

alguna tribulación no culparás a ninguno, sino que juzgarás que viene de la mano del Creador como dador de todo bien.

Si quieres llevar bien los defectos de tus prójimos, pon los ojos en los tuyos propios. Y si piensas haber hecho algún provecho en la perfección de tí mismo, sabe que no eres humilde, ni has dado un paso en el camino del espíritu.

Los grados de la humildad son las calidades del cuerpo en la tumba; es decir estar en el lugar del sepulcro como un muerto; como también estar hediendo, y corrompido; y en su propia estimación ser polvo y nada. Finalmente, si quieres ser bienaventurado, aprende a menospreciar, y a ser menospreciado.

CAPITULO XI

Principios para conocer el corazón sencillo, humilde y verdadero.

Aliéntate a tí mismo para ser humilde, abrazando las tribulaciones como instrumento de tu bien, alégrate en el desprecio, y desea que sólo Dios te sea único refugio, amparo y consuelo. Ninguno, por grande que sea en este mundo, es más de aquello que fuere en los ojos de Dios, y así el verdadero humilde desprecia todo cuanto hay hasta sí mismo, y sólo en Dios tiene un reposo y descanso.

La persona verdaderamente humilde sufre con quietud y paciencia los trabajos interiores, y éste en poco tiempo camina mucho, como el que navega con viento en popa.

La persona verdaderamente humilde halla a Dios en todas las cosas, y así todo lo que le sucede de desprecios, injurias y afrentas, por medio de las criaturas, lo recibe con gran paz y quietud interior, como enviado de la divina mano, y ama sumamente al instrumento, con el cual le prueba el Señor.

102. - No ha llegado a tener humildad propia el que se complace en la alabanza, aunque no la desee, ni la busque, y aunque huya de ella, porque el corazón humilde le son amargas cruces, aunque en todo se está quieto e inmóvil.

No tiene humildad interior el que no se aborrece a sí mismo con un mortal odio, pero pacífico y quieto. No llegará jamás a alcanzar este tesoro, el que no tuviese un bajo y profundísimo conocimiento de su vileza, de su hediondez y miseria.

El que se excusa y alega no tiene corazón sencillo y humilde, especialmente si es con los superiores, porque los alegatos nacen de la soberbia secreta, que reina en el alma, y que es su ruina total.

La terquedad supone poca sumisión, y sumisión menos humildad, y ambas juntas son fomento de inquietud, discordia y turbación.

Al humilde corazón no le inquietan las imperfecciones aunque le traspasen el alma de dolor por ser contra su amoroso Señor. A éste no le turba tampoco el no poder hacer cosas grandes, porque siempre que está en nada, y su miseria, antes bien se admira de sí mismo cuando hace alguna cosa de virtud y luego da las gracias al Señor con un verdadero conocimiento de que es sólo Su Divina Majestad el que lo hace todo, y queda descontento consigo mismo por las cosas que obra.

La persona verdaderamente humilde, aunque lo ve todo, no mira nada para juzgarlo, porque sólo de sí juzga mal.

108. - La persona verdaderamente humilde siempre halla excusa para defender al que le mortifica, por lo menos en la intención sana. ¿Quién se enojará, pues, con el bien intencionado?

Tanto y más desagrada a Dios la falta de humildad, como la verdadera soberbia; porque aquélla es también hipocresía.

La persona verdaderamente humilde, aunque le sucedan todas las cosas al revés, ni se inquieta ni se aflige, porque le coge prevenido y le parece que ni aun eso merece. Este no se inquieta en los pensamientos molestos con que el demonio le atormenta, ni en las tentaciones, tribulaciones y desolaciones; antes bien se reconoce indigno y lo tiene a gran consuelo que el Señor le atormente por el demonio, aunque tan vil instrumento, y todo lo que padece le parece nada, ni jamás hace cosa que juzgue merece se haga caso de ella.

El que ha llegado a la perfecta humildad interior, aunque no se inquiete de nada, como se aborrece por conocer en todo su imperfección, su ingratitud y miseria, padece gran cruz en su sufrirse a sí mismo. Esta es la señal para conocer la verdadera humildad del corazón; pero esta dichosa alma, que ha llegado a este santo odio de sí misma, vive anegada, abismada y sumergida en su nada, de donde la eleva el Señor para comunicar la divina sabiduría y hacerla rica de luz, de paz, de tranquilidad y amor.

CAPITULO XII

La soledad interior es la que principalmente conduce para alcanzar la paz interior.

Sabrás que aunque la soledad exterior ayuda mucho para alcanzar la paz interior, no es esta de la que habló el Señor cuando dijo por su profeta: *Llevaréla a la soledad, y la hallaré al corazón* (Osea. 2); sino de la interior, que es la única que conduce, para alcanzar la preciosa margarita de paz interior. La soledad interior consiste en el olvido de todas las criaturas, en el despego y perfecta desnudez de todos los afectos, deseos y pensamientos, y de la propia voluntad. Esta es la verdadera soledad, donde descansa el alma con una amorosa e íntima serenidad, en los brazos del sumo bien.

¡Oh qué infinitos espacios hay dentro del alma, que ha llegado a esta divina soledad! ¡Oh qué íntimas, qué retiradas, qué secretas, qué anchas y qué inmensas distancias hay dentro del alma feliz que ha llegado a ser verdaderamente solitaria! Allí trata y se comunica el Señor interiormente con el alma. Allí la llena de sí, porque está vacía; la viste de su luz y amor, porque está desnuda; la eleva porque está baja y la une y la transforma en sí porque está sola.

¡Oh apacible soledad y cifra de eternos bienes! ¡Oh espejo donde se mira de continuo el Padre Eterno! Con razón te llaman soledad, porque estás sola, que apenas hay un alma que te busque, que te ame, y te conozca. ¡Oh divino Señor! ¿Cómo las almas no caminan a esta gloria de la tierra? ¿Cómo pierden tanto bien por un solo afecto y deseo de lo creado? ¡Oh qué dichosa serás si lo dejas todo por Dios! A él solo busca, a él solo anhela y por él solo suspira. No quieras nada y nada te dará molestia, y si deseases algún bien, aunque espiritual, sea de manera que no te inquiete cuando no se consiga.

Si con esta libertad dieres a Dios el alma despegada, libre y sola, serás la más feliz de las criaturas de la tierra; porque en esta santa soledad tiene el Altísimo su habitación secreta. En este desierto y paraíso, se deja Dios tratar, y solamente en este retiro interior se oye aquella maravillosa, eficaz, interior y divina voz. Si quieres entrar en este cielo en la tierra, olvida todo, cuidado y pensamiento, despójate de ti mismo para que viva el amor de Dios en tu alma. Vive cuanto pudieres abstraído de criaturas, entrégate en todo a su Creador y ofrécete en sacrificio de paz y quietud de espíritu.

Sabe que mientras más el alma se desnuda, más se va entrando en la soledad interior y tanto más queda, de Dios vestida, y cuanto más el alma queda sola y vacía de sí misma, tanto más el divino espíritu la llena.

No hay vida más bendita que la solitaria; porque en esa vida feliz se da Dios a toda la criatura, y la criatura toda a Dios por una unión de amor íntima y suave. ¡Oh, qué pocos llegan a gustar esta verdadera soledad! Para que el alma sea solitaria, debe olvidarse de todas las criaturas, y aún de sí misma, de otro modo no podrá llegarse interiormente a Dios.

Muchos dejan todas las cosas temporales; pero no dejan su gusto, su voluntad, y a sí mismos, y por eso son tan pocos las personas verdaderamente solitarias, porque si el alma no se despegue de su gusto, de su despego, de su voluntad, de los dones espirituales y del descanso, aún en el mismo espíritu no podrá llegar a esta suma felicidad de la soledad interior.

Camina ¡Oh alma bendita!, camina sin detenerte a esta bienaventuranza de la interior soledad. Mira que

te da Dios voces para que te entres en su centro interior, donde te quiere renovar, cambiar, llenar, vestir y enseñar un reino nuevo y celestial, lleno de alegría, de paz, de gozo y de serenidad.

CAPITULO XIII

Se explica qué cosa es la contemplación infusa y pasiva, y se declaran sus maravillosos efectos.

Sabrás que cuando el alma ya está habituada al recogimiento interior y contemplación adquirida que hemos dicho; cuando ya está mortificada y en todo desea negarse a sus apetitos; cuando ya muy de veras abraza la mortificación interior y exterior, y quiere muy de corazón morir a sus pasiones y propias operaciones, entonces suele Dios llevarla, elevándola sin que lo advierta, a un perfecto reposo, en donde suave e íntimamente le infunde su luz, su amor y fortaleza, encendiéndola e inflamándola con verdadera disposición para todo género de virtud.

Allí el Esposo divino, suspendiéndole los poderes, la adormece con un suavísimo y dulcísimo sueño: allí dormida y quieta recibe y goza, sin entender lo que goza, con suavísima y dulcísima calma. Allí el alma elevada y sublimada en este estado pasivo se halla unida al sumo bien, sin que le cueste fatiga esta unión. Allí en aquella suprema región y templo sagrado del alma, se agrada el sumo bien, se manifiesta y deja de gustar de la criatura, con un modo superior a los sentidos y a todo humano entender. Allí el solo espíritu, que es Dios, no siendo la pureza del alma capaz de las cosas sensibles, la domina y se hace dueño, comunicándole sus ilustraciones y sentimientos necesarios para la más pura y perfecta unión.

Vuelta en sí el alma de estos abrazos dulces y divinos, sale rica de luz, de amor, y de una estima de la divina grandeza y conocimiento de su miseria hallándose toda cambiada divinamente y dispuesta a abrazar, a padecer y a practicar la virtud más perfecta.

Es, pues, la sencilla, pura, infusa y pasiva contemplación, una manifestación experimental e íntima, que da Dios de sí mismo, de su bondad, de su paz y de su dulzura; cuyo objeto es Dios puro, inefable, abstraído de todos los pensamientos particulares dentro del silencio interno. Pero es Dios que nos deleita, Dios que nos atrae, Dios que nos levanta dulcemente con un modo espiritual y purísimo: don admirable que le concede Su Divina Majestad a quien quiere, como quiere y cuando quiere, y por el tiempo que quiere, aunque el estado de esta vida más es de cruz de paciencia, de humildad y de padecer que de gozo.

Jamás gustarás este divino néctar si no te adelantas a la virtud, y a la mortificación interior; si no procuras muy de corazón establecer en tu alma una gran paz, silencio, olvido y soledad interior ¿cómo se ha de oír la voz suave, interna y eficaz de Dios en medio de los bullicios y tumultos de las criaturas? ¿Y cómo se ha de oír el puro y divino espíritu en medio de las consideraciones artificiosas y discursos? Pero si tu alma no quiere continuamente morir en sí, negándose a todas estas materialidades y satisfacciones no será otra cosa tu contemplación que una pura vanidad, una complacencia y una presunción.

CAPITULO XIV

Prosigue lo mismo.

No siempre se comunica Dios con la misma abundancia en esta suavísima e infusa contemplación; unas veces se abre más que otras, y no espera tal vez que el alma esté tan muerta y negada, ya que como este don es de gracia él lo da cuando quiere, a quien quiere y como quiere, sin que se pueda hacer una regla general de esto ni se puede poner tasa a su divina grandeza; antes bien, por medio de la misma contemplación, la hace negar, aniquilar y morir.

Tal vez da el Señor más luz al entendimiento, tal vez mayor a la voluntad. No necesita fatigarse aquí el alma, debe recibir lo que Dios le da y quedar unida como él quiere; porque Su Divina Majestad es el dueño y en el mismo tiempo que la adormece, la posee, la llena y obra poderosa y suavemente en ella sin industria y sin que lo conozca; de manera, que antes de advertir esta gran misericordia, se halla ganada, convencida y divinamente cambiada.

El alma que se halla en este dichoso estado ha de huir de dos cosas que son la actividad del espíritu

humano y el apego. Nuestro espíritu humano no quiere morir en sí mismo, sino obrar y discurrir a su modo usando sus propias operaciones; es necesaria una gran fidelidad y desnudez de sí misma para llegar a la perfecta y pasiva capacidad de las divinas influencias; los hábitos continuos que tiene de obrar con libertad, le impiden su aniquilación.

128. - La segunda es el apego a la misma contemplación. Debes, pues, procurar en tu alma una perfecta desnudez de todo cuanto hay, hasta del mismo Dios, sin buscar en lo interior ni en lo exterior, otro fin ni interés que la divina voluntad.

Finalmente, el modo con que de tu parte has de disponer para esta pura, pasiva y perfecta oración, es una total y absoluta entrega en las manos divinas, con una sumisión perfecta en su santísima voluntad, para estar ocupada a su gusto y disposición, recibiendo con igualdad y perfecta resignación cuanto ordenare.

Sabrás que son pocas las almas que llegan a esta oración infusa y pasiva; porque son pocas las que son capaces de estas divinas influencias; con total desnudez y muerte de su propia actividad y potencias. Solamente aquellos que lo experimentan lo saben. Esta perfecta desnudez se alcanza mediante la gracia divina con una mortificación continua e interior, muriendo a todas las inclinaciones y deseos propios.

En ningún momento has de mirar los efectos que se obran en tu alma, pero con especialidad en éste; porque será poner impedimento a las operaciones divinas que la enriquecen. Sólo ha de ser tu anhelo la indiferencia, la resignación y el olvido, y sin que tú lo adviertas, el bien más grande dejará en tu alma una apta disposición para la práctica de las virtudes; un verdadero amor a la cruz, a tu desprecio, a tu aniquilación y deseos íntimos y eficaces de la mayor perfección y de la más pura y efectiva unión.

CAPITULO XV

De dos medios por donde sube el alma a la contemplación infusa, y se explica cuáles y cuántos son sus grados.

Dos son los medios por los cuales sube el alma a la felicidad de la contemplación y el amor afectivo: el placer y los deseos. Al principio Dios suele llenar el alma de placeres sensibles, porque es tan frágil y miserable, que sin este prevenido consuelo no puede volar a la fruición de las cosas del cielo. En este primer grado se dispone con la contrición y se ejercita con la penitencia, meditando sobre la Pasión del Redentor, desarraigando con grande ahínco los deseos mundanos y costumbres viciosas; porque el reino de los cielos padece violencia y no lo conquistan los miedosos y delicados, sino los que se usan fuerza y violencia con ellos mismos.

El segundo son los deseos. Cuanto más se gustan las cosas del cielo, tanto más se apetezen, y así a los gustos espirituales le siguen los deseos de gozar los bienes celestiales y divinos, y despreciar los terrenos. De estos deseos nace la inclinación de imitar a Cristo, nuestro Señor, que dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan 14). Los pasos de su imitación, con la cual el hombre se debe elevar, son la caridad, la humanidad, la mansedumbre, la paciencia, la pobreza, el desprecio propio, la cruz, la oración y la mortificación.

Los grados de la contemplación infusa son tres. El primero es la hartura. Cuando el alma se llena de Dios, concibe odio a todo lo mundano: entonces se quieta y se sacia solamente con el amor divino. El segundo es la embriaguez. Este grado es un exceso mental y elevación del alma, nacida del amor divino y de su hartura.

El tercero es la seguridad, cuyo grado destierra todo temor. El alma está tan embebida en el amor divino y queda tan resignada en el divino beneplácito, que si supiese que es la voluntad del Altísimo, se iría de muy buena gana al infierno. Experimenta en este grado un cierto vínculo de la divina unión, que le parece imposible separarse de su amado y de su infinito tesoro.

Hay otros seis grados de contemplación que son: fuego, unción, elevación, iluminación, gusto y descanso. Con el primero se enciende el alma, encendida se unge, unguida es elevada, elevada contempla, contemplando gusta, y gustando descansa y reposa. Por estos grados el alma se eleva abstraída y experimentada en la vía espiritual e interior.

En el primer grado, que es el fuego, se ilustra el alma, mediante el rayo divino y ardiente, encendiendo los afectos divinos y secando los humanos. El segundo grado es la unción, la cual es un licor suave y espiritual que difundándose por toda el alma, le enseña, corrobora y dispone para recibir y contemplar la verdad divina. Y tal vez se extiende hasta la misma naturaleza, corroborándola para la tolerancia, con un gusto sensible que parece celestial.

El tercero es una elevación del hombre interior sobre sí mismo, para llegar más apto a la parte clara del puro amor.

El cuarto, que es la iluminación, es un conocimiento infuso emanado de la verdad divina, suavidad y dulzura, a quien el alma contempla subiendo de claridad en claridad y de luz en luz, conducida del espíritu divino.

El quinto es un sabroso gusto de la dulzura divina, emanado de la abundante y preciosa fuente del Santo Espíritu.

141. - El sexto es una tranquilidad suave y admirable, nacida del vencimiento de la guerra interior, y oración frecuente, experimentada de muy pocos y aún de raros. Aquí es tanta la abundancia del júbilo y de la paz, que al alma le parece estar como en un sueño suave, solazándose y descansando en el divino y amoroso pecho.

Otros muchos grados hay de contemplación como son, éxtasis, raptos, derretimiento, delirio, júbilo, beso, abrazo, exaltación, unión, transformación, nupcias y matrimonio, los cuales dejo de explicar por huir la especulación y porque hay libros enteros de esos puntos; aunque todos son para quien no los experimenta, como el color al ciego y al sordo la armonía. Finalmente por estos escalones se asciende al reclinatorio y descanso del rey pacífico y verdadero Salomón.

CAPITULO XVI

Señales para conocer el hombre interior y el ánimo purgado.

Cuatro son las señales para conocer el hombre interior. La primera, si ya el entendimiento no produce otros pensamientos que aquellos que excitan a la luz de la fe; y la voluntad está ya tan habituada, que no engendra otros actos de amor sino de Dios y en orden a Dios. La segunda, si cuando cesa de la obra exterior en que estaba ocupado, luego, y con facilidad se convierten a Dios el entendimiento y la voluntad. La tercera, si en entrando en la oración se olvida de todas las cosas como si no lo hubiera visto ni tratado. La cuarta, si se porta en orden a las cosas exteriores, como si de nuevo entrara en el mundo, temiendo entremeterse con los negocios, aborreciéndolos por naturaleza, a menos que la caridad le obligue.

Esta alma ya está libre de lo exterior y con facilidad se entra en la soledad interior, donde sólo ve a Dios, amándole con quietud, paz y verdadero amor. Allí en aquel íntimo centro está el Señor hablándole amorosamente, enseñándole un nuevo reino, la verdadera paz y alegría.

A esta alma espiritual, abstraída y retirada, no se le rompe la paz interior, aunque en lo exterior padezca guerra, porque no llegan con infinita distancia las tempestades al serenísimo cielo interior, donde reside el puro y perfecto amor, que si bien algunas veces se ve desnuda, desamparada, combatida y desolada, es solamente el furor de la tempestad, que desafía por afuera.

Este amor íntimo engendra cuatro efectos. El primero se llama ilustración que es un conocimiento sabroso y experimental de la grandeza de Dios y de la propia nada. El segundo es inflamación, la cual es un encendido amor y deseo de abrazarse como la salamandra, en el fuego amoroso y divino. El tercero es la suavidad, que es una fruición pacífica, alegre, suave e íntima. El cuarto es absorbitamiento del poder de Dios. Las tiene el Señor tan ocupadas y embebidas en sí, que el alma ya no puede buscar, desear ni querer otra cosa que su bien sumo e infinito.

De esta plenísima hartura nacen dos efectos. El primero, un gran ánimo para padecer por Dios. El segundo, una cierta esperanza o seguridad que jamás le ha de perder ni de él se ha de separar. Aquí en

este retiro interior el amado Jesús tiene su paraíso al cual podemos subir estando y conversando en la tierra. Y si deseas saber quién es el que totalmente llevado al retiro interior con simplificación alumbrada en Dios, digo que es aquel que en la adversidad, en la desolación del espíritu, y en la falta de lo necesario, se está firme e inmóvil. Estas almas constantes e interiores están desnudas por afuera y totalmente difundidas en Dios, a quien contemplan continuamente. No tienen ninguna mancha; viven en Dios y de Dios mismo; resplandecen sobre mil soles; son amadas del Hijo, hijos queridos del Padre, y esposas del Espíritu Santo.

Por tres señales se conoce la mente purgado, como dice Santo Tomás en un tratado. La primera, la diligencia, que es una fortaleza de ánimo que arroja toda negligencia y pereza, para disponerse con solicitud y confianza a obrar bien las virtudes. La segunda, la severidad, que es una fortaleza de ánimo contra la concupiscencia acompañada con ardiente amor de la aspereza, de la vileza y santa pobreza. La tercera, la benignidad, que es una dulzura del ánimo que despide todo rencor, envidia, aversión y odio contra el prójimo.

Hasta que la mentalidad pecaminosa esté purgada, y purificado el afecto, desnuda la memoria, ilustrado el entendimiento y la voluntad negada e inflamada, el alma nunca llegará a la unión íntima y afectiva con Dios; que como el Espíritu de Dios es la pureza misma, la luz y la quietud, se requiere que en el alma donde ha de morar el Espíritu tenga gran pureza, paz, atención y quietud. Finalmente el precioso don de la mentalidad purgada solamente es de aquellos que buscan con continua diligencia el amor y se consideran y desean ser considerados por los más viles del mundo.

CAPITULO XVII

De la divina sabiduría.

La divina sabiduría es un conocimiento intelectual e infuso de las perfecciones más divinas, y de las cosas eternas, que más debe llamarse contemplación que especulación. La ciencia es adquirida y luego engendra el conocimiento de la naturaleza. La sabiduría es infusa y engendra el conocimiento de la divina bondad. Aquella quiere conocer lo que no se alcanza sin trabajo ni sudor; ésta desea ignorar lo mismo que conoce, aunque lo alcanza todo. Finalmente, los científicos están detenidos en el conocimiento de las cosas del mundo, y los sabios viven sumergidos en el mismo Dios.

La razón iluminada en el sabio es una elevación alta y sencilla del espíritu, por donde se ve con vista sencilla y aguda todo lo que es inferior a él y cuanto toca a su vida y estado. Esto es lo que hace el alma sencilla, ilustrada, uniforme, espiritual y totalmente introvertida y de abstraída todo lo creado. Esta es la que mueve y atrae con suave violencia los corazones de los humildes y dóciles, llenándoles con abundancia y suavidad, paz y dulzura. Finalmente dice el Sabio de ella que le trajo todos los bienes juntos en su compañía: *Con ella me vinieron a la vez todos los bienes.* (Sap.7 : 2).

Sabrás que la mayor parte de los hombres viven de la opinión y juzgan según la falibilidad de la imaginación y sentido. Pero el sabio juzga todas las cosas según la verdad que hay en ellas, cuyos efectos son entender, concebir, penetrar y trascender todo lo creado hasta sí mismo.

Es muy propio del sabio obrar mucho y hablar poco.

La sabiduría se descubre en las obras y palabras del sabio; porque como él es señor absoluto de todas sus pasiones, movimientos y afectos, se manifiesta en todas sus obras, como una quieta y agradable agua en la cual se ve lucir la sabiduría con claridad.

La inteligencia de las verdades místicas está oculta y cerrada para los hombres puramente escolásticos, a menos que sean humildes, porque es ciencia de los santos, la cual no se manifiesta sino a los que aman muy de veras y buscan su propio desprecio. Por lo tanto las almas, que por abrazar este medio llegaron a ser puramente místicas y verdaderamente humildes, penetran hasta las más profundas percepciones de la divinidad, y los hombres tanto más se apartan de esta ciencia mística, cuanto más sensualmente viven según la carne y sangre.

156. - Comúnmente, en el sujeto donde hay mucha conciencia escolástica y especulativa, no predomina la sabiduría; pero hacen un compuesto admirable cuando ambas van unidas. Son signos de veneración y

alabanza en la religión, los varones doctos, que por la misericordia del Señor llegaron a ser místicos.

Las acciones exteriores de los místicos y sabios que obran más *pasiva* que *activamente*, aunque les son muerte muy cruel, las ordena con prudencia, número, peso y medida.

Los sermones de los doctos no tienen espíritu, aunque se compongan de varias fábulas, de descripciones elegantes, de agudos discursos y exquisitos textos, no son de ninguna manera la palabra de Dios, sino la de los hombres, adulterada con oro falso. Estos predicadores corrompen los cristianos, apacentándolos con viento y vanidad, y así unos y otros quedan de vacíos Dios. Estos maestros pacen los vientos de las sutilezas venenosas, dando a los oyentes piedras en vez de pan, hojas en vez de frutos y en vez de alimento verdadero tierra desabrida mezclada con miel venenosa. Estos son los cazadores de la honra, fabricando siempre un idolo de estimación y aplauso, en vez de solicitar la gloria de Dios, y provecho espiritual.

Los que predicán con celo y desengaño, predicán a Dios: los que predicán sin él se predicán a sí mismos. Aquellos que predicán la palabra de Dios con espíritu, la imprimen en el corazón; los que la predicán sin él, llegan sólo al oído. La perfección no consiste en enseñarla sino en el hacer, porque no es más sabio, ni más santo el que conoce verdades, sino el que las ejecuta.

Es un principio constante que la sabiduría divina engendra humildad, y la que adquirida de los doctos engendra soberbia.

La santidad no está en formar conceptos altos y sutiles de la ciencia y los atributos de Dios, sino en el amor de Dios y la voluntad. Por éste se halla más frecuentemente la santidad en los sencillos y humildes que en los doctos. ¡Cuántas viejecitas se hallan pobres de ciencia humana y riquísimas de amor divino! ¡Cuántos vanos teólogos se ven sumergidos en su vana sabiduría y pobrísimos de la verdadera luz y caridad!

Recuerda que es bueno hablar siempre como quien aprende, y no como quien sabe, y estima más que te tengan por ignorante que por sabio imprudente.

Aunque los doctos puramente especulativos comprenden por afuera algunas centellitas de espíritu, no salen éstas del fondo sencillo de la eminente y divina sabiduría, la cual aborrece como la muerte las formas y especies. La mezcla de poca ciencia impide siempre la sabiduría eterna, profunda, pura sencilla y verdadera.

CAPITULO XVIII

Prosigue lo mismo.

Dos son los caminos que guían al conocimiento de Dios: el uno es remoto y el otro próximo. El primero se llama especulación, y el segundo contemplación. Los doctos que siguen la ciencia de la especulación con la dulzura de los discursos sensibles, suben por este medio como pueden a Dios, para que con este socorro puedan amarlo; pero ninguno de los que siguen este camino, que llaman Escolástica, llega por él solo a la vía mística ni a la excelencia de la unión, transformación, sencillez, luz, paz, tranquilidad y amor; como llega a experimentar el que es conducido con la gracia divina, por la vía mística de la contemplación.

Estos doctos meramente escolásticos, no saben qué cosa es el espíritu, ni qué es perderse en Dios, ni han llegado a gustar las suaves ambrosías en el fondo íntimo del alma donde está su trono, y se comunica con increíble, íntima y regalada influencia. Antes bien, algunos, sin entender esta ciencia -porque nadie la entiende sino el que la busca -la condenan, y su parecer es seguido y aplaudido y venerado por la falta de luz que hay en el mundo y sobra de ceguedad.

El teólogo que no gusta de la dulzura de la contemplación, es porque no entra por la puerta que enseña San Pablo, cuando dice: Si alguno entre vosotros se tuviere por sabio, hágase necio para serlo, humíllese, reputándose por ignorante. (1 Cor 3:18).

Es regla general e incluso principio en la teología mística que primero se debe alcanzar la práctica que la

teoría; primero se ha de experimentar el ejercicio de la contemplación sobrenatural, antes que inquirir el conocimiento e investigar el conocimiento pleno de aquella gracia divina.

Aunque la ciencia mística comúnmente sea de los humildes y sencillos, no por eso son los doctos incapaces, si no se buscan a sí mismos, ni hacen caso de su artificiosa ciencia; y si se olvidan más de ella, como si no la tuvieran, y sólo la usan en su tiempo y lugar para predicar, y disputar cuando importa; y después vagan a sencilla y desnuda contemplación de Dios, sin forma, figura ni consideración.

El estudio que no se ordena sólo para la gloria de Dios, es un camino breve para el infierno, no por el estudio, sino por el viento de la soberbia que engendra. La mayor parte de los hombres de este tiempo es miserable, que sólo estudian para satisfacer la insaciable curiosidad de la naturaleza.

Muchos buscan a Dios y no le hallan; porque les lleva más la curiosidad que la intención sincera, pura, limpia; desean más los consuelos espirituales que al mismo Dios; y como no le buscan con verdad, no hallan a Dios ni a los placeres espirituales.

El que no procura la negación total de sí mismo no será verdaderamente abstraído, y así nunca será capaz de las verdades y luces del espíritu.

Son raros los hombres en el mundo que aprecian más el oír que el hablar; pero el sabio y místico puro no habla sino es forzado, ni se pone en cosa que no le toca por oficio y sí lo hace es con gran prudencia.

El espíritu de la sabiduría divina llena con suavidad, domina con fortaleza, y alumbrá con excelencia a los que se sujetan a su dirección.

Y el alma santa dotada de la sabiduría divina ama todas las cosas, no por la apariencia, sino por el grado de bondad y santidad que hay en ellas.

Donde mora el espíritu divino siempre se halla la sencillez y la libertad santa; pero la astucia, el doblez la afición, el artificio, la política y respetos mundanos, son infiernos para los hombres sabios y sencillos.

Sabrás que el que ha de llegar a la ciencia mística se ha de despegar y negar de cinco cosas. La primera, de las criaturas; la segunda, de las cosas temporales; la tercera, de los mismos dones del Espíritu Santo; la cuarta, de sí misma; y la quinta, se ha de despegar del mismo Dios. Esta última es la más perfecta porque el alma que ni se sabe solamente despegar, es la que se llega a perder en Dios, y sólo la que así se llega a perder, es la que se acierta a hallar.

Más se paga Dios de los gestos del corazón que del efecto de las ciencias mundanas. Una cosa es limpiar el corazón de todo aquello que le hace prisionero e impuro; y otra, hacer siempre ciento y mil cosas, aunque buenas y santas, sin atender a esta pureza del corazón que es lo más importante para alcanzar la sabiduría divina.

Muchas almas dejan de llegar a la quieta contemplación, a la divina sabiduría y ciencia verdadera, aunque tienen muchas horas de oración y comulgan cada día, porque no se entregan del todo a Dios, con perfecta desnudez y despego. Finalmente, hasta que el alma se purifique en el fuego de las penas exteriores e interiores, jamás llegará a la renovación, a la transformación y perfecta contemplación, a la unión afectiva y sabiduría divina.

CAPITULO XIX

De la verdadera y perfecta aniquilación.

Has de saber, que en sólo dos principios está fundada toda esta fábrica de aniquilación. El primero es tenerse en baja estima a sí misma, y a todas las cosas del mundo, de donde ha de nacer el poner en práctica la desnudez y renunciación de sí mismo y de todas las cosas, con una santa resolución, con el afecto y la obra.

El segundo principio ha de ser una gran estimación de Dios para amarle, adorarle y seguirle sin ningún

tipo de interés propio, aunque sea el más santo. De estos dos principios ha de nacer una plena conformidad con la voluntad divina. Esta conformidad eficaz y práctica con la voluntad divina en todas las cosas, conduce al alma a la aniquilación y transformación con Dios, sin mezcla de raptos, ni de éxtasis exteriores, ni afectos vehementes, porque este camino es sujeto a muchas ilusiones, con peligro de enfermedades y fatigas del entendimiento, por cuya senda es raro el que llega a la cima de la perfección que se alcanza por este otro camino seguro, firme y real, aunque no sin pesada cruz, porque en ella está fundada la vida regia de la aniquilación y perfección. A la cual se siguen muchos dones de luz y divinos afectos, con otras gracias infinitas; pero el alma aniquilada se ha desnudar de todo, si no quiere que le sean de impedimento para pasar a la deificación.

Haciendo el alma continuo progreso a partir de su bajeza, debe caminar hacia la práctica de la aniquilación, que consiste en el aborrecimiento de la honra, dignidad y alabanza; porque no hay razón para que a la vileza y a la nada misma se le dé la dignidad y la honra.

Al alma que conoce su vileza, le parece imposible merecer nada, antes bien, se confunde indigna de la virtud y alabanza. Esta abraza con el mismo ánimo todas las ocasiones de menosprecio, persecución, infamia, confusión y afrenta, y conociéndose verdaderamente merecedora de semejantes oprobios, da al Señor las gracias cuando se ve en esas ocasiones; porque la trata como merece y aún se reconoce indigna de que obre su justicia con ella; pero sobre todo se alegra del desprecio y afrenta, porque resulta una gran gloria. para su Dios

Esta alma elige siempre lo más bajo, vil y despreciado, así de lugar, como de vestido y todo lo demás, sin preocupación alguna por la singularidad, juzgando que la mayor vileza excede siempre a sus méritos, y aún de aquélla se reconoce indigno. Esta práctica hace llegar al alma a una verdadera aniquilación de sí misma.

El alma que quiere ser perfecta comienza a mortificar sus pasiones; cuando ya está avanzada en este ejercicio, se niega a sí misma; luego, con la ayuda divina, pasa al estado de la nada, donde se desprecia, se aborrece a sí misma y se humilla conociendo que es nada, que puede nada, que vale nada; de aquí nace el morir en los sentidos y en sí misma de muchas maneras, y a todas horas, y finalmente, de esta muerte espiritual se origina la verdadera y perfecta aniquilación, de manera que cuando el alma ya está muerta a su querer y entender, se dice con propiedad que llegó al estado perfecto y dichoso de la aniquilación sin que la misma alma lo llegue a entender; porque no sería aniquilada si ella llegase a conocerlo. Y aunque llegue a este feliz estado de aniquilación, lo que importa es saber que siempre tiene más y más que caminar, que purificar y aniquilar.

Sabrás que esta aniquilación, para que sea perfecta en el alma, ha de ser en el juicio propio, en la voluntad, en los afectos, inclinaciones, deseos, pensamientos y en sí misma, de tal manera que ha de hallar el alma muerta al querer, al desear, procurar, entender y pensar, queriendo como si no quisiera; deseando como si no deseara; entendiendo como si no entendiera; pensando como si no pensara, sin inclinarse a nada, abrazando igualmente los desprecios como las honras, los beneficios como los castigos.

¡Oh, qué dichosa alma la que así se halla muerta y aniquilada! *Ya ésta no vive en sí porque vive Dios en ella;* y ahora con toda verdad se puede decir que es otra fénix renovada, porque está cambiada, espiritualizada, transformada y deificada.

CAPITULO XX

Se enseña cómo la nada es el atajo para alcanzar la pureza del alma, la perfecta contemplación y el rico tesoro de la paz interior.

El camino para llegar a aquel estado del ánimo reformado, por donde inmediatamente se llega al sumo bien, a nuestro primer origen y suma paz, es la nada. Procura estar siempre sepultado en esa miseria. Esa nada, y esa conocida miseria es el medio para que el Señor obre en tu alma maravillas. Vistete de esa nada, de esa miseria y esa nada sea tu continuo sustento y morada, hasta profundarte en ella; yo te aseguro que siendo tú de esta manera la nada, el Señor será el todo en tu alma.

¿Por qué piensas que un número infinito de almas impiden la corriente abundante de los dones divinos? Porque quieren hacer algo y desean el ser grandes; todo es salirse de la humildad interior y de su nada; y así impiden las maravillas que quiere obrar aquella infinita bondad. Apegándose a los mismos dones por salir del centro de la nada y todo lo malogran. No buscan a Dios con verdad y así no le hallan; porque ha

de saber que no se halla sino en el desprecio de nosotros mismos y en la nada.

Nos buscamos a nosotros mismos siempre que salimos de la nada, y por esto no llegamos jamás a la perfección quieta y la contemplación. Éntrate en la verdad de tu nada y de nada te inquietarás, antes bien te humillarás, confundirás y perderás de vista tu propia reputación y estima.

¡Oh, qué baluarte tan fuerte has de hallar en esa nada! ¿Quién te ha de dar pena, si te refugia en esa fortaleza? Porque el alma que se desprecia a sí misma, y que en su conocimiento es nada, nadie le puede hacer agravio ni injuria. El alma que está dentro de su nada guarda silencio interno, vive transformada en el sumo bien, no apetece nada de todo lo creado, vive en Dios sumergida y resignada en cualquier tormento, porque siempre juzga es más lo que merece. Estándose el alma quieta en su nada, el Señor la perfecciona, enriquece y pinta en ella sin estorbo a su imagen y semejanza.

Por el camino de la nada te has de llegar a perder en Dios, que es el último grado de la perfección; y si te sabes perder así, serás dichosa, te ganarás y te volverás a hallar. En esta oficina de la nada se fabrica la sencillez, se halla el recogimiento interior e infuso; se alcanza la quietud y se limpia el corazón de todo tipo de imperfección. ¡Oh, que tesoro descubrirás, si haces en la nada tu morada! Y si te entras en el centro de la nada, en nada te mezclarás por afuera (escalón en donde tropiezan infinitas almas), sino solamente en aquello que por oficio te toca.

Si te estás encerrada en la nada, adonde no llegan los golpes de las adversidades, nada te dará pena, nada te inquietará. Por aquí has de llegar al señorío de tí mismo, porque el dominio perfecto y verdadero sólo gobierna en la nada. Con el escudo de la nada vencerás las vehementes tentaciones y terribles sugestiones del envidioso enemigo.

193. - Conociendo que eres nada, que puedes hacer nada y que vales nada, abrazarás con quietud las sequedades pasivas, tolerarás las horribles desolaciones, sufrirás los martirios espirituales y tormentos interiores. Por medio de esa nada has de morir en tí mismo de muchas maneras, en todos tiempos y a todas horas. Y cuanto más fueres muriendo, tanto más te irás profundizando en tu miseria y baja; y tanto más te irá el Señor elevando y uniendo a sí mismo.

¿Quién ha de despertar al alma, de aquel dulce y sabroso sueño, si duerme en la nada? Por aquí llego David sin saberlo, a la perfecta aniquilación. *Fui devuelto a la nada y no lo supe.* (Salmo 27). Estándote en la nada, cerrarás la puerta a todo lo que no es Dios; te retirarás aun de tí misma y caminarás a aquella soledad interior, a donde el divino Esposo habla al corazón de su Esposa, enseñándote la sabiduría alta y divina. Ahógate en esa nada y hallarás en ella sagrado asilo para cualquier tormenta.

Por este camino has de volver al estado dichoso de la inocencia que perdieron nuestros primeros padres. Por esta puerta has de entrar a la tierra feliz de los vivientes, donde hallarás el sumo bien, la latitud de la caridad, la belleza de la justicia la línea derecha de la equidad y rectitud; y en suma, toda la perfección. Por último, no mires nada, no desees nada, no quieras nada, no solicites saber nada, y en todo vivirá tu alma descansada en quietud y gozo. Este es el camino para alcanzar la pureza del alma, la contemplación perfecta y la paz interior. Camina, camina por esta senda segura y procura sumergirte en esa nada, y perderte, abismarte, si quieres aniquilarte, unirte y transformarte.

CAPITULO XXI

De la suma felicidad de la paz interior, y de sus maravillosos efectos.

Aniquilada ya el alma y renovada con perfecta desnudez, experimenta en la parte superior una profunda paz y una sabrosa quietud, que la conduce a tan perfecta unión de amor, que en todo jubila. Ya esta alma ha llegado a tal felicidad que no quiere ni desea otra cosa que lo que su amado quiere; con esta voluntad se conforma en todos los sucesos, así de consuelo como de pena; y juntamente se goza de hacer en todo el divino beneplácito.

Ya no hay cosa que no le consuele; ni le falta nada que pueda afligirle; el morir le es gozo y el vivir alegría. Tan contenta está en el paraíso como en la tierra, tan gozosa en la privación, como en la posesión en la enfermedad, como en la salud; **porque sabe que esa es la voluntad de su Señor**; esta es su vida, esta es su gloria, su paraíso, su paz, su sosiego, su quietud, su consuelo y suma felicidad.

Si a esta alma que ha subido ya por escalones de la aniquilación a la región de la paz, le fuese necesario el escoger, elegiría primero la desolación que el consuelo; el desprecio que la honra; porque el amoroso Jesús hizo sumo aprecio del oprobio y de la pena. Si padeció antes hambre de los bienes del cielo, si tuvo sed de Dios, temor de perderle, llanto en el corazón y guerra con el demonio, ya se han convertido el hambre en hartura, la sed en saciedad, el temor en seguridad, la tristeza en alegría, el llanto en gozo y la guerra fiera en suma paz. ¡Oh, dichosa alma que goza ya en la tierra tan gran felicidad! Estas almas (aunque pocas) son las columnas fuertes que sustentan la Iglesia y las que disminuyen la indignación divina.

Y ahora esta alma que ha entrado en el cielo de la paz, se reconoce llena de Dios y de sus dones sobrenaturales, porque vive fundada en un amor puro, agradándole igualmente la luz como las tinieblas, la noche como el día, y la aflicción, como el consuelo. Debido a esta indiferencia santa y celestial no pierde la paz en las adversidades, ni la tranquilidad en las tribulaciones; antes se mira llena de gozos inefables.

Y aunque el príncipe de las tinieblas mueve contra ella todos los asaltos del infierno, con horribles tentaciones, resiste en esta guerra como una columna firme, no más sucediéndole lo que pasa en el alto monte y profundo valle en el tiempo de la tempestad.

El valle está oscurecido con densas tinieblas, fieras tempestades de piedras, de truenos, rayos y relámpagos, que parece un retrato del infierno; y al mismo tiempo, está el alto monte resplandeciente, recibiendo los hermosos rayos del sol, con paz y serenidad, quedando todo él como el cielo claro, pacífico y luminoso.

Lo mismo sucede en esta alma dichosa. Está en el valle de la parte inferior sufriendo tribulaciones, combates, tinieblas, desolaciones, tormentos, martirios y sugerencias; y al mismo tiempo, en el alto monte de la parte superior del alma, el verdadero Sol ilumina, inflama e ilumina, con lo cual queda clara, pacífica, resplandeciente, tranquila, serena y hecha un mar de alegría.

Es, pues, tanta la quietud de esta alma pura, que llegó al monte de la tranquilidad pura; es tanta la paz en su espíritu, tanta la serenidad y sosiego en lo interior, que hasta redundan en lo exterior un remanente y una vislumbre de Dios.

Porque en el trono de quietud se manifiestan las perfecciones de la hermosura espiritual; aquí la luz verdadera de los misterios secretos y divinos; aquí la humildad perfecta hasta la aniquilación de sí misma y la plenísima resignación, la castidad, la pobreza de espíritu, la inocencia y la sencillez de paloma, la modestia exterior, el silencio y soledad interior, la libertad y pureza del corazón; aquí el olvido de lo creado, hasta de sí misma, la simplicidad alegre, la celestial indiferencia, la oración continua, la total desnudez, el perfecto despegue, la sapientísima contemplación, la conversación del cielo y, finalmente, la perfectísima y serenísima paz interior de quien puede decir esta alma lo que dijo el Sabio de la sabiduría, que con ella le vinieron las demás gracias: *Con ella me vinieron a la vez todos los bienes.* (Sap 7 : 2).

Este es el tesoro rico y escondido. Esta la dracma deseada del Evangelio; esta la vida bendita, la vida feliz, la vida verdadera, y la bienaventuranza de la tierra. ¡Oh hermosa grandeza no conocida de los hijos de los hombres! ¡Oh excelente vida sobrenatural, cuánto eres admirable y cuánto inefable, porque eres un remedio de la bienaventuranza! ¡Oh, cuánto levantas del suelo al alma que pierde de vista todas las cosas de la vileza de la tierra! Tú eres pobre en lo exterior; pero riquísima en lo interior. Tú pareces baja, pero eres altísima. Tú, en fin, eres la que haces vivir en la tierra la vida divina. Dame, Señor y suma bondad, dame una buena porción de esta felicidad celestial y paz verdadera que el mundo, por sensual, no es capaz de recibir ni conocer. *A quien el mundo no supo recibir.*

CAPITULO XXII

**Exclamación amorosa y gemido lamentable con Dios,
por las pocas almas que llegan a la perfección,
a la amorosa unión y divina transformación.**

¡Oh Divina Majestad, ante cuya presencia tiemblan y se estremecen las columnas del cielo! ¡Oh bondad más que infinita en cuyo amor se abrazan los serafines! Dame, Señor, licencia para llorar nuestra ceguera e ingratitud. Todos vivimos engañados, buscando al mundo loco, dejándote a ti siendo nuestro Dios. Todos por los charcos hediondos del mundo, te dejamos a ti, fuente de aguas vivas.

¡Oh hijos de los hombres! ¿Hasta cuando vamos a seguir la mentira y vanidad? ¿Quién así nos engañó para dejar el sumo bien y nuestro Dios? ¿Quién nos habla más verdad? ¿Quién nos ama más? ¿Quién nos defiende más? ¿Quién es más amigo, más tierno como esposo y más bueno como padre? ¡Qué sea tanta nuestra ceguera que todos nosotros desamparemos a esta suma infinita bondad!

¡Oh, Divino Señor, que pocas almas hay en el mundo que te sirvan con perfección! ¡Qué pocas son las que quieren padecer, que sigan a Cristo crucificado, que abracen la cruz y se desprecien a sí mismas! ¡Oh, qué pocas almas se hallan despegadas y totalmente desnudas! ¡Qué pocas almas hay muertas en sí y vivas para Dios, y que se resignen perfectamente en el divino beneplácito! ¡Qué pocas almas hay que tengan una obediencia sencilla, un conocimiento profundo de sí mismas y de humildad verdadera! ¡Qué pocas son las que con tal indiferencia se dejan en las manos de Dios para que haga en ellas su divina voluntad! ¡Qué pocas almas son puras, de corazón sencillo y despegado, y a quienes vacías a su entender, saber, desear y querer, anhelan a su negación y muerte espiritual! ¡Qué pocas almas hay que quieran dejar obrar en sí al Divino Creador, que padezcan por no padecer y mueran por no morir! ¡Qué pocas almas hay que quieran olvidarse de sí mismas, que quieran desnudar al corazón de los afectos, de sus deseos, satisfacción, amor propio y juicio! ¡Qué pocas ser que quieran ser conducidas por la carretera de la negación propia de sí mismos y del camino interno! ¡Qué pocas almas hay que quieran dejarse aniquilar, muriendo en los sentidos y en sí mismas! ¡Qué pocas almas hay que quieran dejarse vaciar, purificar y desnudar para que Dios las vista, las llene y perfeccione! Finalmente, ¡qué pocas, Señor, son las almas ciegas, mudas, sordas y perfectamente contemplativas!

¡Oh confusión de los hijos de Adán; que por una vileza despreciemos la verdadera felicidad, y que impidamos al sumo bien, al rico tesoro, y a la infinita bondad! Con justa razón se quejan los cielos que son pocas las almas que quieren seguir sus preciosos caminos: *Los caminos de Sion están de luto, porque no hay quienes vengan a la ceremonia.* Lam 1:4

Acerca de Molinos:

Una relación de las persecuciones contra el español Miguel de Molinos

[Pasaje extraído del Libro de los mártires por John Fox, Capítulo VI]

Miguel de Molinos, español perteneciente a una rica y honorable familia, entró, de joven, en el orden sacerdotal, pero no quiso aceptar ninguna renta de la Iglesia. Poseía grandes capacidades naturales, que dedicó al servicio de sus semejantes, sin esperar ningún emolumento para sí mismo. Su manera de vivir era piadosa y uniforme; y desde luego no practicaba aquellas austeridades que eran comunes entre los órdenes religiosos de la Iglesia de Roma.

Siendo de talante contemplativo, siguió la huella de los teólogos místicos, y habiendo adquirido gran reputación en España, y deseoso de propagar su sublime forma de devoción, dejó su país y se instaló en Roma. Aquí pronto conectó con algunos de los más distinguidos entre los literatos, que tanto encomiaron sus máximas religiosas, que se unieron a él para propagarlas; en poco tiempo obtuvo un gran número de seguidores, que, por la forma sublime de su religión, fueron distinguidos con el nombre de Quietistas.

En 1675, Molinos publicó un libro titulado «II Guía Spirituale», en el que aparecían unas cartas de recomendación de varias personalidades. Una de ellas era el arzobispo de Reggio; otra, del general de los Franciscanos; y una tercera, del Padre Martín de Esparsa, un Jesuita que había sido profesor de teología en Salamanca y en Roma.

Tan pronto como el libro fue publicado, fue ampliamente leído y encomiado, tanto en Italia como en

España; esto hizo crecer la reputación del autor que su amistad era codiciada por las más respetables personalidades. Mucha gente le escribía cartas, por lo que estableció una correspondencia con los que aceptaban su método en diversas partes de Europa. Algunos sacerdotes seculares, tanto en Roma como en Nápoles, se declararon abiertamente en su favor, y le consultaban en numerosas ocasiones, como a un oráculo. Pero los que se adhirieron a él con la mayor sinceridad eran varios de los padres del Oratorio; de manera particular tres de los más eminentes, Caloredi, Ciceri y Petrucci. Muchos de los cardenales cortejaban también su compañía, y se consideraban felices por contarse entre sus amigos. Los más distinguidos entre ellos era el Cardenal d'Estres, hombre de gran erudición, que aprobaba tanto las máximas de Molinos que estableció una estrecha relación con él. Conversaban a diario, y a pesar de la desconfianza que los españoles sienten naturalmente hacia los franceses, Molinos, que era sincero en sus principios, abrió su mente sin reservas al cardenal; por este medio, Molinos estableció una correspondencia con algunos distinguidos personajes en Francia.

Mientras Molinos estaba trabajando así para propagar su manera religiosa, el Padre Petrucci escribió varios tratados acerca de la vida contemplativa; pero mezcló en ellos tantas reglas para las devociones de la Iglesia de Roma que mitigaron la censura en que hubiera incurrido en otro caso. Fueron escritas principalmente para uso de las monjas, y por ello el sentido se expresaba en un estilo de lo más fácil y familiar.

Molinos alcanzó finalmente tal reputación que los Jesuitas y Dominicos comenzaron a alarmarse mucho, y decidieron parar el progreso de este método. Para ello, era necesario denunciar a su autor, y como la herejía es lo que causa la más fuerte impresión en Roma, Molinos y sus seguidores fueron tildados de herejes. También algunos de los Jesuitas escribieron libros contra Molinos y su método; pero todos ellos fueron contestados con vehemencia por Molinos.

Estas disputas causaron tal perturbación en Roma que todo el asunto cayó bajo la atención de la Inquisición. Molinos y su libro, y el Padre Petrucci con sus tratados y cartas, fueron puestos bajo un severo examen; y los Jesuitas fueron considerados como los acusadores. Uno de los miembros de la sociedad, desde luego, había aprobado el libro de Molinos, pero el resto se cuidaron de que no se le volviera a ver por Roma. En el curso del examen tanto Molinos como Petrucci se defendieron tan bien que sus libros fueron de nuevo aprobados, y las respuestas que los Jesuitas habían escrito fueron censuradas como escandalosas.

La conducta de Petrucci en esta ocasión fue tan aprobada que no sólo hizo crecer el crédito de su causa, sino sus propios emolumentos; porque poco después fue hecho obispo de Jesis, lo que fue una declaración hecha por el Papa en su favor. Sus libros fueron ahora más estimados que nunca, su método fue tanto más seguido, y la novedad del mismo, con la nueva aprobación dada tras una acusación tan vigorosa por parte de los Jesuitas, contribuyó tanto más a aumentar su crédito y a aumentar el número de sus partidarios.

La conducta del Padre Petrucci en su nueva dignidad contribuyó en gran manera a aumentar su reputación, de modo que sus enemigos no estaban dispuestos a seguirle molestando; además, había menos razones de censura en sus libros que en los de Molinos. Algunos pasajes en los de este último no estaban expresados con tanta precaución, sino que daba lugar a que se pudieran expresar objeciones; mientras que por otra parte Petrucci se expresaba de manera tan plena que eliminaba fácilmente las objeciones hechas a algunas partes de su obra.

La gran reputación adquirida por Molinos y Petrucci fue la causa del aumento diario de los Quietistas. Todos los que eran considerados como sinceramente devotos, o al menos afectaban serlo, eran contados entre ellos. Si se observaba que estas personas se volvían más estrictas en cuanto a su vida y a sus devociones mentales, parecían sin embargo tener menos celo en toda su conducta en las cuestiones de las ceremonias litúrgicas. No eran tan asiduos a la Misa, ni tan prontos a hacer decir Misas por sus amigos; tampoco frecuentaban tanto la confesión ni las procesiones.

Aunque la nueva aprobación dada al libro de Molinos por la Inquisición había detenido las acciones de sus enemigos, seguían ellos sin embargo manteniendo un mortal odio contra él en sus corazones, y estaban decididos a destruirle si era posible. Insinuaron que tenía malas intenciones, y que era de corazón un enemigo de la religión cristiana; que bajo la pretensión de llevar a los hombres a sublimes alturas de devoción, quería quitar de sus mentes el sentido de los misterios del cristianismo. Y por cuanto era español, sugirieron que descendía de una raza judía o mahometana, y que podía llevar en su sangre, o en su primera educación, algunas semillas de aquellas religiones que había desde entonces cultivado con no menos arte que celo. Esta última calumnia caló poco en Roma, aunque se dice que se envió una orden para examinar los registros del lugar donde Molinos había sido bautizado.

Molinos, viéndose atacado tan vigorosamente, y con la más implacable malicia, adoptó todas las precauciones necesarias para impedir que se diera crédito a estas imputaciones. Escribió un tratado titulado «Comunión Frecuente y Diaria», que recibió asimismo la aprobación de los clérigos romanistas más distinguidos. Esto fue impreso con su Guía Espiritual, en el año 1675; y en el prefacio al mismo declaraba que no lo había escrito con designio alguno de entablar controversia, sino que lo había hecho por las intensas demandas de muchas personas piadosas.

Los Jesuitas, fracasados en sus intentos de aplastar el poder de Molinos en Roma, apelaron a la corte de Francia, donde, en poco tiempo, lograron tal éxito que el Cardenal d'Estrees recibió la orden que le mandaba que persiguiera a Molinos con todo el rigor posible. El cardenal, aunque estrechamente ligado a Molinos, decidió sacrificar todo lo sagrado de la amistad ante la voluntad de su amo. Sin embargo, al ver que no había razones suficientes para una acusación contra él, resolvió suplir el mismo aquella carencia. Así, se dirigió a los inquisidores, y les dio informes acerca de varios particulares, no sólo acerca de Molinos, sino también de Petrucci, siendo los dos, junto con varios de sus amigos, entregados a la Inquisición.

Cuando fueron hechos comparecer delante de los inquisidores (lo que tuvo lugar al comienzo del año 1684) Petrucci respondió a las preguntas que se le formularon con tanta prudencia y templanza que pronto lo dejaron suelto; y aunque el interrogatorio de Molinos fue mucho más largo, se esperaba de manera generalizada que sería también soltado; pero no fue así. Aunque los inquisidores no disponían de ninguna acusación justa contra él, sin embargo extremaron todos los cuidados por encontrarlo culpable de herejía. Primero objetaron a que tuviera correspondencia con diferentes partes de Europa; pero fue absuelto de esto, por cuanto no pudieron convenir en criminal el contenido de aquella correspondencia. Luego dirigieron su atención a algunos papeles sospechosos hallados en su cámara; pero Molinos explicó de manera tan clara el significado de los mismos que no pudieron ser empleados en contra suya. Por último, el Cardenal d'Estrees, después de mostrar la orden que le había enviado el rey de Francia para perseguir a Molinos, dijo que podía demostrar más de lo necesario contra él para convencerlos de que era culpable de herejía. Para ello, pervirtió el significado de algunos pasajes en los libros y papeles de Molinos, y relató muchas circunstancias falsas y agravantes relativas al preso. Reconoció que había vivido con él bajo la apariencia de una amistad, pero dijo que esto sólo había tenido como objeto descubrir sus principios e intenciones; que los había hallado malos en su naturaleza, y que de ellos debían derivarse consecuencias peligrosas; pero, a fin de dejarlo totalmente a descubierto, había asentido a diversas cosas que en realidad detestaba en su corazón; que por estos medios entró en el secreto de Molinos, pero decidió no tomar acción alguna hasta que surgiera una oportunidad apropiada para aplastarlo a él y a sus seguidores.

Como consecuencia de la evidencia de d'Estrees, Molinos fue estrechamente confinado por la Inquisición, donde prosiguió durante algún tiempo, tiempo en el que todo se mantuvo en paz, y sus seguidores prosiguieron con su método sin interrupción. Pero repentinamente los Jesuitas decidieron extirparlos, y se desató una tormenta extremadamente violenta.

El Conde Vespiniani y su esposa, Don Paulo Rochi, confesor de la familia Borghese, y algunos de su familia, fueron con algunos otros (en total setenta personas) prendidos por la Inquisición; entre ellos había algunos altamente estimados por su erudición y piedad. La acusación presentada contra el clero era el de su descuido en decir el breviario; al resto se les acusaba de ir a Comunión sin asistir primero a confesión. En una palabra, se argumentaba que negligían todas las partes exteriores de la religión, dándose enteramente a la soledad y a la oración interior.

La Condesa Vespiniani se comportó de una manera muy desacostumbrada en su interrogatorio ante los inquisidores. Les dijo que ella jamás había revelado su método de devoción a ningún mortal más que a su confesor, y que era imposible que ellos lo supieran sin que él les hubiera revelado el secreto; que por ello mismo ya era hora de dejar de ir a confesión, si los sacerdotes la empleaban para esto, para descubrir a otros los más secretos pensamientos que se les revelaban; y que ella, desde ahora en adelante, sólo se confesaría a Dios.

Por causa de este animoso discurso, y por el gran tumulto causado por causa de la situación de la condesa, los inquisidores juzgaron más prudente liberarla a ella y a su marido, para que el pueblo no se amotinara, y para que lo que ella decía no fuera a aminorar el crédito de la confesión. Ambos, pues, fueron liberados, pero quedando obligados a comparecer siempre que fueran llamados.

Además de los ya mencionados, tal era el aborrecimiento de los Jesuitas contra los Quietistas, que en el periodo de un mes más de doscientas personas fueron apresadas por la Inquisición; y este método de

devoción que había sido considerado en Italia como el más elevado al que los mortales pudieran aspirar, fue considerado herético, y sus principales promotores encerrados en miserables mazmorras.

A fin de extirpar el Quietismo, si fuera posible, los inquisidores enviaron una carta circular al Cardenal Cibo, como ministro principal, para que la dispersara por toda Italia. Iba dirigida a todos los preladados, y les informaba de que, por cuanto había muchas escuelas y fraternidades establecidas en muchos lugares de Italia en las que algunas personas, bajo la pretensión de conducir a la gente en los caminos del Espíritu, y a la oración apacible, instilaban en ellos muchas abominables herejías, se daba por ello orden estricta de disolver tales sociedades, y para obligar al guía espiritual a que andara por los caminos conocidos; y en particular, a que tuvieran cuidado de que no se permitiera a nadie de esta clase que dirigiera convento alguno de monjas. También se dieron órdenes semejantes de proceder por vía judicial contra aquellos que fueran hallados culpables de estos abominables errores.

Después de esto se llevó a cabo una estricta indagación en todos los conventos de monjas de Roma, donde se descubrió que la mayor parte de sus directores y confesores estaban entregados a este nuevo método. Se descubrió que los Carmelitas, las monjas de la Concepción y las de varios otros conventos estaban totalmente entregadas a la oración y a la contemplación, y que en lugar de emplear el rosario y las otras devociones a los santos o a las imágenes, estaban en mucha soledad, y a menudo en el ejercicio de la oración mental; y al preguntárseles por qué habían dejado de lado el uso de sus rosarios de sus antiguas formas de devoción, la respuesta que dieron fue que así las habían aconsejado sus directores. La Inquisición, con esta información, ordenó que todos los libros escritos en la misma tendencia que los de Molinos y Petrucci les fueran quitados, y que se las obligara a volver a sus formas anteriores de devoción.

La carta circular enviada al Cardenal Cibo no produjo grandes efectos, porque la mayoría de los obispos italianos estaban inclinados en favor del método de Molinos. El propósito era que esta orden, así como las otras de la Inquisición, fuera mantenida en secreto; pero a pesar de todos sus cuidados se imprimieron copias de la misma, y fueron dispersadas por la mayor parte de las principales ciudades de Italia. Esto causó mucha desazón a los inquisidores, que empleaban todos los métodos que podían para ocultar sus procedimientos a los ojos del mundo. Ellos acusaron al cardenal, acusándolo de ser la causa de ello; pero él les devolvió la acusación, y su secretario les dio la culpa a ambas partes.

Durante estos sucesos, Molinos sufrió grandes indignidades de parte de los oficiales de la Inquisición, y el único consuelo que recibió fue recibir en ocasiones las visitas del Padre Petrucci.

Aunque había tenido la mayor reputación en Roma durante algunos años, ahora era tan menospreciado como antes había sido admirado, y era en general considerado como uno de los peores herejes.

Habiendo abjurado la mayor parte de los seguidores de Molinos que habían sido apresados por la Inquisición, fueron liberados. Pero una suerte más dura aguardaba a Molinos, el líder de ellos.

Después de haber pasado un tiempo considerable en la cárcel, fue finalmente hecho comparecer ante los inquisidores, para que diera cuenta de varias cuestiones que se aducían contra él en base de sus escritos. Tan pronto como apareció ante el tribunal, le pusieron una cadena alrededor de su cuerpo, y un cirio en una mano, y luego dos frailes leyeron en voz alta los artículos de acusación. Molinos respondió a cada uno de ellos con gran firmeza y resolución; y a pesar de que sus argumentos deshacían totalmente el sentido de las acusaciones, fue hallado culpable de herejía, y condenado a cadena perpetua.

Cuando dejó el tribunal iba acompañado por un sacerdote que le había dado las mayores muestras de respeto. Al llegar a la cárcel entró serenamente en la celda que le había sido asignada; al despedirse del sacerdote, se dirigió así a él: «Adiós, padre; ya nos volveremos a ver en el Día del Juicio, y luego se verá de qué lado está la verdad, si del mío, o del vuestro.»

Durante su encierro fue varias veces torturado de la manera más cruel, hasta que, finalmente, la dureza de los castigos venció a su fortaleza, acabando con su existencia.

La muerte de Molinos causó tal impresión sobre sus seguidores que la mayoría de ellos abjuraron de su método; y, por la persistencia de los Jesuitas, el Quietismo fue totalmente extirpado del país.

Molinos estaba inmerso en el romanismo, con su tendencia a la tortura y a matar a cualquier persona que practicara una fórmula para la salvación o para la adoración que difiriera de los rituales oficiales.

Así que en este prólogo a la *Guía Espiritual* él es muy cuidadoso en justificar sus métodos basado en extensas afirmaciones de apoyo de parte de santos romanos oficiales.

Esta estrategia funcionó, pero demasiado bien - ya que fue adoptada por tantas personas dentro del romanismo,

que la vieja guardia fue dejada sin una ilusión acerca de su continua importancia.

GUÍA ESPIRITUAL

Miguel de Molinos (1627 - 1697)

PREFACIO

ADVERTENCIA I

De dos modos se puede ir a Dios: el primero por contemplación y discurso; el segundo, por pura fe y meditación.

<Primera Parte>

<Segunda Parte>

Dos modos hay de ir a Dios: uno por consideración y discurso, y otro por la fe pura, un conocimiento indistinto, general y confuso. El primero se llama contemplación, el segundo recogimiento o meditación adquirida; el primero es de principiantes, el segundo de avanzados; el primero es sensible y material, el segundo es más desnudo, puro e interior.

Cuando el alma está ya habituada a discurrir en los misterios, con la ayuda de la imaginación y usando imágenes corporales, siendo traída de criatura en criatura, y de conocimiento en conocimiento (teniendo mucho menos de lo que se desea), y de éstos al Creador. Entonces Dios suele coger a esa alma de la mano (si es que no la ha llamado desde el principio y la introduce sin discurso por el camino de la pura fe), y haciendo que deje atrás el entendimiento de todas las consideraciones y discursos, la adelanta y saca de aquel estado sensible y material, y hace que debajo de un conocimiento de fe simple y oscuro, aspire sólo con las alas del amor a su Esposo, sin que para amarle tenga ya necesidad de persuasiones e informaciones del entendimiento, porque de ese modo sería muy costoso su amor, muy dependiente de las criaturas, muy a gotas, y esas caídas a pausas, despacio.

Cuando menos dependiere de criaturas y más estribare sólo en Dios y su enseñanza secreta, mediante la fe pura, más firme, durable y fuerte será el amor. Después que ya el alma ha adquirido el conocimiento que le pueden dar todas las meditaciones e imágenes corporales de las criaturas, si ya el Señor la saca de ese estado, privándola del discurso, dejándola en la oscuridad divina para que camine por el camino derecho y fe pura, déjese guiar y no quiera recibir amor con la escasez y la cortedad que ellas le informan, sino suponga que es nada cuanto todo el mundo y los más delicados conceptos de los entendimientos más sabios la puedan decir, y que la bondad y hermosura de su Amado excede infinitamente a todo su saber, persuadiéndose que todas las criaturas son muy toscas para informarle y traerle al verdadero conocimiento de su Dios.

Debe, pues, pasar adelante con su amor, dejándose atrás su entender. Ame a Dios como es en sí, ámelo sin conocerlo debajo de los velos oscuros de la fe, de la manera que un hijo que nunca ha visto a su padre, por lo que de él le han informado, a quien da todo crédito, le ama como si ya le hubiera visto.

El alma, a quien se le ha quitado el discurso, debe no violentarse ni buscar por fuerza más conocimiento o conocimiento más particular, sino sin yugos ni consuelos de noticias sensibles, con pobreza de espíritu y vacío de todo lo que su apetito natural le pide; estar quieta, firme y constante, dejando obrar al Señor

aunque se vea sola, seca y llena de tinieblas; que si bien pareciera ociosidad, es sólo de su actividad sensible y material, no de la de Dios, el cual está obrando en la ciencia verdadera. Finalmente, cuanto más se eleva el espíritu, tanto más se separa de lo sensible. Muchas son las almas que han llegado y llegan a esta puerta; pero pocas las que han pasado y pasan, por falta de guía experimentada: y las que tienen y han tenido, no se sujetan con verdadero y total rendimiento.

Algunos dirán que la voluntad no amaré, sino que estará ociosa, si el entendimiento no entiende distinta y claramente; porque es asentado principio que no se debe amar sino lo que se conoce. A esto se responde que, aunque el entendimiento no conoce distintamente por discurso, imágenes y consideraciones, entiende y conoce por la fe oscura, general y confusa, cuyo conocimiento, aunque tan oscuro, indistinto y general, como es sobrenatural, es más claro y más perfecto conocimiento de Dios que cualquier noticia sensible y la que en esta vida se pueda formar, porque toda imagen corporal y sensible dista de Dios infinitamente.

Más perfectamente -dice San Dionisio- *conocemos a Dios por negaciones que por afirmaciones. Más altamente sentimos de Dios, conociendo que es incomprendible, y sobre todo nuestro entender, que concibiéndole debajo de alguna imagen y hermosura creada, que entendiéndole a nuestro modo tosco.* (Mística Theológ. Capítulo I p. 2) Luego más estima y amor se engendra de este modo confuso, obscuro y negativo, que de cualquiera sensible y distinto; porque aquél es más propio de Dios y desnudo de criaturas, y este, por el contrario, cuanto más depende de criaturas, tanto menos tiene de Dios. [Tratar de visualizar a Dios basados en la creación es como descubrir una huella extraña en la arena y después especular sobre la imagen del que la hizo; esta es una razón por la cual Dios nos ha dado la humanidad de Jesús como un ejemplo inicial de la infinitud del Padre y del Hijo.]

ADVERTENCIA II

En qué se diferencia la contemplación de la meditación.

Dice San Juan Damasceno (De Pide, Lib. III, Capítulo 24) y otros santos, que la oración *es una subida o levantamiento del entendimiento hasta Dios*. Dios es superior a todas las criaturas, y no puede el alma mirarle y tratar con él sino levantándose sobre todas ellas. Este amigable trato que el alma tiene con Dios, que es la oración, se divide en contemplación y meditación.

Cuando el entendimiento considera los misterios de nuestra santa fe con atención para conocer sus verdades, discurriendo sus particularidades y ponderando sus circunstancias para mover los afectos en la voluntad, este discurso y piadoso afecto se llama propiamente contemplación.

Cuando ya el alma conoce la verdad (ya sea por el hábito que ha adquirido con los discursos, o porque el Señor le ha dado particular luz) y tiene los ojos del entendimiento en la sobredicha verdad, mirándola sencillamente, con quietud, sosiego y silencio, sin tener necesidad de consideraciones ni de discursos, ni otras pruebas para convencerse, y la voluntad está amando, admirándose y gozándose en ella; ésta se llama propiamente oración de fe, de quietud, recogimiento interior o meditación.

Lo cual dice Santo Tomás y todos los místicos nuestros *que es una vista sencilla, suave y quieta de la eterna verdad, sin discurso ni reflexión.* (22 q. 180, art. 3. et., 4). Pero si se alegra o mira los afectos de Dios en las criaturas, y entre ellas en la Humanidad de Cristo como más perfecta de todas, ésta no es perfecta meditación, según prueba Santo Tomás, pues todas ellas son medios para conocer a Dios cómo es en sí; y aunque la Humanidad de Cristo Nuestro Señor es el medio más santo y más perfecto para ir a Dios, y el supremo instrumento de nuestra salvación, y el canal por donde recibimos todo el bien que esperamos; con todo esto la humanidad no es el sumo bien, el cual consiste en ver a Dios; pero Jesucristo Nuestro Señor es más por su divinidad que por su humanidad; así él piensa y mira siempre a Dios -como la divinidad está unida a la humanidad-, siempre mira y piensa en Jesucristo Nuestro Señor; mayormente la persona contemplativa, en quien la fe es más sencilla, pura y ejercitada. [Nota: el editor concluye que los sacerdotes romanos y las monjas fueron instruidos a pensar de manera extensa, intensa y obsesiva acerca de la crucifixión, pasión, muerte y humanidad de Jesús; esta **contemplación** de la humanidad de Cristo era aparentemente su ruta a la devoción y la humildad. Tal vez esto explica los dolores y precauciones por los cuales Molinos justifica la meditación sobre la contemplación, ya que aparentemente él estaba desafiando la raíz de la forma de adoración edificada por la secta romana.]

Siempre que se alcanza el fin, cesan los medios, y llegando al puerto, la navegación. Así el alma, si después de haberse fatigado por medio de la contemplación llega a la quietud, sosiego y reposo de la

meditación, debe entonces suprimir los discursos y reposar quieta, con una atención amorosa y sencilla vista de Dios, mirándole y amándole, desechando con suavidad todas las imaginaciones que se le ofrecen, aquietando el entendimiento en aquella divina presencia, recogiendo la memoria, fijándola toda en Dios, contentándose con el conocimiento general y confuso que de él tiene por la fe, aplicando toda la voluntad en amarle donde estriba todo el fruto.

Dice San Dionisio: *en cuanto a tí, querido Timoteo, aplicándote seriamente a las especulaciones místicas, deja los sentimientos y las operaciones del entendimiento; todos los objetos sensibles e inteligibles y universalmente todas las cosas que son y las que no son, y en una manera conocida e inefable, en cuanto al hombre es posible; levántate a la unión de Aquél que es sobre toda la naturaleza y conocimiento.* (Mística teol.). Hasta aquí el santo.

Luego importa dejar todo el ser criado, todo lo que es sensible, todo lo que es inteligible, afectivo; y finalmente todo aquello que es y lo que no es para arrojarse en el amoroso seno de Dios, que él nos volverá todo lo que habemos dejado, acompañado de fortaleza y eficacia para amarle más ardientemente, cuyo amor nos mantendrá dentro de este santo y bienaventurado silencio que vale más que todos los actos juntos. Dice Santo Tomás: *es muy poco lo que el entendimiento puede alcanzar de Dios en esta vida; pero es mucho lo que la voluntad puede amar.*

Cuando el alma llega a este estado, debe recogerse dentro de sí misma en su puro y hondo centro, donde está la imagen de Dios; allí está la atención amorosa, el silencio, el olvido de todas las cosas, la aplicación de la voluntad con perfecta resignación, escuchando y tratando con él tan a solas, como si en todo el mundo no hubiese más que los dos.

Con justa razón dicen los santos que la contemplación obra con trabajo y con fruto; la meditación sin trabajo, con sosiego, paz, deleite y mucho mayor fruto. La contemplación siembra y la meditación recoge; la contemplación busca y la meditación halla; la contemplación rumia el manjar, la meditación le gusta y se sienta con él.

Todo lo dijo el místico Bernardo sobre aquellas palabras del Salvador: *Buscad y hallaréis, golpead y se os abrirá. La lectura pone ante la boca alimento sólido, la contemplación lo desmenuza, la oración proporciona su sabor; la meditación es la dulzura misma, que alegra y restablece.* Con esto se declara qué son la contemplación y la meditación y la diferencia que hay entre las dos.

ADVERTENCIA III

En qué se diferencia la meditación adquirida y activa de la infusa y pasiva, y se ponen las señales por donde se conocerá cuándo quiere Dios pasar al alma de la contemplación a la meditación.

Hay también dos maneras de meditación: una imperfecta, activa y adquirida; otra infusa y pasiva. La activa, de la cual se ha hablado hasta ahora es aquella que se pueda alcanzar con nuestra diligencia, ayudados de la divina gracia, recogiendo las potencias y sentidos, preparándonos para todo lo que Dios quisiere; así lo dicen Royas (*Vita Spir.*), y Arnaya (*Confesio*).

San Bernardo nos encomienda esta meditación activa, hablando sobre aquellas palabras: *Oíré qué dice Dios en mí.* (Salmo 84). Y dice: *María eligió la mejor parte, aunque quizá el humilde trato de Marta no sea el menor merito ante Dios, sin embargo, en cuanto a la elección, María es alabada, porque aquella parte ha de ser absolutamente elegida; sin embargo, esta parte, si nos es impuesta, ha de ser tolerada pacientemente.*

También Santo Tomás nos encomienda esta meditación adquirida con las siguientes palabras: *Cuanto más une a Dios su alma el hombre o la de otro prójimo, tanto más agradable a Dios es el sacrificio; por tanto, es más agradable a Dios que uno aplique su alma o la de otros a la meditación que a la acción.* Palabras verdaderamente claras para cerrar la boca a los que condenan la meditación adquirida.

Cuanto más el hombre se acerque a Dios o procure llegar su alma y la de otros, tanto es mayor y más acepto el sacrificio para Dios; de donde se infiere -concluye el mismo santo-, que será en el hombre para

Dios más agradable y acepta la aplicación de su alma y de las otras a la meditación, que a la acción. No se puede decir que hable así el santo de la meditación infusa, porque no está en mano del hombre aplicarse a la meditación infusa, sino a la adquirida.

Aunque se dice que podemos nosotros introducirnos a la contemplación, adquirida con la ayuda de Dios Nuestro Señor, con todo eso, nadie de su motivo se ha de atrever a pasar del estado de la contemplación a éste sin consejo del experimentado director, el cual conocerá con claridad si es el alma llamada del Señor a este camino interior o, en falta del director, lo conocerá la misma alma por algún libro que trate de estas materias, enviado de la Divina Providencia para descubrir lo que sin conocer experimentaba dentro de su interior. Pero aunque se asegurara por la luz del libro a dejar la contemplación por la quietud de la meditación, siempre le quedará un ardiente deseo de ser más perfectamente instruida.

Y para que lo sea en este punto, quiero darle las señales por donde conocerá esta vocación a la meditación: la primera y principal es no poder **contemplar**, y si **contemplar**, es con notable inquietud y fatiga, mientras no provenga de la indisposición del cuerpo, ni desazón del natural, ni de humor melancólico, ni sequedad nacida de la falta de preparación.

Se debe de saber que no es ninguna de estas faltas, sino vocación verdadera cuando se le pasa un día, un mes y muchos meses sin poder discurrir en la oración. *Llévala el Señor al alma por la meditación, -dice la santa madre Teresa,- y queda el entendimiento muy inhabilitado para meditar en la Pasión de Cristo, que como la contemplación es todo buscar a Dios, como una vez se halla, y queda acostumbrada el alma, por obra de la voluntad a volverle a buscar, no quiere cansarse con el entendimiento.* Hasta aquí la santa. (Morada VI, Capítulo 7).

La segunda señal es que aunque le falte la devoción sensible, busca la soledad y *huye la conversación*. La tercera, que la lección de los libros espirituales le suele dar fastidio, porque no le hablan de la suavidad interior, que está dentro de su interior, sin que lo conozca. La cuarta, que si bien está privada del discurso, con todo eso se halla con propósito firme de perseverar en la oración. La quinta, reconocerá un conocimiento grande y confusión de sí misma, aborreciendo la culpa y haciendo de Dios más alta estima.

La otra meditación es perfecta e infusa, en la cual -como dice Santa Teresa- *habla Dios al hombre suspendiéndole y atajándole el pensamiento y tomándole (como dicen) la palabra de la boca, que, aunque quiera, no puede hablar, si no es con mucha pena. Entiende que sin ruido de palabras, le está enseñando el Divino Maestro, suspendiéndole las potencias, porque entonces antes dañarían que aprovecharían, si obrasen. Gozan sin entender cómo gozan. Está el alma abrasándose de amor y no entiende cómo ama; conoce que goza de lo que ama y no sabe cómo lo goza; bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento a desealarlo; abrázale la voluntad sin entender cómo; mas no pudiendo entender algo, ve que no es este bien que se puede merecer con todos los trabajos, que se pasan juntos, por ganarle en la tierra. Ese don del Señor de ella y del cielo que, en fin, da como quien es y quien quiere y como quiere. En lo cual Su Divina Majestad es el que todo lo hace, que es obra suya sobre nuestra naturaleza.* Todo es de la santa madre. ("Camino de perfección", Capítulo XXV). Por donde se infiere que esta meditación perfecta es infusa, la cual da el Señor gratuitamente a quien quiere.

ADVERTENCIA IV

Asunto de este libro que es desarraigar la rebeldía de nuestra propia voluntad para alcanzar la paz interior.

El camino de la paz interior es ajustarnos en todo con lo que la divina voluntad dispone. *En todo debemos someter nuestra voluntad a la voluntad divina; pues esto es la paz en nuestra voluntad: que sea en todo conforme a la voluntad divina.* (Hugo Cardinalis en Salmo 13). Los que en todo quieren que suceda y se haga conforme a su gusto, no han llegado a conocer este camino (*No conocieron el camino de la paz.* Salmo 13) ni quieren andar por él; y así viven una vida amarga y desabrida, siempre inquietos y alterados sin encontrar el camino de la paz, que es el de la conformidad total con la voluntad divina.

Esta conformidad es el yugo suave que nos introduce en la región de la paz y serenidad interior. Por donde conoceremos que la rebeldía de nuestra voluntad es la causa principal de nuestra inquietud, y que por no sujetarnos al yugo suave de la voluntad divina, padecemos turbaciones y desasosiegos. ¡Oh,

almas! Si rindiésemos nuestra voluntad a la divina y a todas sus disposiciones, ¡qué tranquilidad experimentaríamos! ¡Qué paz! ¡Qué serenidad interior! ¡Que suma felicidad y ferviente bienaventuranza! Este, pues, ha de ser el asunto de este libro; quiera el Señor darme su divina luz para descubrir las sendas secretas de este camino interior y suma felicidad de la perfecta paz.

<Primera Parte>

<Segunde Parte>
